

Manuela Utrilla Robles



Tejiendo ensoñaciones

Encuentros psicoanalíticos
con padres y niños



Psicoanálisis

APM
BIBLIOTECA NUEVA

Manuela Utrilla Robles



Tejiendo ensoñaciones

Encuentros psicoanalíticos
con padres y niños



Psicoanálisis

APM
BIBLIOTECA NUEVA

TEJIENDO ENSOÑACIONES

Encuentros psicoanalíticos con padres y niños

Colección Psicoanálisis
Editorial Biblioteca Nueva
y
Asociación Psicoanalítica de Madrid

Manuela Utrilla Robles

TEJIENDO ENSOÑACIONES

Encuentros psicoanalíticos con padres y niños

Asociación Psicoanalítica de Madrid

BIBLIOTECA NUEVA



siglo xxi editores, s. a. de c. v.

CERRO DEL AGUA, 248, ROMERO DE TERREROS,
04310, MEXICO, D.F.
www.sigloxxieditores.com.mx

salto de página, s. l.

ALMAGRO, 38,
28010, MADRID, ESPAÑA
www.saltodepagina.com

editorial anthropos / nariño, s. l.

DIPUTACIÓ, 266,
08007, BARCELONA, ESPAÑA
www.anthroposeditorial.com

siglo xxi editores, s. a.

GUATEMA A, 4824,
C 1425 BUP, BUENOS AIRES, ARGENTINA
www.sigloxxieditores.com.ar

biblioteca nueva, s. l.

ALMAGRO, 38,
28010, MADRID, ESPAÑA
www.bibliotecanueva.es

Cubierta: A. Imbert

© Manuela Utrilla Robles, 2013
© Editorial Biblioteca Nueva, S. L., Madrid, 2013
Almagro, 38
28010 Madrid
www.bibliotecanueva.es
editorial@bibliotecanueva.es

ISBN: 978-84-9940-662-6

Edición en formato digital: mayo 2013
Conversión a formato digital: Fotocomposición Márvel S. L.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs., Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN, Milagros Cid Sanz

CAPITULO 1

1. Entre el inicio y el final

a) Consideraciones previas

b) Presentación

1) Problemas de identidad psicoanalítica

2) Problemas de desconocimiento del trabajo con padres

3) Problemas de resistencias contratransferenciales

4) Confusiones profesionales

II. Encuentros: El trabajo de los psicoanalistas con los padres

III. Vínculos: relación y psicoanálisis

IV. Entramados receptivos: Trabajar las situaciones

CAPÍTULO II

1. Configuraciones psíquicas: La escucha en las primeras entrevistas con padres

II. Construcciones teóricas: Los tres ejes de la reflexión

III. Noche oscura: Las constelaciones melancólicas

1. Conquistando incertidumbres: Manu

2. ¿Duelos imposibles?: El trabajo de melancolía en la consulta

a) Los desbordamientos afectivos y las resistencias a distanciarse-despegarse

b) Los juegos sadomasoquistas

c) Los descubrimientos en forma de reencuentros

3. El ser humano: Cuestiones de amor y de odio

a) Padecer de tinieblas: Yan

b) No hablemos de amor

CAPÍTULO III

1. Hallazgos: Las primeras entrevistas con niños

a) Acercamientos delicados: Juan

b) Lecciones de psicoanálisis: Rosa

II. Paraísos perdidos: El niño en el hombre

II I. Indicaciones

CAPÍTULO IV

1. Mundos de incompreensión: El niño en el adulto ¿neurosis de transferencia?

a) Introducción

b) La escucha psicoanalítica

c) Cuerpo y psique

d) El juego

e) La capacidad de ensoñación

f) La novela familiar

g) La neurosis psicoanalítica

II. El trauma invisible

a) De la experiencia a la teoría

b) En busca del tesoro

c) El Arca perdida

d) Más allá

III. Enigmas interminables: ¿Interpretación o construcción?

a) Los surcos

b) El regreso de las conexiones afectivas

IV. Molinos de viento: la neurosis de transferencia en psicoanálisis de niños

a) Sesión

b) En busca de sentido

c) El proceso asociativo

V. Neurosis analítica y contratransferencia

a) La ensoñación

b) Vivo sin vivir en mí

Buit.tcx:anFín

Introducción

MILAGROS CID SANZ

El sugerente título de este libro, *Tejiendo ensoñaciones: encuentros psicoanalíticos con padres y niños*, anuncia de entrada el vasto despliegue teórico-clínico que la autora realiza a lo largo de sus páginas. Con una pasmosa facilidad, fruto de su larga y amplia experiencia en diversos campos, experiencia que se inició en Bruselas, donde realizó su formación como psiquiatra, trasladándose posteriormente a Ginebra, para hacer la especialidad en psiquiatría infantil con J. de Ajuriaguerra y formarse como psicoanalista de niños, a la par que se formaba como psicoanalista. Instalada desde hace años en Madrid, es miembro titular con función didáctica de la Asociación Psicoanalítica de Madrid.

Este amplio recorrido vital e institucional tiene como feliz conjunción una amplia y profunda formación teórica, y una dilatada práctica clínica, que unidos a la envidiable capacidad asociativa, de juego psíquico y de ensoñación de la autora, dan como resultado el despliegue de sus amplios conocimientos en un auténtico tratado de psicoanálisis.

La extensión y profundización de los temas que trata trascienden el ámbito del psicoanálisis infantil, o tal vez sería más adecuado decir que nos muestra la importancia de poseer una sólida formación como psicoanalista para poder acceder con rigor y libertad a los complejos entramados relacionales entre la pareja parental y de ésta con sus hijos, nudos gordianos que hay que deshacer para poder crear un respetuoso espacio de acceso al nada simple mundo fantasmático infantil.

La impronta de sus maestros R. Diatkine y S. Lebovici, a los que rinde un cumplido homenaje a lo largo del libro, están presentes en sus propios desarrollos teóricos sobre «El niño en el hombre» y «La eterna capacidad de ensoñación», conceptos que despliega con sus propias aportaciones.

Desde la posición de espectadores privilegiados, asistimos tanto a los encuentros con los padres como a las sesiones con los niños, llenas de frescor e intensidad emocional, tejiendo como en un bordado los afectos y las representaciones psíquicas del niño, catalizados por la función y la palabra de la analista, que permite ese espacio potencial de juego psíquico, siguiendo la idea de D. Winnicott, autor ampliamente citado en el libro por sus aportaciones sobre la creatividad y el juego psíquico.

La capacidad del analista para estar en contacto con su propio «infantil», concepto inicialmente propuesto por E Guignard es articulado por la autora con el concepto de «el niño en el hombre» anteriormente citado. El juego psíquico es claramente diferenciado del juego psicodramático, o del simple juego, portador de excitación y

descarga, pero no de elaboración psíquica, juegos excitantes a los que a menudo se presta defensivamente el psicoanalista, para conjurar cierto miedo atávico que el contacto con el niño produce en el adulto, por toda la movilización de su propio mundo infantil.

El trabajo de contratransferencia es un elemento fundamental para la autora, trabajo al que concede una importancia capital en su actividad clínica.

Los términos «Neurosis de contratransferencia» y «Neurosis analítica» que ésta nos propone, dan idea de su concepción sobre la importancia capital que concede al encuentro entre el niño o el adulto y el psicoanalista, como un encuentro único e irrepetible, donde la neurosis infantil se reproduce, pero no de manera idéntica, sino modulada por las intervenciones-interpretaciones del analista, condicionadas a su vez por su propia capacidad de elaboración de su contratransferencia. Estas condiciones permiten -o no- el despliegue fantasmático y el desarrollo de un proceso analítico, más allá de la seducción o el mimetismo.

El trabajo que nos muestra con los padres, tan difícil para no caer en la rivalidad, la exclusión o la persecución, se hace posible de forma tan creativa gracias a su extensa experiencia institucional y a sus reflexiones sobre «Lo situacional», concepto desarrollado en su libro ¿Son posibles las terapias en las Instituciones?

El capítulo dedicado a las construcciones resulta muy ilustrativo, al aportar una visión muy original, resultado de su profundización en la lectura del artículo de Freud «Construcciones en Psicoanálisis», poniendo en relación el trabajo de construcción con las huellas mnémicas detectables en el curso del tratamiento. Esta forma de trabajar las construcciones nos aleja de cierta simplificación con la que a menudo nos acercamos a este concepto, a veces abusivamente utilizado para justificar cualquier intervención fruto de la angustia del analista y de su necesidad de rellenar espacios oscuros.

La importancia de la interpretación es señalada permanentemente, mostrando con gran plasticidad la integración de ambas formas de intervención durante los tratamientos.

A lo largo de la lectura del libro, he tenido la ocasión de clarificar y matizar algunos interrogantes que, como psicoanalista de adultos, me planteaba el psicoanálisis de niños, clarificación extensible a otros conceptos psicoanalíticos desarrollados a lo largo de todos los capítulos con notable claridad y metodología dialéctica.

Con la generosidad que la caracteriza, Manuela Utrilla nos hace, a través de este libro, un gran regalo, transformando en accesibles y vívidos lo que podrían ser áridos y abstractos conceptos metapsicológicos, abriendo senderos que suscitan el deseo de seguir investigando, cuestionando y aprendiendo.

Sirva esta introducción como modesto homenaje a quien tanto nos aporta desde

hace años, con su incesante actividad clínica, científica y didáctica.

Capítulo I

1. ENTRE EL INICIO Y EL FINAL

a) Consideraciones previas

El psicoanálisis infantojuvenil representa un mundo interminable donde se entrecruzan deseos, fantasías, proyecciones, intencionalidades y un sinfín de afectos que, a menudo, no encuentran palabras para designarlos; palabras perdidas en el universo de la inconsciencia enmarañadas con dolores del alma o desgarros en forma de sufrimientos que parecen eternos. Las noches oscuras de aquellos que los sufren y que por el desgaste del tiempo se transforman en hábitos, pueden socavar las ilusiones de la vida instaurada en la monotonía de lo cotidiano. El amor parece esfumarse, las palabras pierden su contenido, se instala una convicción de que nadie puede nada, que el hablar no sirve, que no se podrá comprender todo lo que pasa en el mundo interno. Sin embargo, una duda persiste: ¿y si consultara?, ¿Si un especialista en esas cosas del alma pudiera ayudarme? Y es ahí donde puede producirse el encuentro. Un encuentro lleno de avatares, de enigmas que descubrir, de tanteos, de promesas.

El encuentro psicoanalítico es una aventura donde se entretajan multitud de incógnitas: para el psicoanalista representa un reto de su eterna capacidad de ensoñación, para los padres o los niños una ilusión contenida en sus desesperanzas. Ese encuentro puede ser revelador, motor de un cambio cuando suscita en vez de obligar, cuando propone en vez de presionar, cuando desvela en vez de ocultar. Y para ello, el psicoanalista tiene que tener una sólida formación construida con experiencias compartidas y trabajadas en una incesante investigación de los procesos psíquicos.

Pero compartir es también escribir para que se establezca un diálogo entre lectores y el que escribe, por eso he deseado reflejar cómo he llegado a trabajar con padres e hijos después de un largo recorrido, por dónde he encontrado teorizaciones extraordinarias, colegas e instituciones variadas y sobre todo personas que me han enseñado y dado el gusto por el descubrimiento y la investigación; el placer, como decía R. Diatkine, del funcionamiento mental.

Cada día descubro aspectos nuevos que me hacen reconsiderar las teorías, recibo verdaderas lecciones de niños y adultos, me alegro escuchando ideas conjugadas en un sinfín de significaciones que me sorprenden y he llegado a un punto, una perspectiva de mi trabajo, en la que la palabra es portadora de un sinfín de afectos y emociones, de posibilidades de cambio, de encuentros y descubrimientos insospechados, de sensaciones productivas después de haber aceptado caer en la ignorancia y la duda, en la depresión fructífera del desconocimiento.

Cuando digo -la palabra- no me refiero a la emisión de unas frases o incluso un solo término, la palabra está insertada en un contexto amplio, una historia personal y generacional, una serie de vivencias individuales, un conjunto de otras asociaciones que la vinculan a otros órganos como el tacto, la vista, el olfato, el gusto, a un complejo relacional y afectivo que le da esa característica de palabra única para cada uno de nosotros. Y como pienso cada vez más que el psicoanálisis nació por y con las palabras, y que toda su teorización arranca de esta premisa, creo justificado que, para avanzar en nuestras investigaciones, cuanto más diluimos esta perspectiva, interpretando con cierta ligereza comportamientos, dibujos, juegos, etc., en más riesgos incurrimos hacia una confusión de la que se ampara nuestra fantasía de omnipotencia, desvitalizando así el enriquecimiento de nuestros hallazgos.

Escribir sobre psicoanálisis no es una tarea fácil, porque la escritura conlleva artefactos irremediables, sobre todo porque se escribe -después- y que el después es el reino de la lógica: cualquier acontecimiento pensado después tiene una respuesta, una comprensión. Lo verdaderamente difícil es la inmediatez, el momento, ese instante en el que dos psiquismos se encuentran y tienen que tejer una historia relacional, crearla, nutrirla con intercambios verbales, sobre todo porque si los gestos que acompañan toda relación forman parte de nuestra manera de vincularnos, no son más que matices irrelevantes.

Intentar transmitir al lector la intensidad afectiva, la rapidez con la que el proceso psíquico procede, sobre todo en los niños, las características asociativas para ser fiel a lo que pasó, una narrativa imposible porque el que escribe no es un simple traductor, está siempre parasitado por sus propias irrupciones pulsionales y sus movimientos narcisísticos.

Lo que se relata es un parecido, no una transcripción; pero creo que siempre se transmite algo que cada lector percibirá, y tal vez por eso merece la pena escribir, aunque también permite pensar, elaborar a medida que transcurren los pensamientos bajo la pluma.

La organización que predetermina las exposiciones es misteriosa. Aquí creo que intenté hablar de los padres para aferrarme a una realidad que es siempre problemática, una especie de reconocimiento al orden vital y un respeto a quienes tienen la valentía y la humildad de reconocer su sufrimiento traducido por incapacidad o culpa.

Pero sobre todo me ha resultado difícil escribir sin traicionar el secreto de la intimidad de lo que pasó, intentando transformar los aspectos formales para que nadie pueda reconocerse (cambiando las nacionalidades, los parentescos, las edades, la constitución de la familia, etc.), o más bien, para que todos nos reconozcamos en algunas descripciones, porque podrían ser universales.

Escribir de uno mismo a través de sus propias experiencias, con ese aspecto un tanto exhibicionista, creyendo que lo que se ha vivido puede servir a otros, porque ya

se ha comprobado que uno puede trabajar porque otros nos han legado sus conocimientos, todo esto es un reto a veces imperdonable y otras veces, imperecedero.

Y más aún, que todo lo que se desea transmitir está cuajado de preguntas, interrogantes, hipótesis, vacilaciones y dudas.

Para intentar ordenar la estructura del libro voy a proponer clasificar los temas en capítulos:

En el capítulo I y II se tratará más específicamente de las cuestiones sobre el trabajo con los padres, por una sencilla razón: porque en general son los primeros que vemos y que ese encuentro es crucial para la posible instauración de un tratamiento psicoanalítico del niño.

En el III hablaré de las primeras entrevistas con los niños, las indicaciones y el inicio del tratamiento.

En el IV sobre el trabajo en las sesiones de psicoanálisis, aunque en realidad esta clasificación resulte un tanto artificial, porque en ciertas descripciones los encuentros psíquicos se hacen simultáneamente con padres e hijos y a veces, desde los primeros momentos, ya sabemos que algo va a poderse trabajar, que la continuidad es cuestión de instantes, y la instauración de un psicoanálisis depende de enigmas que descubrir.

b) Presentación

Hace ya más de cuarenta años que trabajo con niños y familias y todo un conjunto de profesionales que se ocupan de todos ellos: profesores, inspectores de escuelas, pedagogos, psicomotricistas, asistentes sociales, educadores, logopedas, psicólogos escolares y una serie de otras denominaciones según los países y las diferentes estructuras institucionales.

Hoy día no pienso como al principio porque, en el curso de mi evolución, me he dado cuenta de las múltiples defensas que se organizan en nuestro psiquismo cuando trabajamos con el supuesto funcionamiento mental del otro, y digo supuesto porque esta perspectiva ha sido y es uno de los ejes problemáticos de nuestro trabajo.

El psicoanalista principiante no siempre tiene clara la finalidad a la que se dirige su tarea y ante esta imprecisión se producen una cascada de fantasías que, desgraciadamente, se transforman en normas que hay que seguir; me refiero particularmente a lo que podemos hacer de la relación con los que nos consultan.

Una de las fantasías más extendidas es la de estudiar el funcionamiento mental de los consultantes a los que llamamos pacientes, por lo que rápidamente nos daremos cuenta que se hace una asociación, muy sutil, entre pedir consulta y enfermedad, entre demandar y patología.

Esta fantasía inconsciente puede explicarnos por qué nos aferramos a buscar patologías, como si nuestra función psicoanalítica fuera la de detectar enfermedades en vez de intentar comprender el problema motivo de la consulta.

En el libro que escribí sobre instituciones intenté estudiar este fenómeno que describí como una fantasía social; éste es un término un tanto abstracto, pero no me venía a la mente otra denominación, me refería a que muchos psicoanalistas no pudieron desprenderse, como lo hizo Freud, del impacto de la medicina y de la psiquiatría, ciencias que sin lugar a dudas están destinadas a buscar patologías. También me refería por fantasía social a otros parámetros que se repetían a lo largo de la historia de las ciencias médicas: el médico estaba revestido de un saber universal y de una autoridad por encima de las habituales en la convivencia social, era el que lo sabía todo, lo que pasaba en nuestro cuerpo y en nuestro espíritu, posición muy ambicionada por cualquiera y que probablemente también se haya infiltrado entre algunos psicoanalistas. Se trata de la fantasía de omnipotencia propia del pensamiento primitivo.

Nos podemos preguntar: ¿es que ser psicoanalista es tan difícil?, sobre todo para aquellos que han tenido que hacer una larga formación, estricta y rigurosa. Yo creo que en materia de psicoanálisis faltan todavía por estudiar muchísimas cosas y como la ciencia psicoanalítica se desarrolla lentamente, con toda probabilidad necesitamos estudiar y comprender muchos de los aspectos de esta práctica tan apasionante como desconcertante. Es por ello por lo que deseo transmitir algunos de los conocimientos adquiridos a lo largo de estos años, así como las preguntas numerosas que los acompañan.

Sin embargo, creo importante tratar de comprender las frágiles fronteras del psicoanálisis infantil, y como la referencia esencial es el psicoanálisis tal y como lo practicamos con adultos, a menudo nos encontramos en terrenos resbaladizos entre la psicoterapia psicoanalítica y el propio psicoanálisis.

Intentar hablar de psicoanálisis es una tarea muy difícil hoy día porque existe una gran diversidad de prácticas psicológicas y terapéuticas llamadas psicoanalíticas.

Por otra parte, especificar al psicoanálisis por una definición sería también artificial y arriesgado tal y como puede pasar con otras ciencias. Personalmente he sido psiquiatra antes de ser psicoanalista y si quisiera dar una definición de psiquiatría también tendría las mismas dificultades, sin embargo, sí es cierto que podemos conceptualizar algunas de las bases indispensables en las que se asienta nuestra práctica y que de manera exhaustiva se encuentran en toda la obra freudiana. Hago esta referencia porque entre muchos psicoanalistas existe la creencia que para practicar el psicoanálisis infante juvenil son necesarias otras teorizaciones: kleinianas, bionianas, meltzerianas, winnicotianas, etc., porque piensan que la perspectiva freudiana no puede utilizarse para comprender el trabajo psicoanalítico con niños y adolescentes. Para mí esto es un error, porque la obra de Freud trabajada y estudiada en toda su profundidad, nos da todas las posibilidades, no solamente para

estudiar las cuestiones de la relación entre dos psiquismos, sino también las dinámicas grupales e institucionales.

No quiero decir con esto que la perspectiva freudiana deba ser exclusiva, creo que todo psicoanalista debe utilizar las teorizaciones que le son más afines y con las que trabaja mejor. Pero cualquiera que sea la perspectiva teórica con la que trabajamos, existen parámetros comunes en los que nos basamos.

Uno de los primeros parámetros que tenemos que tener en cuenta es la aceptación del Inconsciente como factor predeterminante de toda neurosis. No voy a entrar en polémicas sobre las múltiples concepciones del Inconsciente en las diferentes escuelas psicoanalíticas. Pero creo que para perfilar algunos de los ejes teóricos en los que nos basamos podríamos decir que los sistemas psíquicos: Inconsciente, Preconsciente y Consciente, así como las instancias: Yo, Ello y Superyó, constituyen nuestra sustrato psíquico.

Sin embargo, y como Freud describió ampliamente en su tratado metapsicológico, lo más importante es comprender los procesos que relacionan tanto los sistemas como las instancias, que él llamó punto de vista tópico, dinámico y económico. Pero tal vez lo que más problemas ha planteado sean los procesos de represión, retorno de lo reprimido, otras defensas en general, transferencia, interpretación y contratransferencia, compulsión de repetición y resistencias.

Es cierto que con sólo estos conceptos no puedo definir lo que es el psicoanálisis, pero sí sus bases.

Para el profano, todas estas nociones le resultarían inasequibles, sin embargo para cualquier psicoanalista forman parte de su pensamiento cotidiano, como una especie de lenguaje al que hay que acudir para comprender parte de nuestra práctica clínica.

Ahora bien, el que tuviera bien integrada toda la teoría freudiana (u otras teorizaciones) no podría practicar el psicoanálisis sin una comprensión profunda de la escucha psicoanalítica y de los procesos asociativos que pueblan los relatos de los pacientes. La escucha siempre se mueve en dos sentidos: escucha de los pacientes y escucha de los propios procesos psíquicos del psicoanalista, porque, si una de las cuestiones principales que nos plantea nuestra práctica, es la de comprender el entramado psíquico derivado del inconsciente, como psicoanalistas también tenemos un inconsciente que es necesario trabajar.

Dicho así parecería una tarea fácil, pero en la realidad reviste una gran dificultad, tanta que a veces pienso que sería necesario empezar por las dificultades de esta escucha de nuestros propios procesos psíquicos, nuestras resistencias y compulsiones de repetición, en vez de estudiar las dificultades de la escucha de un relato. Y es porque esas resistencias pueden ser objeto de elaboraciones si se las contempla sin esa carga narcisística que impide la reflexión. Por ejemplo, en mi experiencia, todos los días después de las sesiones, me pregunto si no hubiera podido hacer tal o cual

interpretación, cuáles fueron mis puntos ciegos, si las preguntas que hice no eran formaciones reactivas ante una asociación que comprometía mi autoanálisis. Es cierto también que todas estas defensas se detectan mejor en las supervisiones que tanto enriquecen nuestro estudio y elaboración.

Todas estas explicaciones están dirigidas, no a definir el psicoanálisis como lo dije anteriormente, sino a plantear las cuestiones de la práctica de un psicoanalista, tanto en lo que llamamos sesión de psicoanálisis como fuera de la sesión, por ejemplo, en el trabajo con padres.

Para referirme a mi experiencia, cada vez estoy más convencida de que se necesitan muchos estudios para diferenciar lo que sería el psicoanálisis propiamente dicho, es decir, el trabajo en las sesiones de psicoanálisis, del trabajo que se realiza fuera de ese encuadre, porque es precisamente el encuadre psicoanalítico lo que hace posible el trabajo psíquico.

(Trabajo psíquico? He aquí el gran problema de donde parten un buen número de confusiones. ¿El trabajo psíquico consiste en dejar hablar al otro, en hacerle preguntas que creemos aclaratorias, en dar consejos porque no sabemos qué hacer o decir, en dictar sentencias porque nos confundimos con un juez, en callarnos porque no sabemos qué interpretar?

Estamos ante el gran problema de la identidad psicoanalítica y ante las resistencias a ceñirnos a una función que puede trastornar nuestras defensas protectoras. Estas y otras dificultades contratransferenciales pueden parecer de fácil manejo en las sesiones propiamente dichas, pero fuera del encuadre psicoanalítico (encuadre que respeta las constantes y que se refiere también a la relación paciente-psicoanalista) se multiplican de una manera excepcional.

A menudo me he preguntado cómo abordar estas cuestiones espinosas y creo que, en vez de argumentos teóricos, los ejemplos prácticos pueden resultar más explícitos y asequibles.

Una colega que todavía estaba en formación en uno de los Institutos de Suiza y a la que llamaré Fran~oise, me pidió una supervisión porque había visto un niño que le planteaba problemas.

Empezó relatándome la entrevista que había tenido con los padres. El tono de su exposición no me deja lugar a dudas: cómo la colega que le ha derivado la familia le ha dicho que la madre es una bióloga muy buena profesional pero un tanto obsesiva, Fran~oise me muestra su alegría al haber detectado en el relato de la madre sus aspectos obsesivos.

Por mi parte y como esta manera de actuar me resulta irritante, intento comprender el porqué de mi irritación, cosa que me lleva rápidamente a asociar con el inicio de mi práctica donde lo que siempre iba a buscar era la patología y recuerdo cómo mi supervisor me echó una buena reprimenda porque esa manera de proceder era lo más

antianalítico que él había escuchado. Sigo pues el relato de Françoise un poco más calmada.

Debo advertir que estos pensamientos se instalan con gran rapidez y que, a menudo, podemos seguir los dos discursos a la vez: el nuestro y en este caso el de Françoise. Ella continúa dándome toda clase de precisiones sobre el relato de esa madre: «Está preocupada por su hijo porque dicen que es hiperactivo». Françoise me explica que esa madre tiene grandes contradicciones porque el niño está muy quieto durante esa entrevista y un niño hiperactivo no puede estar quieto. Cuando yo le pregunto por el padre, Françoise dice: «sí, él también intervenía, pero yo creo que la que manda en esa casa es la madre porque el padre intervenía tímidamente, tal vez sea porque tiene algún complejo, por eso he intentado investigarlos más y les dije que vinieran solos para hacerles un perfil familiar».

Le pregunto a Françoise que por qué cree ella que un perfil familiar la ayudaría a comprender al niño. En vez de responderme a la pregunta, me cuenta con todo detalle los datos que ha obtenido de esa exploración: ahora ella sabe todo sobre la familia del padre y de la madre, habiendo llegado a los bisabuelos.

En ese momento yo empiezo a estar confusa con tantos hermanos, hermanas, tíos, tías, abuelos, y le digo de nuevo que de qué le sirven tantos datos. Extrañada, me dice: que para hacer un diagnóstico: «ahora estoy segura de que la madre es obsesiva y el padre infantil, luego el niño tiene que tener también un problema parecido». Le digo a Françoise: «antes de ver al niño ¿ya sabes de qué sufre?» Françoise parece desconcertada ¡Claro! Entonces, le comento: «¿para qué sirve ver al niño?» Muy segura me responde: «para confirmar mis hipótesis»:

He empezado con este ejemplo porque creo que traduce bien los problemas de los que hablé anteriormente:

- 1) De identidad psicoanalítica.
- 2) De desconocimiento del trabajo con padres.
- 3) De resistencias contratransferenciales.
- 4) Confusiones profesionales.

1) Problemas de identidad psicoanalítica

Si Françoise hubiera podido escuchar a los padres desde la perspectiva psicoanalítica, su manera de proceder hubiera sido otra. En vez de «ir a buscar» la patología haciendo preguntas constantes a los padres, lo que le hubiera interesado sería escuchar el relato espontáneo de éstos, relato que puede semejar a la libre asociación, que puede informarnos sobre las posibles fantasías que los padres tienen de sus hijos, de las proyecciones de los ideales y de lo que esperan de nosotros como

psicoanalistas que intentan comprender y ayudar.

Sé, por experiencia, que esa escucha solamente puede hacerse cuando la identidad psicoanalítica está asentada y que en los principios de la formación no se puede exigir de un alumno que sepa como un maestro. Sin embargo, debo reconocer que es muy difícil, en esas circunstancias, tratar de enseñar, porque en el caso de Françoise, ella estaba tan contenta de mostrarme lo bien que lo había hecho que un cuestionamiento por mi parte podría recibirse como una descalificación, por eso intenté invitarla a reflexionar sobre la utilidad de su procedimiento.

No solamente con Françoise, pero también con otros muchos analistas en formación, me he encontrado con el problema de lo que yo llamo, famosa anamnesis, cuestionamientos sobre el embarazo de las madres, el parto, el desarrollo del niño, la adquisición del lenguaje, la marcha, el sueño, el apetito, etc., preguntas que todas ellas provienen de los protocolos psiquiátricos, que a su vez, provienen de los protocolos en medicina.

Estas informaciones son inoperantes en la práctica psicoanalítica porque ésta consiste en trabajar con lo que emerge de las relaciones entre el Inconsciente, el Preconsciente y la Conciencia, no como informaciones sobre el funcionamiento mental de los padres, sino como posibles vías de elaboración con ellos.

Este punto de vista lo ampliaré más tarde, por lo que pasaré a reflexionar sobre este ejemplo.

2) Problemas de desconocimiento del trabajo con padres

El tema sobre el trabajo con padres es muy amplio y variado y se presta a grandes confusiones. ¿Qué hay que hacer con los padres?, ¿son solamente fuente de información?, ¿hay que psicoanalizarlos si guiando la fantasía de que los problemas de los niños proceden solamente de ellos?, ¿tenemos miedo a que no colaboren e interrumpen una terapia?, ¿hay que seducirlos para que no se transformen en nuestros enemigos?, ¿cómo podemos convencerlos de la necesidad de una terapia o de un psicoanálisis para sus hijos?

Estas y otras múltiples cuestiones invaden el campo del trabajo que un psicoanalista puede hacer con los padres.

Si yo dijera que la respuesta es muy sencilla, no rendiría honor a la verdad confesando que a mí misma me ha costado muchos años de reflexión, supervisiones y práctica clínica. Llegar a la conclusión de que si no somos ni médicos ni psiquiatras ni psicólogos conductistas y que nuestra única posibilidad es la experiencia psicoanalítica, tendríamos que rendirnos a la evidencia de que nuestro modelo es la experiencia psicoanalítica, es decir, el trabajo psíquico en sesión y que si nos alejamos de ese modelo, nos transformamos sutilmente en otros profesionales: asistentes sociales, pedagogos, profesores, consejeros, etc.

Ahora bien, todos los psicoanalistas sabemos que este trabajo en sesión sólo es posible a partir de dos premisas indispensables: el contrato y el encuadre. Por contrato entiendo que el paciente, susceptible de ser psicoanalizado, expresa el deseo de hacer un trabajo psíquico y que acepta las restricciones que le proponemos: horarios, ritmos, honorarios, posición corporal (estar en un diván y el psicoanalista detrás) e intentar practicar la libre asociación. Cuando hablamos con los padres ese contrato no puede hacerse por varias razones: porque ellos nunca han pedido ser psicoanalizados y porque vienen a hablar de sus hijos. Pero aunque no haya contrato, si que hay demanda.

Aquí la cuestión de qué hacer con la demanda de los padres parece complejizarse porque si no estamos en una situación psicoanalítica ¿en qué consiste entonces la escucha psicoanalítica fuera de la sesión?

En los ejemplos que daré más tarde podremos comprender en qué consiste la escucha psicoanalítica y cuáles son sus referencias esenciales.

3) Problemas de resistencias contratransferenciales

Este concepto de escucha psicoanalítica fuera de la sesión creo que no ha sido muy estudiado porque es fuente de numerosas confusiones. Por otro lado, incluso en la sesión psicoanalítica, mantener los elementos principales del encuadre es muy difícil y muchos psicoanalistas, ya sea porque se angustian o porque el relato del paciente ejerce sobre su psiquismo efectos resistenciales, se alejan cada vez más de la neutralidad, de la libre escucha, del proceso asociativo y desarrollan tendencias animistas que nos habitan a todos y que sutilmente nos transforman en, como decía M. Fain, «sordos y mudos» organizando un proceso psíquico próximo al del paciente, en una «comunidad de renegaciones.»

Entonces podemos comprender que, si incluso en una sesión de psicoanálisis es difícil mantener la actitud psicoanalítica, fuera de la sesión esas tendencias se multiplican, por lo que el psicoanalista puede verse inmerso en un proceso confusional y entonces hace cualquier cosa: hacer preguntas, hacer anamnesis, dar consejos, erigirse en padres o madres de los padres, o en ser jueces acusadores.

Muchos estudiantes en psicoanálisis me han comunicado la dificultad que reviste esa escucha porque impone al profesional tener unos conocimientos muy avanzados y una experiencia importante. En general yo siempre digo que nuestra práctica consiste en detectar los problemas, reflexionarlos, elaborarlos y superarlos y que se necesitan muchas horas de supervisiones para ello. Las dificultades de la escucha pueden ser superadas siempre y cuando se comprenda cuáles son las finalidades que perseguimos.

Después de haber expuesto algunos de los problemas en que se encuentran los psicoanalistas cuando entrevistan a padres, podremos comprender mejor cuáles son las confusiones profesionales a las que se exponen, sobre todo si el psicoanalista

principiante ha trabajado en alguna institución en la que como describí en el libro ¿Son posibles las terapias en las Instituciones?, estos procesos confusionales son frecuentes y repetitivos.

En otro ejemplo de supervisión podremos reflexionar sobre otras cuestiones, como la excesiva atadura o dependencia de las teorías y el problema del aburrimiento:

Una colega bastante experimentada en psicoanálisis de adultos, pero no tanto en niños, me pidió una supervisión porque se aburría mucho con una niña de 8 años que no paraba de hacer adiciones y sustracciones (Anne lo llamó «operaciones», que la niña no cesó de hacer durante más de un año) como si estuviera en una escuela. La psicoanalista, que llamaré Anne, me cuenta que la primera vez que la vio era una niñita encantadora (me hace una descripción detallada de cómo iba vestida y cómo tenía el pelo, rizado). A ella le pareció que era muy inteligente porque cuando Anne quiso verla sola, de inmediato la niña se negó, por lo que se decidió a ver a la madre, que le comunicó que la niña tenía muchos problemas escolares, no llegaba a aprender a leer ni escribir, y puso en relación esas inhibiciones con el hecho de que tuvo que ser operada de hidrocefalia cuando era bebé. Cuando Anne le preguntó desde cuándo tenía esos problemas, la madre contestó que desde que entró en la guardería, cuando tenía 3 años, allí se cayó: una de las válvulas que le habían dejado en la operación se rompió y tuvo que ser hospitalizada. Anne prosigue dándome muchos detalles de los circuitos de derivación del líquido cefalorraquídeo y contándome que la madre le habló muchísimo de las operaciones de la niña porque cada año tenían que hacerle una para ajustar el crecimiento del cráneo con el circuito de derivación.

Yo sabía que Anne no era médico y me sorprendió cómo daba detalles tan específicos y el esmero que mostraba en transmitirme sus conocimientos médicos. Rápidamente formulé una hipótesis dentro de mi mente: por un lado, Anne quiere rivalizar conmigo (ella sabe que yo soy médico), y por otro le da tanta importancia a lo físico porque le asusta el impacto de esas operaciones de la niña en sus psiquismos (tanto el de Anne como el de la niña). Pero no le digo nada, limitándome a interrogar sobre la relación que podía haber entre las operaciones matemáticas que hacía la niña y las operaciones que había tenido desde la infancia (relación que la madre ya había hecho). Anne exclama: «¡cómo no lo habré pensado antes!»

A la semana siguiente Anne me relata que le interpretó a la niña lo de las operaciones y que ésta le dijo inmediatamente que ella nunca había sabido por qué la habían operado y que le gustaría que se lo explicasen. Ella le sugiere que se lo pregunte a su madre y la niña dice que no es posible porque su madre está muy ocupada por los problemas que tiene su hermano, no para de caerse y siempre está en los hospitales. Anne decide llamar a la madre para hablar con ella sobre estas cuestiones.

Como Anne parece dispuesta a contarme con detalle todo lo que le ha dicho la madre, le pregunto por qué después de la interpretación ha necesitado hacerle una

sugerencia en vez de esperar las asociaciones que la niña pudiera hacer. Anne se muestra sorprendida por lo que le digo y añade: «¿no se pueden hacer sugerencias?» Yo le digo que no se trata de saber lo que se puede hacer o no, que no estamos en un juzgado, pero que podemos pensar en algunas cuestiones contratransferenciales.

Anne se muestra reacia y como siento que si continuamos en esa línea va a encerrarse cada vez más, le cuento una experiencia que tuve hace años donde me di cuenta de que me sentía impotente para que un niño no parara de jugar a las canicas y que eso me ponía cada vez más nerviosa; añadí que al hablar con mi supervisor éste me sugirió que me preguntara por qué el niño hacía juegos repetitivos en mi presencia, en ese momento recordé una película de Almodóvar que se llamaba ¿Qué he hecho yo para merecer esto? Y se lo dije a mi supervisor. A la sesión siguiente con el niño, como de costumbre sacó sus canicas y yo estuve más presente escuchando lo que decía cuando jugaba: ¡eres un tonto, no has sabido me...terla! Y pronuncia de una manera que se podría entender «matarla», entonces le dije que podíamos comprender por qué querría matarme. El niño soltó una carcajada y a partir de entonces pudimos hablar de sus problemas.

«¡Sí! -me dijo Anne-, pero a mí no me pasan esas cosas, que los niños hagan lapsus conmigo». Sin embargo a la semana siguiente me relata que hizo un sueño que la había impactado mucho: la operaban en la cabeza y se quedaba inútil. Ahora, dice, comprendo mejor las angustias de la niña y sus operaciones matemáticas defensivas, debe ser terrorífico el que te operen en la cabeza. La palabra operación nos dio que pensar a Anne y a mí ésta, asoció que la palabra operación no solamente estaba vinculada con las matemáticas, sino con trabajo, actividad, desposesión, castración. «Lo pensé detalladamente -me dijo Anne-, hacer sugerencias es una manera de eludir el impacto traumático de ciertas expresiones y para mí operar significaba solo cirugía», y añadió: «cuando me siento traumatizada me vuelvo confusa y ni oigo ni pienso».

En las supervisiones siguientes Anne me comunicó que había hecho un trabajo -operación- de elaboración de su aburrimiento: «¡casi un año sin poder entender nada, solo porque no soy médico!» Pudimos entonces hablar de algunos porqués: ¿por qué quería ver a los niños solos antes de ver a los padres? Anne me contó que había comprendido que Melanie Klein no quería ver a los padres porque Anna Freud sí los veía y que esa rivalidad entre dos mujeres la había impactado. ¿Cómo es posible que dos psicoanalistas se comportaran así?

Como una supervisión no es un psicoanálisis no pude intervenir sobre la rivalidad que ella sentía conmigo. Este punto merecería una larga reflexión, pero como no se trata ahora de estudiar la cantidad de problemas que presenta la actividad de supervisión, me limitaré a continuar con la cuestión de la importancia de elaborar la contra transferencia en análisis con niños y sobre todo las defensas numerosas que crean esos puntos ciegos de los que habla tanto E Guignard en todos sus trabajos. Aquí podemos evocar algunos: ¿Por qué Anne no pudo escuchar la hipótesis de la madre?, ¿por qué hizo a la niña una interpretación que yo llamaría mimética (tal y

como yo lo había formulado como hipótesis)?, ¿Por qué Anne quiso hablar con la madre utilizando lo que la niña le dijo en sesión en relación con su hermano?

Como no se trata de psicoanalizar a Anne y que estas cuestiones me parecen repetirse a menudo en muchas supervisiones o exposiciones de casos clínicos, quiero hacer una reflexión general. Por ejemplo, si consideramos el problema de la castración como un eje conductor de muchas defensas, podemos deducir que si estamos atenazados por esa angustia, en vez de escuchar, oímos, como aquella madre que me decía: «yo, en vez de hablar con mis hijos, les grito». En este sentido, oír sería algo automático, como si nos transformáramos en robots para no sufrir, porque si escuchamos lo que se nos dice, nos puede llegar al alma, reactiva nuestros afectos y éstos pueden tener un efecto traumático. Muy a menudo y en estas circunstancias, recurrimos a las teorías como muletas que pueden sostenernos.

Escuchar ala madre hacer una relación entre fracaso escolar y operaciones sería como si esa relación pudiera reproducirse en nosotros mismos: fracaso terapéutico porque estamos castrados. Ahora bien, el aburrimiento que algunos psicoanalistas sienten con sus pacientes creo que tiene que ver con esas angustias de castración pensadas de manera dramática relacionándolas con la muerte psíquica, es como si dijéramos: si escucho esa relación, es casi como ser una inválida, por eso algunas interpretaciones miméticas (en el sentido de repetir tal cual lo que los supervisores dicen) pueden traducir la defensa robótica o clónica para evitar los duelos, tan necesarios para elaborar las angustias de castración.

Prosiguiendo estas reflexiones podemos comprender también mejor esas posiciones un tanto escolásticas de si ver a los niños solos, no ver a los padres o utilizar lo que se dice en sesión como realidades. Este es un punto tan importante que merece alguna aclaración:

4) Confusiones profesionales

Lo que se dice en sesión de psicoanálisis es producto de una serie de procesos psíquicos complejos que podemos resumir diciendo que se trata de las relaciones entre Inconsciente y Preconsciente. Esos procesos constituyen pensamientos latentes que no hay que confundir con lo manifiesto. Lo manifiesto es el resultado de una reorganización orquestada por la lógica consciente y no puede ser de utilidad para construir una interpretación, porque toda interpretación pretende desbloquear esa lógica para que las relaciones Inconsciente-Preconscientes se fluidifiquen, se movilicen, se reactiven, jueguen en vez de seguir los surcos establecidos de la compulsión de repetición.

Escuchar los contenidos manifiestos y tratarlos como si fueran latentes corresponde a una serie de defensas cuyo eje principal es, según mi hipótesis, el complejo de castración.

Si las angustias pueden crear las fantasías y éstas a su vez el complejo de

castración, es porque el proceso psíquico está en constante movimiento, intentando ocultar lo que puede resultar peligroso y disfrazar lo verdaderamente significativo. Por eso, el psicoanálisis es tan interesante, divertido y enriquecedor, porque siendo un eterno descubrimiento nos conduce a universos desconocidos que podemos explorar gracias a un método y una ciencia llamados psicoanalíticos.

El psicoanalista de niños y adolescentes no solamente se enfrenta al delicado problema de cómo trabajar con los padres, sino a otros múltiples problemas derivados de la práctica de la escucha, de las indicaciones o del trabajo en sesión, teniendo en cuenta que, cuando hablamos de psicoanálisis, nos referimos a la cura por la palabra.

¿Cómo se trabajan las primeras entrevistas?, ¿se puede utilizar la interpretación?

¿Es cierto que la patología de los padres predetermina la de los hijos?

¿Cómo hacer una indicación de psicoanálisis infantojuvenil?

¿En qué consiste la escucha en la sesión de psicoanálisis con niños y adolescentes?

¿Cómo pueden influenciarnos nuestros presupuestos teóricos y cómo podemos elaborar la relación teoría y escucha flotante?

II. ENCUENTROS: EL TRABAJO DE LOS PSICOANALISTAS CON LOS PADRES

Los psicoanalistas no siempre trabajan en una consulta privada, a menudo bien trabajan en instituciones diversas bien alternan su práctica institucional con una consulta privada. Esta aclaración reviste para mí una importancia capital porque el marco de las primeras entrevistas perfila las posibilidades de un contacto con el psiquismo de los consultantes.

Nunca insistiré suficientemente sobre la cuestión de la situación en la que nos encontramos los psicoanalistas y las personas que acuden a nosotros. En mi experiencia personal yo misma no me concentro de igual manera si estoy en mi consulta o cuando estoy fuera de ella, porque ese espacio fuera de la consulta, si por ejemplo es una institución, me influenciará según las relaciones que tenga con un entramado de personas, colegas u otras instancias. Y esas influencias constituyen motivos de muchas resistencias y defensas que son necesario elaborar para no proyectarlas en los consultantes.

Nuestra práctica psicoanalítica no consiste solamente en haber desarrollado una escucha específica (de la que hablaré más tarde), sino en poder analizar nuestras propias defensas, y una de ellas, la más incisiva y sutil, es la proyección. Cuando no hemos podido analizar suficientemente nuestros problemas de contratransferencia, tenemos tendencia a proyectarlos en los pacientes, considerando que sufren de patologías más graves de lo que en realidad son.

Estos problemas se traducen, a menudo, por la relación rápida que hacemos entre la patología de los padres y la de sus hijos. Esta es una cuestión que vuelve constantemente en nuestros debates. Si aceptamos que existe esa relación y pretendemos deducir que si los padres «curan», el niño curará también, podemos caer en la inoperancia absoluta, porque si pretendemos «curar» tenemos que volvernos omnipotentes o mesiánicos. Desde el punto de vista psicoanalítico, no se trata de considerar esta relación, sino de comprender qué podemos hacer para que las fantasías cruzadas en las proyecciones permitan un mejor funcionamiento psíquico.

El psicoanálisis es posible (y para mí éste es uno de los descubrimientos más importantes de Freud), porque el funcionamiento psíquico puede expresarse cuando está en condiciones óptimas para poder iniciar un trabajo psíquico. Como en cualquier trabajo, y esto no sorprendería a nadie, es necesario que el trabajador se encuentre en su lugar de actividad, en su contexto, reduciendo múltiples parámetros que pueden dificultarlo. Por ejemplo: un obrero de la construcción, para poder poner ladrillos y hacer una pared, necesita estar en el lugar de las obras. Si estuviera en el cine o en un parque o en su casa, no podría realizar su trabajo.

Así el psicoanalista, para ejercer su función, necesita una reducción de otros parámetros: su escucha no sería la misma en medio de la calle o en un café. Tal vez por estas razones se hayan creado los despachos, lugares de trabajo que reducen las injerencias medioambientales, de ruido, de gente, de espacio u otras. Pero hay más: entre esas condiciones óptimas están la inhibición de la motricidad y la relajación corporal que aproxima el psiquismo al estado de sueño.

Sobre las condiciones de la posibilidad de trabajo psíquico habría mucho que decir, pero no es éste el tema, solamente querría reflexionar sobre todo lo que nos aleja de esta situación: desde la máxima ampliación de parámetros que ahora llamaré parásitos, porque pueden reducir la posibilidad de trabajo hacia la inoperancia, hasta la máxima disminución posible llamada también, situación psicoanalítica. Pues bien, esta situación psicoanalítica es la que nos sirve de modelo para comprender cuándo nos alejamos de ella y cuándo nos acercamos.

La cuestión de acercarse a la situación psicoanalítica o la de alejarse no es puro formulismo, porque encierra la posibilidad o no, de contactar con las producciones del inconsciente y de interpretarlas, que es la finalidad de nuestro trabajo. Es como si dijéramos: nos acercamos a la posibilidad de trabajar con el psiquismo o nos alejamos de esa posibilidad. Cuando nos alejamos mucho es cuando nos transformamos en educadores o jueces, padres superyoicos o figuras represivas y entonces no podemos pretender ejercer nuestra profesión de psicoanalistas, profesión muy compleja, hay que aceptarlo, y que exige todo el rigor necesario para garantizar el encuentro psíquico y la interpretación de las producciones Preconscientes.

Ahora bien, el encuentro psíquico es una aventura porque no solamente depende de la situación ni de los parámetros ni de las condiciones, sino del estado psíquico en el que se encuentra nuestra mente en el momento del encuentro.

Ahora podemos preguntarnos ¿En qué condiciones psíquicas nos encontramos cuando trabajamos en centros de salud u otras instituciones?, ¿y cuando no se trata de un encuentro con una persona sino con varias, como es el caso de las entrevistas con los padres?

Como podemos intuir, los riesgos de alejarnos de la situación psicoanalítica son grandes, pero incluso en esa misma situación también están presentes otros riesgos. El llamado encuadre, que significa limitación, puede alterarse con argumentos en general resistenciales porque algunos psicoanalistas no han elaborado suficientemente lo que podríamos llamar ética profesional.

El encuadre, constituido de ritmos, de regularidad, de constancia, neutralidad y libre asociación, entre otros, es todavía más difícil de mantener en las prácticas psicoanalíticas que fuera de la situación propiamente dicha.

En psicoanálisis de niños se multiplican los problemas: como vemos a los padres, éstos ya no son imagos, y los juicios que nos hacemos de ellos dificultan nuestra neutralidad a la hora de analizar con el niño tanto las identificaciones como las fantasías que se hacen de sus progenitores.

Creo que en psicoanálisis de niños se necesita desarrollar otro concepto de encuadre y es la capacidad de dejar de lado lo que sabemos de los padres, que no es en sí un saber real, porque está impregnado de nuestras teorías, defensas y resistencias, es un cúmulo de informaciones que sólo pueden dificultar la escucha cuando se las toma en cuenta. Según R. Diatkine, lo más importante es poder tener varias escuchas y en cada encuentro aceptar que existan nuevas versiones de un mismo problema. Es decir, el predeterminismo en la escucha es el que no tiene en cuenta que cualquier elaboración puede ir acompañada de un cambio.

¿Cuántas veces habré oído: estos padres me mintieron porque en la segunda entrevista me dijeron cosas diferentes?

III. VÍNCULOS: RELACIÓN Y PSICOANÁLISIS

Las entrevistas con los padres, aunque no podamos teorizarlas como las sesiones de psicoanálisis, las podemos estudiar bajo el punto de vista psicoanalítico concibiendo la relación como una exploración de universos psíquicos.

.En qué consiste esta exploración?

Ño se trata de recabar información ni de hacer una anamnesis ni de seducir a los padres para que nos dejen tratar a sus hijos, ni de aliarnos con ellos. Se trata sencillamente de escuchar su sufrimiento y las interferencias fantasmáticas que pueden paralizar la relación con sus hijos.

Dicho así parece sencillo, pero podemos preguntarnos como se hace todo eso. A menudo digo que cuando alguien que me pide ayuda y habla en las condiciones que a

continuación expongo y dentro de un encuadre respetuoso (informando a los padres del tiempo que disponemos en nuestro encuentro), yo empiezo a contactar con los pensamientos emanados del inconsciente y a través de los procesos asociativos es cuando me acerco a la comprensión del espacio creado entre nosotros. Porque desde mi punto de vista, no se trata de comprender el psiquismo del otro, sino de crear con él un espacio intermediario donde nuestros pensamientos no sólo circulan, sino que contactan. Y para mí esto es lo principal en toda relación psicoanalítica: crear el espacio del intercambio de pensamientos.

La creación de este espacio exige una gran cantidad de medios y de condiciones: resumiendo, diría que se necesita una formación rigurosa y exigente en psicoanálisis, por lo que cualquier persona no podría hacerlo. Aquí debo señalar solamente de paso (porque el tema merecería otro libro) que la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA), creada por Freud y gobernada desde entonces por prestigiosos psicoanalistas, es la que define las exigencias de esa formación, por lo que las Sociedades que siguen sus recomendaciones, llamadas Sociedades Psicoanalíticas Miembros de la Asociación Internacional, son las que garantizan esa formación. Sin embargo, esta formación no es, como en otras ciencias, un acto que nos capacita como psicoanalistas: es necesaria una formación continua que nos posibilite la adquisición de competencias psicoanalíticas. La IPA no puede garantizar la capacidad de todos sus miembros, pero es la que ofrece las posibilidades para esa formación continua tan importante.

Pero volvamos a la relación con los padres:

Antes de abordar las entrevistas con padres, querría subrayar una idea: cuando se ha pensado mucho en las situaciones en las que los psicoanalistas nos encontramos y se ha intentado elaborar las dificultades, creo que podemos desarrollar capacidades de comunicación creativas que nos permiten un mejor encuentro con el psiquismo de los consultantes, un mejor contacto con el mundo interno de nuestros interlocutores.

A menudo, acostumbrados a un sistema habitual un tanto automático de consultas, olvidamos que los que llegan a nuestros despachos están en una posición psíquica particular. Aunque cada uno reacciona de una manera especial, en general, la persona que ha llegado a la conclusión de que hablando de sus problemas podría encontrar una solución, esa persona ha hecho también un largo trayecto en su mente.

A veces el acto de llamar a un especialista (digo especialista porque desgraciadamente no siempre las personas que consultan conocen las competencias del especialista, ni siquiera su formación ni denominación, llegan porque les han hablado de este o el otro) es como el que se lanzara en paracaídas, ya sea por desesperación o por convicción.

De cualquier modo existe una prehistoria del encuentro, antes de la historia, una prehistoria que supone también el desarrollo de múltiples fantasías y miedos.

Por su parte, el psicoanalista tiene también una serie de referencias: el mensaje telefónico, la conversación con la persona, el tono de voz, lo que se dice, etc.

Y en estas condiciones se realiza la entrevista.

En mi experiencia, cuando hago caso omiso de esas informaciones previas, me siento más libre para escuchar lo que se me dice. Ahora bien, esa escucha reviste una gran complejidad aunque la conciba según el modelo de la escucha psicoanalítica: neutralidad, libre asociación, ensoñación.

Hay padres que en los primeros relatos nos permiten asociar y comprender algo del juego psíquico que se improvisa en el encuentro; otros que están demasiado afectados y se defienden con reacciones varias: atacando, proyectando, minimizando o exagerando, rigidificándose, no permitiendo que el contacto se realice, a menudo por una excesiva idealización.

Debo decir que cuanto más puedo identificarme con su estado de ánimo, su miedo o sus defensas, más puedo encontrar un punto de contacto con su manera de pensar.

Recuerdo a un padre que me atacó inmediatamente diciendo que venía pero sabía que yo no haría nada para ayudarles. Inmediatamente pensé que él esperaba un contraataque porque en la vida cotidiana estamos acostumbrados a que si atacamos, suscitamos una respuesta. Yo le dije: «si yo tuviera problemas con mi hijo y estuviera hablándole a usted, tal vez diría lo mismo.» Sorprendido, me contestó: «¿cree usted que yo sufro?» Yo le dije: «Sí, lo creo.» Pero, me dijo: «yo no he venido aquí para mí, sino para mi hijo». Yo continué: «Pues hábleme usted de su hijo.»

La conversación transcurrió con rapidez:

Padre: Yo no sé quién es usted.

Yo: ¿Quiere que le explique mi manera de trabajar?

Cuando se lo expliqué, dijo que esa manera le gustaba porque ahora sabía para qué había venido, para darme su opinión y el hecho de que yo quisiera también que su ex esposa diera la suya y el niño también, le parecía tranquilizador, así no haría alianzas con ninguno de ellos.

El hecho de solicitar la opinión de los padres disminuye, a veces, esa excesiva idealización mesiánica que proyectan sobre nosotros; pero también les valora porque sienten que pueden ser útiles en una colaboración común.

Otros padres reaccionan diferentemente: recuerdo unos que me permitieron rápidamente intervenir y deshacer un nudo que les an gustiaba. Otros que buscaban mi aprobación para todo lo que hacían, y un largo etcétera.

Estas primeras entrevistas ponen a prueba toda nuestra capacidad de investigación

y todos nuestros conocimientos, tanto en psicoanálisis como en teorías de grupo.

Debo decir que en este trabajo de las primeras entrevistas creo haber evolucionado mucho: hace años me sentía angustiada por lo que podía pedírseme, insegura de no estar suficientemente capacitada, tenía miedo que me atacaran o me desvalorizaran, reaccionaba rápidamente sin darme tiempo para pensar, y otras muchas reticencias; otras veces me sentía halagada por la idealización de mi persona y valorada narcisísticamente haciendo alianzas inconscientes que resultaban después muy negativas.

Cuando comprendí y elaboré todas esas resistencias vinculadas con mi pasado infantil y mis propias fantasías parentales, pude escuchar mejor, identificarme y responder de una manera psicoanalítica, Probablemente anteriormente me hubiera sentido irritada por ese padre y le hubiera dicho cualquier cosa que hubiera cerrado una posibilidad relacional. Respetando su funcionamiento psíquico no tenía por qué sentirme atacada, puesto que sabemos que esos ataques no se dirigen a nosotros, sino a imagos familiares que nosotros representamos. Todo esto lo sabemos, pero a menudo lo olvidamos.

IV. ENTRAMADOS RECEPTIVOS: TRABAJAR LAS SITUACIONES

Una cosa es reconocer estas situaciones (los padres con miedo a la consulta, los psicoanalistas con miedo a sus propias fantasías parentales, los padres proyectando ideales mágicos, los psicoanalistas valorados en su narcisismo) y otra es poder trabajarlas.

A menudo estamos influenciados por la premura del tiempo (debido a nuestras idealizaciones) y deseamos resolver los problemas rápidamente, más aún que en la sociedad en que vivimos, las prisas son las reinas de nuestra actividad. A veces necesitamos mucho tiempo para entrar en contacto, o para que se reconozca nuestra competencia. En este sentido diré que la competencia que tenemos puede ser ficticia si no la demostramos y solo podemos hacerlo poniendo en juego nuestra pericia psicoanalítica.

Una madre me decía: ¿para qué sirve hablar?, yo ya he contado todo esto a muchas personas y por hablarlo no lo he resuelto.

La escucho con atención para sentir si algún resquicio de lo que dice puede inspirarme algo. No lo encuentro, entonces me callo.

Ella continúa: ¿qué quiere que le cuente?, ya se lo he dicho todo; tendré que despedirme y decirle adiós.

La palabra -adiós- me inspira; sin pensarlo me viene una frase: adiós se dice a los muertos.

Ella se ríe: Por dios, usted no está muerta.

Yo: pero seguro que llegará el día.

Ella cambia de expresión: lo que no le he dicho a nadie es ¡cuánto lloro por mi madre muerta!, yo creía que nunca se moriría.

Yo: Es cierto que es muy duro perder a una madre.

Cuando pronuncio esta frase recuerdo la muerte de mi propia madre y hago un vínculo: madre eterna y madre frágil, porque se muere; pero también madre que nos abandona. Mientras estoy pensando esto, ella continúa hablando: ¡una madre no debería morir nunca!

Yo: ¡ni abandonarnos!

Ella'emocionada: No, yo no he dicho que me sintiera abandonada, sólo estaba enfadada.

Dígame Señora: ¿su hijo también está enfadado?, porque usted me dijo que me había contado todo, y en realidad no me había dicho nada de su hijo.

Ella: ¡Ah!,... sí, tiene razón, pues es verdad que está constantemente enfadado conmigopero..... yo no lo he abandonado.

Yo: ¿Cree que podemos comprender por qué está enfadado con Usted?

Ella: No sé cómo puede hacerse.

Yo: pues yo sí sé.

Ella: ¡Pues dígamelo!

Entonces le explico mi manera de trabajar: necesito su versión sobre el problema, la opinión del padre y la opinión del niño. Después yo me hago también una opinión y se la transmito.

A partir de ese momento, esta señora se mostró colaboradora y tanto ella como su marido me ayudaron en la terapia del niño.

En esta situación, sí, es verdad que encontré una inspiración, pero en otras es más difícil.

Recuerdo una madre que no paraba de hablar, aunque yo intentaba decirle algo, ella ni me escuchaba, era una auténtica cascada. Como estoy acostumbrada a trabajar con padres que llamábamos de alto riesgo (familias muy precarias, con problemas de alcoholismo, drogadicción, etc.), recordé que tenía un método para hacer callar a los padres verborreicos: con un ¡Cállese, por favor!, como una orden superyoica y pronunciada con cierta simpatía, a veces da resultado. En este caso levanté la voz: ¡Stoop, cállese!, y se calló de inmediato como desconcertada. En esos casos yo hablo

mucho porque supongo que la verborrea proviene de un miedo al silencio.

Le digo: Mire, a veces hablamos para rellenar un vacío, pero por mucho que lo intentemos, no podemos.

Ella me escucha atenta y en un segundo se lanza a hablar, pero de otra manera. Rescato de su hemorragia verbal que los niños no la hacen caso, que ha perdido toda autoridad, pero cuando pienso esto, ella ya está hablando de otras cosas.

Le digo de nuevo: ¡Sto op! 11

Se calla.

Yo: ¿qué habrá que hacer para hacerse respetar?

Ella: pues decir, Sto op.

Sonríó: ¿Lo ha probado con sus hijos?

Ella: Yo no les hablo, les grito.

Yo: ¿Por algo será?

Ella: porque mi marido no tiene ninguna autoridad.

Yo: ¿Y Usted piensa que gritando adquiere la autoridad de un hombre?

Me mira como si le hubiera revelado algo oculto.

Pues a eso venía, porque el mayor se comporta como una niña y creo que no es un hombre.

De nuevo, como en otras ocasiones, le explico mi manera de trabajar. Ella acepta, pero me dice que su marido probablemente no vendrá porque no cree en estas cosas. Yo le digo que a veces es posible que los padres reticentes vengan a la consulta y que podemos esperar.

Si la formación psicoanalítica nos permite adquirir competencias para hacer indicaciones y tratamientos psicoanalíticos, no por ello garantiza la posibilidad de crear ese espacio del que hablé anteriormente, espacio de creatividad para contactar con el mundo psíquico del otro. Por eso, la formación en psicoanálisis de niños es más compleja que la del psicoanálisis de adultos.

Me explico: En la formación del psicoanalista se exige un psicoanálisis previo para que el futuro psicoanalista haya podido hacer la experiencia del contacto con su propio psiquismo. Si la cuestión de indicación del psicoanálisis de adultos parece complicada, parece más todavía la indicación en psicoanálisis infantil.

Como desarrollaré en el capítulo II, la indicación supone una serie de conocimientos sobre psicopatología, dinámicas de grupo, teoría de la técnica, y teorizaciones psicoanalíticas diversas, así como un constante trabajo de elaboración de las situaciones que he conceptualizado con el término de «Estudio situacional».

En los dos ejemplos anteriores he podido reaccionar rápidamente gracias a mis conocimientos sobre el Estudio Situacional.

-En el primer caso de la madre que me anuncia que para ella hablar no sirve de nada, si no empiezo a hacer rápidamente un estudio de esa situación, no creo que le hubiera podido decir nada significativo. Supongamos que le digo: «Bueno, si hablar no sirve de nada, ¿para qué ha venido?» O supongamos que siento sus palabras como una descalificación de mi profesión y me callo, probablemente la entrevista no hubiera durado mucho y ella se hubiera ido.

Al escuchar sus palabras, me encuentro en una situación que podemos llamar paradójica: una señora que se sobreentiende viene a hablar y que me dice que no sirve de nada. Esta paradoja hace pensar mucho a un psicoanalista en situación paradójica y me interrogué: esta Señora quiere decir algo, pero necesita desvalorar su pensamiento (no sirve de nada).

Pero con esta hipótesis no podría trabajar porque la Señora no viene para psicoanalizarse. Entonces, la hipótesis solo sirve de base al estudio de la situación en la que se encuentran los dos interlocutores: la madre crea una situación de imposibilidad, la psicoanalista busca la manera de crear una situación más abierta, siempre pensando en los dos ejes esenciales: entrar en contacto con su mundo psíquico para comprender la relación que tiene con el hijo motivo de la consulta.

La manera de entrar en contacto con el mundo psíquico, desde mi perspectiva, es escuchando los procesos asociativos que pueden verbalizarse, es decir, que pueden, a través de la palabra, ser reconocidos por el otro y suscitar su interés porque la palabra emitida proviene de él mismo, pero es el psicoanalista el que la vuelve a pronunciar dándole otro sentido. Aquí fue: Adiós.

Adiós es una palabra corriente para designar el acto de una despedida, pero yo le doy otra versión: Adiós tiene algo que ver con la muerte. Y es en ese momento cuando la señora escucha su propia palabra con otra significación, es cuando creo que se siente intrigada.

Lo que sigue es muy interesante y estimula mi capacidad de juego psíquico. Ella dice: «pero usted no está muerta!» Rápidamente formulé otra hipótesis: «¿Y si hubiera venido necesitada de ver morir a alguien?», pero no podía darme ninguna respuesta, si embargo, como en los juegos de niños que se hacen los muertos, yo añadí: «algún día pasará». Creo que mi reacción supone una aceptación de la muerte, pero también la pérdida del miedo a hablar de la muerte.

Y tal vez por eso, porque he desdramatizado la muerte, es por lo que ella puede

entonces revivir su dramatismo: ¡cuánto lloro por mi madre muerta! Pero hay más: ¡yo creía que nunca moriría!

El juego psíquico continúa: Yo me dije ¿una madre eterna? Y efectivamente, toda una serie de ideas me vino a la mente: madre eterna, antimelancólica, madre eterna, protectora: ¡una madre no debería morir nunca!

El pensamiento puede ser tan rápido como un rayo: creo que antes de decirle que es muy doloroso perder a una madre, yo ya había contactado con la mía, por eso a la vez que pronuncio esa frase -ni abandonarnos- (esta frase es para ella y para mí), pienso en la madre que por morir te abandona, pienso en el duelo hecho de cariño y de rabia, de amor y de odio. Y es cuando ella puede hablar de enfado bajo una forma defensiva: yo no he dicho que me sintiera abandonada, sino enfadada.

Esta forma defensiva me pareció muy estimulante en nuestro diálogo: ella no acepta todo lo que mis palabras le sugieren, eso quiere decir que no está en una posición de sumisión hacia mí, que se siente alerta, como si dijera: cuidado, no voy a aceptar todo de esta Doctora. No es mi madre. Pero todas estas ideas no son más que hipótesis que se pasean por la mente sin adquirir un estatus para transmitir aún.

Cuando la escucho hacer una relación, en clave de negación, entre sentirse abandonada y enfadada, yo no tengo ni idea que todo eso tenga que ver con su hijo, pero no me extraña que yo asocie con el hijo, porque no solamente pienso en que las dos somos hijas de esas madres queridas y abandonantes por morir, sino que ella viene a hablarme (supuestamente y con ambivalencia: quiere y no quiere hablarme) de su hijo.

Es el momento, pues, en que todo se condensa: hemos tenido un contacto psíquico y una referencia a un tercero, en este caso el hijo, es pues el momento de traerlo a la escena.

Ahora soy yo la sorprendida, porque no me esperaba ni remotamente lo que la iba a decir preguntándole si su hijo estaba enfadado con ella. ¿Puse en relación enfado -madre-yo-, en la situación en que me ponía esta señora? No sabría decirlo, porque en realidad la situación en la que ella me ponía era muy rica en posibilidades elaborativas, por lo que podría más bien estar contenta, pero tal vez la forma en que ella me presenta la posibilidad de esa elaboración a partir de la muerte, pudo darme que pensar en la asociación enfado y madre que muere, madre edípica o pre edípica, madre que hay que compartir, madre que no es exclusiva.

Pero podemos hacer otras lecturas de las secuencias de este diálogo. La inmediata es la que surge en nuestras mentes durante la escucha. La otra es la que puede hacerse a posterioridad, après-coup, para poner en relación los términos empleados con otras hipótesis:

Si pensamos al revés, es decir, desde el final de la entrevista hasta el principio, empezamos a comprender las reticencias de esta señora. Por una parte, ella ha sufrido

mucho por el fallecimiento de su madre y va a consultar por su hijo que ella siente constantemente enfadada con ella, precisamente cuando supuestamente ella se sentía enfada con su propia madre. Su negación -hablar no sirve de nada-, puede representar un mensaje de sobrevaloración: al hablar podemos revivir afectos dolorosos y eso es precisamente lo que hay que evitar. Pero también yo puedo sospechar ahora que el vínculo entre enfado y muerte es lo que puede paralizar el sistema psíquico: ¿si mi hijo está enfadado, eso tendrá algo que ver con mi posible muerte? Esas asociaciones inconscientes pueden emerger bajo forma de rechazo: -no quiero hablar.

1 Ahora bien, cuando ella dice que tendrá que irse y decirme adiós, creo que en su Preconsciente subsiste la duda, porque si hubiera querido irse verdaderamente, lo hubiera hecho, se hubiera levantado y despedido de mí. Cuando la oí, me dije: no se irá porque me lo puede decir (la palabra puede a veces reemplazar al acto).

El hecho de que yo permaneciera atenta a sus palabras no es anodino, aunque como psicoanalistas siempre estamos atentos a una escucha significativa, en este caso creo que aprecié varias cosas: el reto que esta señora me proponía, en un ¿a ver cómo puede salir de esta situación tan delicada, paradójica, siendo especialista de niños? Pero también su delicadeza para prevenirme de que tendría que decirme adiós. Este adiós me estaba dirigido personalmente y es lo que me permitía reaccionar. Era ella, pues, la que iniciaba el contacto, la que perfilaba el encuentro en una posible lucha entre dejarse ir al placer de un diálogo y resistirse a no sufrir más.

El ¿por qué yo asocié con el conocido refrán: adiós se dice a los muertos?, creo después de todas estas reflexiones que condensaba mi desolación si se hubiera marchado sin poder comunicarme nada, mi tristeza por un encuentro fallido, mi impotencia para entrar en contacto, lo que está próximo para mí con la muerte psíquica: la imposibilidad de hablar y entenderse, la imposibilidad de pensar.

Su inmediata reacción: que podría significar un «yo no quiero que usted esté muerta», sinónimo de un: «yo quiero que usted piense», y mi respuesta igualmente inmediata: «algún día pasará», para significarla que no somos eternos, que todo tiene un principio y un fin, que lo importante es el instante del encuentro, no su continuidad imperecedera, que pase lo que pase, no es para siempre, ni el dolor o el sufrimiento, ni tampoco el goce y el placer, todo tiene un límite.

Creo que esta intervención pudo emocionarla y por eso ella contactó con su afecto depresivo: ¡Cuánto lloro por mi madre muerta! Ésta también resultaba ser una confesión auténtica, fuera de los cánones relacionales impuestos por la buena educación. Ahí, puede percibirse lo que es un contacto entre dos psiquismos que se encuentran.

El proceso asociativo al que algunos psicoanalistas estamos acostumbrados (digo esto porque no todos los psicoanalistas trabajan de igual manera, otros hubieran priorizado otros ejes de trabajo y reflexión), me llevó a escuchar la continuación de su frase: «creí que nunca moriría» (refiriéndose a su madre). Una especie de

asociación a mi posible mensaje: el siempre y el nunca, no existen. Pero el «creí», situado en un tiempo pasado, me indicó algo importante: ¿habrá sentido mi mensaje?, «antes creía, pero puedo cambiar». Para un psicoanalista esta posibilidad de cambio psíquico es muy importante, sobre todo para el psicoanalista de niños que tiene que apreciar la capacidad de los padres de modificar sus posiciones y sus creencias férreas. En ese mismo instante supe que si era necesario un tratamiento para el niño, se podría hacer con el acuerdo de la madre.

Pero aún más: si esa madre acudía a la consulta es porque tal vez su marido estaba también de acuerdo. Supe después que los padres estaban preparados para que un tercero interviniera, no en cualquier situación, porque ella era portadora de varias advertencias: cuidado con las palabras que pueden despertar afectos dolorosos, cuidado con iniciar algo y después abandonar, cuidado con los enfados.

Pero yo recojo el reto, soy una psicoanalista que trabaja constantemente con esas y otras muchas más advertencias: los afectos ligados a las representaciones de cosas y de palabras pueden ser motivo de enriquecimiento y nuestro trabajo consiste, entre otras cosas, en ligarlos. Es como si yo la dijera: No se preocupe señora, lo importante no es hablar por hablar (por descargar ansiedades), lo importante es hacer un trabajo de ligazón y de eso yo soy especialista.

Es como si la hubiera dicho: «por ejemplo, mire usted, cuando alguien se muere, el proceso del duelo consiste en vincular el amor con el odio, el sentimiento de presencia con el de ausencia traducida por abandono».

Estos vínculos tienen también un asentamiento teórico: supongamos que cuando ella se decide a consultar es porque ha hecho un vínculo entre el enfado del niño y el suyo, una especie de intuición de que detrás de esos enfados existen otros sentimientos.

Pensado en clave edípica podríamos decir que los enfados de los hijos corresponden a frustraciones amorosas por tener que compartir el cariño de una madre o de un padre; es la situación triangular la que está en juego. Y ella, como cualquier hija podía tener motivos de estar enfadada, también con ella misma porque la posibilidad de eliminar a un tercero molesto se concretiza en el momento de la muerte.

El funcionamiento psíquico que corresponde a un juego complejo de las relaciones entre producciones inconscientes y preconsciouses, se organiza para ocultar y transformar varios procesos simultáneamente: aquí el nudo podía haber sido así: ¿mi hijo estará enfadado conmigo porque le traiciono con su padre, que es mi marido?, como mi madre me traicionaba también con mi propio padre impidiéndome una relación exclusiva con él. Y todos esos afectos entremezclados se condensan en el momento de la entrevista y lo que surge es: ¿para qué sirve hablar?

Pero alguien escucha, no oye la concretización del mensaje, sino su complejidad

que se desvela en varias asociaciones en forma de negaciones: mi hijo está constantemente enfadado conmigo, pero yo no le he abandonado. Y la psicoanalista que escucha es como si dijera: «sí que lo abandona, cada vez que se va usted con su marido».

Y esta trama que se va esclareciendo poco a poco, hasta que yo la pregunto si ella cree que se pueden comprender los enfados del niño y que ella responde: ¿no sé cómo puedo hacerlo?, y que en ese momento creo que es importante darle la respuesta: «yo sí». En ese momento es donde se transmite el sentido de nuestra profesión donde, gracias a nuestros conocimientos, nosotros podemos ayudar a comprender allí donde el que no tiene esos conocimientos no puede hacerlo. Es un momento crucial para transmitir lo que significan nuestras competencias.

Cuando se puede trabajar así con los padres creo que cumplimos varias finalidades: informarles de nuestras posibilidades elaborativas de una manera efectiva en el aquí y ahora de la situación (no se trata de una información teórica porque el encuentro psíquico ha sido una realidad vivenciada) y también transmitirles lo que vamos a hacer con sus hijos, porque nuestra manera de trabajar es la de comprender hablando.

He intentado detallar el ejemplo con esta madre para explicar cuál es mi posición en el trabajo de la situación, tal y como lo dije al principio. Trabajar las situaciones es un ejercicio interesante, lleno de recovecos y de retos, pero apasionante, que nos lleva al límite de nuestras propias posibilidades, llamémoslas terapéuticas, entendiendo por terapéuticas los movimientos psíquicos de cambio, de encuentros y descubrimientos de las tramas inconscientes.

Como lo dije anteriormente, creo que hay una serie de escalones que van desde la posibilidad de contacto psíquico hasta la imposibilidad, que se traduce por esos padres que se van, no quieren volver o interrumpen un tratamiento. Todos esos fracasos del encuentro deberían ser motivo de un estudio detallado que nos ayuda siempre a comprender las causas de los desencuentros y nos enseñan mucho sobre lo que nos queda por elaborar, sobre las grandes dificultades de nuestro trabajo.

Ahora bien, según mi experiencia, cuanto más pensamos y aprendemos, más podemos transformar lo que parece imposible en posible. Este es un punto de vista positivista que se me ha criticado mucho, pero debo confesar que siempre parto de la ilusión de que algo va a ser posible y que si no lo es, tengo que estudiar más.

Para concretizar aún más lo que entiendo por trabajo de la situación, debo decir que este trabajo implica una posición activa por parte del psicoanalista en oposición a la posición pasiva muy utilizada porque alimenta las defensas, estoy hablando del silencio que creo se ha confundido con la escucha analítica. Es cierto que cuando otro habla, el que escucha está en silencio, sino la secuencia hablar-escuchar sería imposible; pero confundir una entrevista con una sesión de psicoanálisis, un silencio con actitud psicoanalítica, una ausencia de participación por una neutralidad, o el

callarse por una libre asociación, creo que es un error.

Capítulo II

1. CONFIGURACIONES PSÍQUICAS:

LA ESCUCHA EN LAS PRIMERAS ENTREVISTAS CON PADRES

Es cierto que estas primeras entrevistas condensan una gran cantidad de problemas que no siempre podemos superar. Me refiero a la gran variedad de funcionamientos psíquicos, que podemos encontrar: desde padres que intuyen que el hablar puede resultar útil en la solución de sus problemas hasta los que reniegan tal posibilidad.

Ante tanta variedad, el psicoanalista debe desarrollar todos sus conocimientos y su capacidad creativa para intentar ceñirse lo más posible a la escucha psicoanalítica.

Para ilustrar algunos de estos problemas, aportaré varios ejemplos: desde la posibilidad de hacer rápidamente un trabajo elaborativo, como en el caso que detallé más arriba, hasta la que ese trabajo sólo es posible después de pasado mucho tiempo.

Me preguntarán: ¿Existen padres con los que no podemos trabajar? Quisiera contestar que esos padres son los que no acuden a la consulta, porque desde el momento que unos padres han hecho el inmenso esfuerzo de acudir a un especialista, creo que la mitad del trabajo ya está hecha.

En este tema quisiera incidir, pienso que nunca lo repito suficientemente, sobre el hecho que el psicoanalista debe posicionarse en una actitud de neutralidad, porque si no es así y en vez de escuchar se alía con uno de los participantes a la entrevista, el fracaso de la tarea está sellado.

Una entrevista con padres implica una situación particular: no solamente el psicoanalista está en una proporción desventajosa, uno ante tres (si los padres acuden a la consulta con el hijo) o dos (padres solos), sino que tiene que haber elaborado mucho la relación con sus propios padres, porque es esa relación la que se infiltra en la pérdida de la capacidad de la neutralidad.

Debo decir también que en esos primeros encuentros se reactivan todos nuestros conocimientos y experiencias.

Una vez contaba a unos colegas que a una madre que yo percibí como depresiva y que tenía un discurso omnipotente e invasor, tuve que pedirla que se callara para que yo pudiera comprender lo que me decía, mi intervención tuvo un efecto de limitación para ella y más tarde me lo agradeció aduciendo que siempre había esperado que alguien la pusiera límites; creo que ninguna teoría puede darnos la clave de estas intervenciones que surgen del encuentro y de la capacidad del psicoanalista a hacer identificaciones primarias con los entrevistados.

Pensando en este ejemplo creo también que las elaboraciones que estaba haciendo en aquel periodo sobre la situación melancólica en la que los padres pueden encontrarse en el momento de la consulta, también me ayudó a hacer esa intervención, así como mis conocimientos sobre el funcionamiento psíquico de muchos depresivos que inundan el encuentro con relatos que nada tienen que ver con lo que en realidad quieren demandarnos.

También recuerdo otra madre que llegó a la primera consulta sin parar de hablar. Cuando la invité a sentarse, ella no quiso y continuó de pie sin parar de emitir frases que si bien podían comprenderse tomadas independientemente, en el conjunto del relato no encontraba ninguna significación. Esta madre me recordó rápidamente una secuencia de una obra de teatro de Chéjov, no recordaba en aquel momento el título, pero se trataba de un hombre que hablaba sin cesar para no decir nada. La madre continuaba hablando mientras yo recordé una conferencia que había oído la semana anterior, donde el conferenciante se extendía en una serie de teorías bastante inconexas, como una especie de cóctel, de donde yo no podía sacar nada en concreto. En lugar de irritarme, aquella madre me inspiraba interés y le dije: «creo que si pudiera comprenderla, lo que dice me resultaría interesante». Ella se calló de repente y empezó a llorar: «mi marido dice siempre que soy tonta y es porque no puedo frenarme cuando hablo, parece que estoy dispar- atada». Ella se dio cuenta que quería decirme -disparada- y se rió. «Claro, disparada y disparatada es mi caso». Yo le dije: «fíjese si es interesante, quitando el `dis' encontramos atada y parada, ¿eso querrá decir algo?». Ella me miró muy profundamente: «es como el núcleo de mi vida, cuanto más atada es toy, más me acelero». Yo le dije: «¿Y con su hijo también?», me contestó: «A él le pasa lo mismo que a mí, ¿qué se puede hacer?».

Yo le expliqué mi manera de trabajar. Ella me dio su acuerdo, pero me advirtió que el padre no creía «en esas cosas» (se refería a la consulta), sin embargo ella se lo comunicara por si él quería venir a verme.

En mi experiencia, estos encuentros con el psiquismo de los padres (en este caso fue una madre, pero en otros puede ser el padre el que acude, o los dos juntos) deja un impacto importante, como si algo de ellos hubiera podido ser comprendido y aunque no se trata de hacer un psicoanálisis de los padres, se trata de comprender su estado traumático en el momento de la consulta, donde en general, ellos esperan que se les juzgue o se les riña a causa de las intensas idealizaciones que ellos hacen de la persona que va a recibirlos.

Algunos alumnos me han hecho preguntas interesantes sobre este tema: «¿Por qué no se les puede decir simplemente que estamos ahí para comprenderlos?». Yo respondo: «Creo que decirlo no es suficiente, hay que demostrarlo» (me refiero a que debemos ser capaces de mostrar que podemos comprender algo más allá de lo consciente o en otros términos, algo del contenido latente del relato).

Estas y otras múltiples preguntas corresponden a múltiples factores: el problema no es siempre de la falta de experiencia, creo que no hacemos suficiente hincapié en

la necesidad de elaborar lo que pasa entre «los psiquismos» que se actualizan en los encuentros. Desde mi punto de vista, creo que se necesita estudiar, reflexionar, profundizar y más tarde elaborar la relación que tenemos con nuestras teorías que solo nos sirven de guías, pero que no nos dan las claves de nuestro trabajo.

11. CONSTRUCCIONES TEÓRICAS: LOS TRES EJES DE REFLEXIÓN

1. El estudio de la situación en las que se encuentran tanto padres como nosotros mismos:

Los padres pueden llegar, como más tarde desarrollaré, en un estado de ánimo particular por lo que, sobre todo, no debemos confundir lo que comprendemos en esa situación sobre su manera de funcionar psíquicamente, con la idea que siempre funcionan así.

Pero también nosotros estamos en una situación psíquica particular: si no hemos elaborado el miedo que les tenemos, nuestra propia relación con nuestra infancia, con nuestros padres, la posibilidad que los relatos nos afecten y nos obliguen a hacer regresiones a etapas anteriores de nuestro psiquismo, nuestra propia capacidad defensiva y las resistencias que se crean en el curso de las entrevistas, entonces podemos transformar el encuentro en una relación defensiva, llena de formaciones reactivas donde perdemos nuestra identidad psicoanalítica (escuchar, comprender, intervenir) y la sustituimos por cualquier otra (jueces, educadores, moralistas, etc.).

2. Personalmente me ha sido de una gran ayuda los conocimientos que he podido adquirir sobre funcionamiento grupal e institucional. A menudo, en las entrevistas se crean funcionamientos grupales interesantes que, si pueden comprenderse, nos permiten una mejor comprensión de las relaciones fantasmáticas entre los miembros de la familia y nos permiten, en algunos casos, deshacer algunos nudos de incompreensión, como lo describiré en el caso del niño que decía «no me hables de amor».

Puesto que el modelo de toda entrevista es la escucha psicoanalítica, tal y como M. Cid Sanz lo describió en su artículo «El arte del contrapunto», cuando uno de los padres me llaman para concertar una entrevista, yo no doy ninguna indicación de si deben venir solos, con los hijos motivo de la consulta o separadamente, dejando que ellos mismos escojan la modalidad.

La razón es sencilla: cuanto más nos aproximemos a la libre asociación, más y mejor podemos trabajar. Creo que es mejor que ellos elijan, que seamos nosotros los que indiquemos lo que hay que hacer. En este caso y desde un principio ya nos situamos como superyoicos y ese mensaje da a los padres el índice de lo que vamos a hacer, poniéndolos en un principio en una situación infantil, como niños ante unos padres educadores u omnipotentes. De todas formas, si somos nosotros los que decidimos, no tenemos argumentos para saber por qué una entrevista sería más productiva con padres solos sin los niños, si no es porque nosotros mismos no

sabemos trabajar en situaciones grupales, o porque tenemos miedo de no poder controlar todo lo que pasa en esas entrevistas de grupo.

Adaptar nuestros conocimientos en dinámicas grupales a las entrevistas es una tarea muy interesante: desde la perspectiva de la escucha psicoanalítica, ésta se perfila en una dimensionalidad grupal. No se trata de descodificar si el padre o la madre hablan los primeros (dando a este fenómeno una lectura simplista: habla primero el que mas manda), ni tampoco de hacer una comprensión fenomenológica de los roles parentales en el seno de la familia (muy a menudo según como se sientan en la consulta). Se trata de una escucha de los procesos psíquicos en interacción donde las fantasías circulan, o se paralizan, las identificaciones se transforman en resistencias, o las proyecciones impiden las personificaciones.

Soy consciente que aquí utilizo muchos de los conceptos descritos por D. W. Winnicott, quien, dicho sea de paso, es el que nos ha transmitido las magníficas descripciones de las consultas terapéuticas. Aunque personalmente, después de haber estudiado durante años la obra de Winnicott, no sigo sus mismas perspectivas, debo reconocer que estos detalles de teoría psicoanalítica, en nada merman la creatividad con la que nos ha ayudado a trabajar con padres y niños; podría añadir incluso que es uno de los autores que mas se ha preocupado en mantener el espíritu psicoanalítico durante esas entrevistas con familias.

Estar atentos a las dinámicas grupales que se generan en el curso de una entrevista no significa tampoco intentar hacer una terapia de grupo, sino más bien poder ampliar la escucha a las resistencias grupales, como intentaré describir en un ejemplo.

3. El estudio de los procesos asociativos y sus interrupciones nos permiten intervenir en el momento preciso en el que un lapsus, un acto fallido, una equivocación, un juego de palabras, u otras formas de emergencia de los contenidos latentes pueden ser compartidos. Esta manera de compartir maneras de pensar se aproximan a lo que D. Widlócher llama copensamiento, para indicar que surge en y por la relación y que no tienen ningún artificio teórico.

Pero los procesos asociativos nos permiten también la adquisición de la capacidad de juego, no del juego real tal y como lo practican los niños o lo practicábamos cuando éramos niños, sino del juego del pensamiento, una manera especial de crear nuevas formas de pensar, de asociar, de dar sentido a lo que oímos y sentimos, a lo que pensamos y vivenciamos.

Si bien fue D. W. Winnicott el que escribió mucho sobre el juego, creo que fue Freud el primero en sensibilizarnos a esas transformaciones psíquicas producto de la libre asociación en «La Interpretación de los sueños», del concepto de reencuentro, descubrimiento y cambio psíquico; pero lo que me parece mas importante es que para Freud esos juegos psíquicos fueron concebidos por la palabra, a través de los diálogos con los demás, de la escucha y de la comprensión.

-Y el diálogo con uno mismo?, ¡sobre todo si se es psicoanalista!

El diálogo con uno mismo tiene tendencia a confundirse con la teoría. Es cierto que el psicoanalista dialoga con su propia manera de teorizar, pero el diálogo interno corresponde a una integración de la teoría en vez de una puesta en práctica de nuestros conocimientos teóricos. Se trata de la teoría del encuentro y no de la puesta en práctica de una teoría.

Sin embargo, esta alternancia, teoría y autoanálisis no es siempre fácil de hacer y aun menos de escribir, por eso a través de estas reflexiones teóricas, incluyo algunas experiencias de encuentros con padres y niños.

111. NOCHE OSCURA: LAS CONSTELACIONES MELANCÓLICAS

Desde hace ya algunos años he intentado poner en relación el estado anímico en el que se encuentran los padres durante las entrevistas, la herida narcisista que he percibido en todos ellos, la idealización de la consulta y las reacciones que tienen y que se presentan bajo formas variadas: formaciones reactivas, relatos pantalla, exhibicionismo, voyerismo, fantasías de escena primaria, seducción y angustias variadas, sobre todo de castración, así como un conjunto de síntomas que ocultan a menudo su desvalimiento.

Acostumbrada y sensibilizada tanto por R. Diatkine como por S. Lebovici a que los relatos de los padres contienen muchas proyecciones de sus propias fantasías, de aspectos de su infancia y angustias superegoicas, narcisistas y de la idealidad, llegué a la convicción de que los padres, con sus conflictos psíquicos, hacen con sus hijos lo que pueden y que acusarlos, ya sea veladamente o directamente, sería como acusar a un neurótico por tener su neurosis.

La escucha psicoanalítica es una escucha particular donde la neutralidad, la ausencia de enjuiciamiento, el intento de comprender el dolor psíquico y el poderse desprender de esas excitaciones provocadas por la transformación de las palabras en imágenes, hace que podamos elaborar.

A través de un ejemplo, podemos comprender mejor algunos de estos procesos.

1. Conquistando incertidumbres: Manu

Conocí a Manu en una situación inhabitual: cuando abro la puerta de mi despacho, la madre se precipita y me da un beso. Me sorprende porque no me conoce de nada. Después y antes de sentar se en mí despacho, dice en voz alta: «¡He tenido este hijo por inseminación artificial, porque mi marido no puede penetrarme!», Me siento chocada y pienso inmediatamente en el niño, en Manu, que tenía 5 años y parecía totalmente ausente.

En esa entrevista, donde la madre no paró de hablar y contarme mil cosas que no podría reproducir, yo no hice más que escuchar atentamente asintiendo, a veces.

Entre esas miles de cosas rescato que la pareja proviene de un cantón muy católico, que ella es concejal del ayuntamiento y que el marido tiene un puesto político; y también que Manu tartamudea constantemente: ¡Es una vergüenza, dice! Ha dudado mucho en venir, pero como yo había «curado» a un amiguito del colegio, la madre, que es su amiga, le aconsejó que viniera. El padre se opone completamente a cualquier consulta.

En ese momento, yo tomo la palabra con dificultad (temía tartamudear) para decirle que sin el acuerdo del padre no podría hacer nada. Me sorprende de mí misma, porque nunca soy tan tajante e intento negociar la situación.

La madre empieza a reírse: «¿de verdad quiere usted verlo? ¡No sabe cómo es, se riñe con todo el mundo, nadie de mi familia le habla, les odia a todos! Si quiere, ¡arriéguese!»

Esa amenaza suscita mi curiosidad. Bueno, me digo. Ya veremos.

A partir de ese momento, la historia se complica. El padre me llama por teléfono para decirme que no quiere verme, pero como Manu es un niño y son las madres las responsables, me autoriza que le vea. Cuando le pregunto el porqué no quiere verme, él me contesta con cierta impertinencia: «por que no tengo ganas y tengo cosas más importantes que hacer».

Puesto que el padre lo autoriza, yo veo a Manu, que en esa primera entrevista no puede decirme nada a pesar de sus esfuerzos para hablar. Se le saltan las lágrimas al ver que no llega a pronunciar palabra. Yo le digo que no se preocupe y entonces él dice: «qui, qui, ro, vo, vol, ver».

Al as entrevistas siguientes, aparece toda la familia de la madre: abuela y tías para cuestionarme insistentemente que les cuente lo que le pasa a Manu. Espontáneamente me surge una frase: «¡Ya veremos, tengo que ver a su padre!»

Las entrevistas se suceden esporádicamente, según el ritmo que la madre impone: Manu se siente más relajado y entonces, aunque con dificultad, no para de hablar. Cuando yo intento poner en relación la pesada mochila que lleva a cuestas y que me exhibe como para demostrarme lo fuerte que es, con las situaciones en la que está, me pide que me calle. Me imagino entonces, que necesita estar con alguien silencioso porque le deben invadir todos.

A las aproximadamente 4 entrevistas, la madre viene para que le cuente lo que Manu tiene. Me surge la misma frase: «Ya le dije que antes de pronunciarme tengo que ver al padre.»

Así que un día, aparece con él.

A simple vista, parece un hombre mal encarado, que me pregunta de sopetón: «¿usted graba las entrevistas?» Y en lugar de responderle: no, yo nunca grabo lo que

se me dice; se me ocurre decirle: «¿querría usted que grabe la conversación?» Entonces, se enfada y empieza a gritar diciendo que toda la familia de su mujer le odia, que son catastróficos, malos y que van a por él. Su mujer se pone siempre de parte de su familia y me da gran cantidad de detalles. La madre intenta contrarrestarle: «pero bueno, ¿qué dices?, esto no es verdad», etc.

Intenté hablar de Manu y entonces me dice: «tartamudea como yo -ya me había dado cuenta-, aunque su tartamudeo es muy discreto, pero es mejor que así sea, lo peor es que fuera negro o emigrante de baja estofa, judíos, habría que matarlos a todos, porque son una raza diferente a nosotros, son una escoria». Me dice acto seguido que él es del partido (no lo nombro por discreción analítica) radical (en ese momento, un partido que pedía la expulsión de todos los emigrantes de Suiza).

Yo me quedé de piedra. Completamente traumatizada. Por un lado, pensé rápidamente -mientras él hablaba- que yo era emigrante.

En esos momentos, casi mareada, me entraron ganas de echarles de mi despacho, de agredirle, de perderlo de vista; pero una idea atravesó mi mente: yo soy psicoanalista y tal vez este hombre esté intentando transmitirme su sufrimiento a su manera. Y me pregunto: ¿Por qué tartamudea?, ¿por qué la familia se su esposa no le acepta? Luego es él el diferente, y su hijo también, recordando la frase de la madre: «tartamudear es una vergüenza».

Con todo esto y olvidando un poco mi emoción, se me ocurre la relación entre padre e hijo y le pregunto: «¿Quién ha pensado en el nombre de Manu?» Me contesta rápidamente: «Se llama como yo, Emmanuel -Entonces sonrío-. Somos una saga, el abuelo y el bisabuelo también llevaban el mismo nombre.»

Me paro a pensar en el nombre que es el mío y no recuerdo cuál es su significación, pero me surge: «Oiga, Emmanuel ¿Qué significación tiene, no es el amado de Dios?»

Él me contesta interesado: «Nunca lo había pensado, pero es muy bonito.»

La madre empieza a agitarse: «¡Dr., dígame que no tiene por qué desconfiar de mi familia, porque es él el que...!» Su marido la interrumpe: «¡Cállate! Cuando vamos de caza, eres tú la que nos atacas sin parar.»

Yo digo (creo que por decir algo): «¿Van Uds. de caza?» Y entonces, se produce en mí un estallido traumático al escuchar los horrores que me cuenta: él y sus amigos obligan a Manu a matar las piezas de caza que todavía no han muerto, a atizar a los perros salvajes cuando descuartizan a las piezas, a subir al caballo cuando éste se encabrita. Para que así se haga un hombre. Yo ya no puedo más, gracias que es la hora.

Un poco repuesta de esta entrevista, yo pienso: después de haberme traumatizado suficientemente, el padre da su acuerdo para que empecemos una psicoterapia, pero

ahora es la madre la que plantea problemas con las horas, sus ocupaciones, etc. Una psicoterapia «atípica» sin ritmo definido, pero que nos permite vernos Manu y yo.

Durante la psicoterapia, los padres aparecen de vez en cuando, siempre para crear escenas primarias, sadomasoquistas, hacerse reproches e intentar que yo me alíe con uno de ellos.

1 Mi neutralidad debe cansarlos, porque más tarde vienen cada uno por su lado, y es entonces cuando puedo intentar algunas elaboraciones. Por ejemplo: un día que es la madre la que me pide una cita, me pide que convoque a su marido para que la trate mejor, ya que se muestra con ella cruel y sádico, la humilla, quiere que sea su esclava, que sea sumisa. Yo le digo: «¿Está usted describiendo a un dictador?»

-Sí -me dice, eso es, nunca lo había pensado. ¿Sabe usted?, es una fiera salvaje. Y yo le digo: «¿Tal vez querría también usted ir de caza?» Sorprendida, añade como si fuera una niñita pequeña: «¡si usted supiera, tengo tantas ganas de ir con ellos!» Yo pensé sin decírselo: ser un hombre, ya que, según su marido, solamente los hombres pueden ir de caza.

Yo no sé lo que ella pudo contarle al marido, pero lo cierto es que poco después él me pide una entrevista, solo, precisa. Cuando llega, me confiesa: «Sabe usted, yo vine porque aunque sé que es usted extranjera, es una emigrante de lujo, ya que tiene un despacho muy lujoso, en una zona donde viven gente importante.» Y asocia libremente: «¿Sabe usted? La gente importante es la que va de caza, ya que los pobres, los judíos, mendigos y gente de poca monta, no pueden; habría que expulsar a toda esa escoria que son tan diferentes a nosotros -supongo que él y yo, claro; y añade-, a la caza solo van los hombres, las mujeres tienen que quedarse en casa.»

«¡Ah!, si yo no venía para contarle esto, lo que más me interesa es saber por qué Manu insiste tanto es querer venir a verla».

En ese momento, cambia de tono, se vuelve seductor y como un niño pequeño, me dice: «¿Me lo va ha decir?»

De nuevo me siento sorprendida por el cambio de actitud y sin haberlo pensado, me comporto como un padre, mirándolo y haciendo un gesto de reprobación. Entonces me dice: «he olvidado decirle que me siento muy orgulloso, he empezado a poder hablar con mi suegra y con mi nuera».

Yo le digo: «¿usted querría que le felicite?»

«Sí -me dice-, porque usted sabe que me han rechazado mucho, tal vez por... (Y me muestra su boca).»

Yo le digo: «¿tartamudear, es ser diferente?»

«Sí -me dice-, sobre todo, no es normal. Pero desde que usted me dijo que

Emmanuel quiere decir amado de Dios, usted no puede imaginar el efecto que ha tenido en mí.»

Rápidamente, asocio Dios y Jesucristo y le digo: «¿usted sabe que Jesucristo, el hijo de Dios, era judío?»

Ahora, creo, es él el que está impresionado, porque se queda en silencio, como reflexionando y de nuevo, como un niño pequeño, me dice: «¿Entonces él también era diferente?»

Sí -contesto-, como los negros, los emigrantes, los pobres.

Entonces, dice: «¿todos tenemos algo en común y algo diferente?»

Yo contesto: «todos sufrimos cuando no nos sentimos queridos».

La profundidad de su mirada me emociona y como si quisiera tomar distancia, se vuelve el hombre seguro y fuerte, diciéndome: «a partir de este momento puede usted ver a Manu el tiempo que usted estime necesario». Y añade sonriendo: «usted es muy fuerte, a lo mejor podría venir de caza con nosotros».

En nuestra práctica psicoanalítica podemos vivenciar grandes emociones por haber logrado un contacto psíquico afectivo, ya que en ese momento sentí un gran afecto por ese hombre que en un après-coup me pareció tener que defenderse con actitudes paranoicas por sentimientos de inferioridad intensos. Pensando en la madre y en esta pareja, me pareció que su deseo de anular las diferencias (su beso a la entrada, sus peticiones de que yo hablara a su marido en su lugar, etc.) y también su deseo de ser un hombre, me cuestionaron sobre la función paterna en esa familia.

Mucho más tarde (como siempre en psicoanálisis) sabré que sus padres respectivos (de él y de ella) habían fallecido cuando ellos eran muy pequeños. Así, sin saberlo, yo me había convertido en un padre, Dios todopoderoso, al que se podía atacar, agredir, pero también amar. No sé lo que hubiera pasado si hubieran sabido que yo me llamaba Manuela, ya que siempre me nombraban con la palabra «doctor».

De las sesiones con Manu, no hablaré ahora, ya que mi intención era centrarme en el posible trabajo psicoanalítico que puede hacerse con los padres en circunstancias especiales.

En relación con esta y otras experiencias, muchas elaboraciones metapsicológicas podrían hacerse: por ejemplo, el hecho de ir descubriendo elementos significativos que al principio de cada cura desconocemos y que son producto de la emergencia de procesos asociativos gracias a un trabajo previo interpretativo, que implica no aferrarse al contenido manifiesto e intentar conectar con otro sentido, como me sucedió cuando me dije: soy psicoanalista, y entonces pensé en el sufrimiento psíquico posible de ese padre.

Otras veces, los impactos traumáticos en el analista tienen otras vertientes, nos afectan directamente a nuestro «infantil» tal y como lo define E Guignard en su libro.

2. ¿Duelos imposibles? El trabajo de melancolía en las consultas

De las primeras entrevistas con padres se pueden decir muchas cosas y también se ha escrito gran cantidad de perspectivas psicoanalíticas. Psicoanalistas prestigiosos como R. Diatkine y S. Lebovici así como tantos otros cuya lista sería exhaustiva, nos han transmitido algunas ideas básicas: en esas entrevistas y aunque seamos psicoanalistas, no se trata de hacer un psicoanálisis de los padres y aun menos hacer diagnósticos de su funcionamiento mental, se trata de comprender los vínculos que existen entre el psiquismo de los niños y el de los padres, como lo dije anteriormente.

Para comprender esos vínculos es necesario una escucha psicoanalítica para poder intervenir en un momento oportuno sobre nuestra comprensión de la situación que se produce entre los padres y el psicoanalista. Se trata de una cuestión tan delicada que nos obliga a hacer constantemente hipótesis de trabajo.

Personalmente, yo utilizo tres perspectivas de reflexión: la situación en la que se encuentran unos padres dados en el momento de la consulta, la situación en que se encuentran los niños motivo de la consulta y la situación del psicoanalista.

Como se trata de situaciones muy variadas y complejas, como ya las he descrito en otros trabajos, mi hipótesis es que los padres, los hijos y los psicoanalistas se encuentran en una red narcisista que les restringe sus posibilidades elaborativas y que he llamado «constelación melancólica» o «situación melancólica».

¿Por qué melancólica?

Cuando hablamos de melancolía, hacemos referencia a dos conceptos: las crisis melancólicas y los estados melancólicos. Estos últimos son los que nos interesan para comprender esas situaciones de las que hablo.

Describir los estados melancólicos con toda su complejidad sería imposible, ya que desbordaría el tema que estoy tratando, sin embargo haré un breve resumen: Ante cualquier herida narcisista importante, se produce una regresión narcisista que somete al Yo en una paradoja: éste se siente atrapado entre la imposibilidad de desinvertir el objeto que ha producido la herida narcisista y al mismo tiempo la imposibilidad de continuar invistiéndolo. Como B. Rosenberg comenta: «Desinvertir el objeto quiere decir desinvertirse uno mismo. Aceptar perder al objeto quiere decir que se acepta perderse uno mismo. El melancólico siente la pérdida del objeto como una pérdida de sí mismo».

Lo que me ha parecido muy interesante es la hipótesis que la investidura narcisista es una causa de la imposibilidad de distanciarse del objeto, que el autor llama «despegarse del objeto». Por eso, si retomamos todo lo que D. W. Winnicott nos ha descrito sobre los estados psíquicos de la madre en el momento de la concepción y

del parto, nos daremos cuenta que después de una cierta enajenación, la madre se encuentra en una situación de fragilidad extrema en el momento de tener que separarse del bebé en el parto.

Esas dificultades en «despegarse» son las que nos indican «esa predisposición melancólica», que creo necesaria para que el trabajo de «despegue» pueda hacerse; ese trabajo se llama, según B. Rosenberg, «trabajo de melancolía»: siguiendo los desarrollos que Freud hace en «Duelo y Melancolía».

El trabajo de melancolía implica varias etapas, yo misma lo he desarrollado en otros artículos y ahora sólo puedo resumirlo: en un primer tiempo se produce una liquidación de la investidura narcisista a partir de tres procesos psíquicos 1) introyección del objeto en el Yo, 2) identificación y desidealización, 3) la introyección-desidealización ocupa el lugar de la investidura y la desidealización es consecutiva a los ataques y desvalorizaciones propias a la melancolía.

Por otra parte, el odio sádico que se produce en los estados melancólicos representan una fuerza de intrincación de las pulsiones por la transformación del autosadismo en masoquismo. Es cierto que estos procesos psíquicos exigirían todo un desarrollo, pero remito al lector a las obras citadas. Ahora, lo importante es intentar retomar esos procesos para explicarnos mejor algunos componentes que encontramos en las consultas. Voy a estudiar solamente algunos:

- a) Los desbordamientos afectivos y las resistencias a distanciarse-despegarse.
- b) Los juegos sadomasoquistas.
- c) Los descubrimientos en forma de reencuentros.
- a) Los desbordamientos afectivos y las resistencias a distanciarse-despegarse

En la clínica, podemos contemplar toda una gama de procesos psíquicos para intentar resignificar esas excitaciones. A través de las asociaciones del paciente, que emergen gracias a las elaboraciones del analista, sobre todo cuando puede desprenderse de la atracción que el relato ejerce sobre su psiquismo, podemos constatar que las tonalidades agresivas traumáticas pueden ser «asimiladas» y transformadas en «palabras para decirlo» ligando las excitaciones y modificando la balanza entre el Principio de Placer y Principio de realidad.

Si la experiencia insoportable no encontrara un deseo inconsciente, la compulsión de repetición no sería tan activa. Esos deseos inconscientes provocan en un primer tiempo una herida en el sistema de paraexcitación y en un segundo tiempo, la represión. La repetición alucinatoria de la experiencia traumática es una forma de après-coup que tiene el mismo valor que la constitución de un sueño. El relato de ese «sueño» constituye un intento de paraexcitación que permite la construcción de una

teoría sexual infantil, perdiendo así su dramatismo y pudiendo transformarse en algo anodino, como en el caso de Emma relatado por Freud.

Aunque en cualquier psicoanálisis, la interpretación es el pilar esencial del trabajo analítico, en el caso de la elaboración de los traumatismos, su valor es, si se me permite la expresión, todavía más crucial.

Como dice M. Fain: «de una manera general, la interpretación contiene un fallo en su estructura (algo que falta)» y explica que si el analista reniega ese falta, puede crear una escena donde la imposibilidad de comprender es atribuida al paciente, que se vuelve sordo y ciego. En otras palabras, E Guignard describe las «manchas ciegas» tanto en el paciente como en el analista.

La situación psicoanalítica puede conducirnos a otras aventuras y descubrimientos, como en el caso de los padres de Manu, donde la vida y la muerte se mezclan constantemente, una para crear vínculos demasiado fuertes y otra para crear traumatismos que pueden volverse positivos u organizadores cuando podemos jugar con el pensamiento y recuperar los deseos.

Por eso, me parece tan importante que el deseo persista, deseo que voy a describir como una trama asociativa a partir de otra frase de M. Fain: «La realidad fue definida en Duelo y Melancolía como la percepción de la falta de objeto de la pulsión». Y yo me digo: ¿Cómo puede ser? Supongamos que el objeto de la pulsión sea una madre o un padre, como en el de los padres de Manu. ¿Solamente cuando percibimos que no están, los echamos de menos; es cuando les volvemos reales?

Sabemos que cuando echamos de menos a alguien, es cuando más lo deseamos. ¿La realidad sería entonces ese deseo insaciable? A veces, intolerable hasta el dolor más agudo, percepción de un deseo, realidad de un deseo, traumático por su intensidad que desborda nuestro Yo, representación de ese trauma que nos impulsa a perseguirlo hasta encontrar a otro que le dé un sentido y que esté dispuesto a trabajarlos con nosotros.

Los desbordamientos afectivos y las resistencias a despegarse-distanciarse podemos reflexionarlos también a partir de la clínica: en el caso de Manu cuando finalizó el primer encuentro, hice la hipótesis de si el estado de desvalimiento de esta madre causado por la herida narcisista por tener un hijo problema y tener que exhibirlo a alguien que no conocía, no la habría enloquecido, desbordado y por eso perdió el sentido de la distancia dándome un beso al entrar y gritando que su marido no podía penetrarla. Yo no creo que esa madre tuviera un funcionamiento mental melancólico (no hubiera podido ni siquiera acudir a la consulta), pero que la situación de consulta desencadenó excitaciones incontrolables de aspecto melancólico (quejas desvalorizadoras y autoacusadoras).

Para reconstituir en forma de hipótesis ese estado podría imaginar que ella me decía: «mi hijo es todo para mí, aún más que lo concebí sola. Señora (dirigiéndose a

mí), voy a representar que soy su amiga, así usted no me lo quitará y se aliará conmigo contra mi marido». Y yo es como si le hubiera contestado: «No señora, no podemos excluir a su marido, todo lo contrario, sin él no podré decir lo que pienso del problema del niño. Pero si podemos hablar de todo esto, haremos un trabajo de melancolía».

En un trabajo sobre este tema avancé la hipótesis que el trabajo de melancolía constituía un modelo para comprender la interpretación psicoanalítica. Hoy en día creo me parece que el trabajo de melancolía condensa la capacidad para ponerse en el lugar del otro, para hacer identificaciones primarias de aspecto narcisista y desarrollar lo que he llamado «sensibilidad relacional» (una sensibilidad que nos permite sentir la desesperación del otro, comprenderla, revivirla con él y compartirla).

Para resumir: la situación melancólica es «un estado psíquico» que nos permite crear vínculos psíquicos comunes y compartibles para poder trabajarlos.

Sin embargo, ni la comprensión de los desbordamientos afectivos, ni de las resistencias de despegarse, no son suficientes para hacer ese trabajo de melancolía que es mucho más complejo, y que pasa por los juegos sado-masoquistas para encontrar su resolución.

b) Los juegos sadomasoquistas

La cuestión de la transformación del autosadismo en masoquismo no es nada sencilla. Después de darnos cuenta de que los objetos que creíamos que nos pertenecían (pensamientos, teorías o personas, etc.) no nos devuelven lo que deseábamos, la rabia desencadenada por esas frustraciones prepara el odio contra uno mismo y contra el objeto. Este movimiento se prosigue por la emergencia de un deseo destructivo sádico que a la vez crea una excitación violenta, pero también de fuerza increíble. Ya que la frustración genera el sentimiento de impotencia, la fuerza de la que hablo puede poner en marcha los que se llama «la solución masoquista» (B. Rosenberg). Como sabemos, el masoquismo erógeno primario es el que opera la intrincación pulsional, el que liga pulsión de vida y pulsión de muerte. Así, en estos juegos sadomasoquistas podemos encontrar las transformaciones de las frustraciones en fuerzas vinculantes. Pero estas transformaciones no se hacen solas: el hecho de poner palabras, de adquirir una capacidad de conectar con los propios procesos psíquicos y poderlos compartir hablando, hace que el psiquismo se calme y que el objeto pueda percibirse de una manera diferente, renovadora. En las relaciones sadomasoquistas que no pueden ni pensarse ni hablarse ni elaborarse, lo que pasa es un intento de destrucción para quererse más, en un círculo vicioso a veces trágico.

Como ya lo he descrito, las relaciones entre melancolía, paranoia y homosexualidad son muy importantes y no hay que olvidarlas a la hora de hacer elaboraciones, por eso podemos comprender cómo en las constelaciones melancólicas aparecen todos estos procesos «a dosis mínimas», sin que por ello representen entidades psicopatológicas definidas.

En el caso de Manu podemos apreciar todo lo que acabo de describir: los juegos sadomasoquistas entre los padres en mi presencia, pero diferentemente a cuando actúan solos, lo que les digo y los intercambios conmigo cambian las perspectivas y después de haber podido hablar de los padres fallecidos, tanto la madre como el padre empiezan a verse de manera diferente.

c) Los descubrimientos en forma de reencuentros

Hay una canción francesa que dice: «placer de amor no dura más que un momento; dolor de amor dura toda la vida».

Despegarse del objeto se puede vivenciar como una sensación de pérdida que se acompaña de un gran sufrimiento que toma, a menudo, características de resistencias al cambio.

En el trabajo de melancolía, la introyección, según B. Rosenberg, «es una condición necesaria e ineludible para que el sadismo pueda vivenciarse». Los ataques contra el sujeto se transforman en autocastigos que permiten, a su vez, vivenciar la culpabilidad hacia el objeto, condición indispensable para que el trabajo de melancolía pueda desembocar en una reinvestidura de un objeto nuevo.

La posibilidad de reinvestir un nuevo objeto ha sido también estudiada en los estados amorosos. C. David habla de «una especie de despersonalización» en esos estados amorosos, despersonalización que permite una repersonalización, al principio eufórica y más tarde una nueva personalización: «es cierto que al principio se produce una cierta desestructuración y ésta me parece como una condición de una neo-estructuración original». Así pues, el amor contiene una paradoja tal y como lo ha descrito E. Séchaud, paradoja de la investiduradespegamiento, que también podemos encontrar en los juegos descritos por R. Diatkine: «Pertencen al juego todas las actividades que no tienen una acción directa para asegurar la supervivencia y no con siguen variaciones discretas del registro placer-displacer». No se trata solamente de los juegos psíquicos descritos por D. W. Winnicott, sino también la capacidad de hacer desplazamientos psíquicos y sobre todo la capacidad de soñar «que podemos ser otro y que tenemos otra historia», tal y como se produce en las fantasías de la novela familiar que se transforma en capacidad de ensoñación.

Manu, en el curso de las sesiones, me hace pensar en lo que he llamado «juegos nostálgicos». Transcribiré mis hipótesis: el afecto que sus padres me profesan (ya que me he transformado para ellos en un objeto omnipotente) le permite identificarse a mí. En numerosas sesiones y siempre a propósito de escenas de caza, unas más crueles que otras, me exhibe su omnipotencia: los perros más peligrosos le obedecen; en su escuela se defiende muy bien porque ha aprendido kárate. Cuanto más agresivo se muestra, menos tartamudea. Los encadenamientos asociativos se vuelven cada vez más productivos y polisémicos y nos permiten trabajar el sentido que él le da a sus sentimientos. Por ejemplo, me dice: «¿Sabes que cazar tiene otro significado?» Yo: «Pues no lo había pensado!» (y eso era verdad, cuando él me lo dijo yo me interrogo:

¿cómo es posible que no lo hubiera pensado? Cazar también significa conquistar a una mujer). Ante mi ignorancia expresada como «no lo había pensado», él se ríe: «Sabes, María me molesta constantemente, me tira de los pelos, me da golpes, pero yo no hago como mis padres, ellos se devuelven los golpes (se refiere a los insultos)». Yo le digo: «A veces no se pueden expresar los sentimientos de otra manera.» El me contesta: «pero ahora todo ha cambiado; mis padres dicen "ten cuidado porque a lo mejor Manu se lo dice al doctor" entonces se ríen y se hablan tranquilamente».

Yo le digo: «¿tú sabes cómo me llamo?» Sí -dice- porque Max (el niño del colegio al que yo había tratado previamente) me lo había dicho, pero no se lo dije a mis padres, te llamas como yo.

Yo: «¿entonces crees que 'soy también amada de Dios, casi como un Dios?»

Él: «No, claro que no, tú eres más guapa que Dios, te pareces a María».

Al final de la sesión tuve un sentimiento nostálgico que me sorprendió y me pregunté si yo no querría ser esa María, ser una niña pequeña para jugar con Manu y me dije: en realidad le tengo mucho cariño a este niño. Inmediatamente recordé lo que C. David describió como sentimiento de felicidad y de repente me vi precipitada en la infancia y me dije: ¿es posible que esto me pase a mi edad? ¡Bueno, debe ser una ensoñación! Y recordé también las descripciones de R. Diatkine sobre la «eterna capacidad de ensoñación» que no es exactamente la que describe Bien, ni tampoco «lo infantil» de E Guignard, pero podemos preguntarnos si no se trata de conceptos que se parecen y que tendrían un denominador común: el amor por el pensamiento, el amor por el psicoanálisis, el amor por los demás, en suma, el amor. «Lo que podemos llamar amor, son las investiduras de los objetos totales» decía Freud.

Las reflexiones sobre «Las constelaciones melancólicas» me han permitido comprender mejor, no solamente la situación en la que se encuentran los padres y los psicoanalistas en sus encuentros, sino también dar sentido al trabajo psíquico que puede hacerse y que desemboca en lo que podríamos llamar «libertad de pensamiento». Y podemos preguntarnos: ¿adquirimos la libertad de pensar por los juegos psíquicos?, juegos por el amor de las ideas, de las palabras, por lo que nos devuelve nuestra dignidad herida, ¿es todo esto lo que llamamos «libre asociación»? Y ¿qué es lo que pone trabas a esta libertad, sobre todo para nosotros, psicoanalistas?

A veces, cuando una teoría se transforma en dictadora de mi pensamiento, me obliga a preguntarme: ¿qué ha pasado?, ¿no será que por tantos esfuerzos para comprenderla e integrarla se ha transformado sutilmente en una investidura narcisista? Entonces no me es difícil comprender que no puedo desprenderme-despegarme de ella, que la utilizo para todo y con todo. Entonces, nos volvemos, sin darnos cuenta, en un objeto parcial de su dictadura que nos impide contemplarla como un objeto total de amor. Así, incluso con las teorías tenemos que hacer un trabajo de melancolía para distanciarnos de ellas. Y ¿cómo se hace?

El ejemplo de las secuencias con los padres de Manu y más tarde en su psicoterapia, nos puede servir para perfilar un camino hacia la libertad de pensar: cuando podemos escuchar otras cosas, no solamente el contenido manifiesto de lo que se dice, pero otros mensajes ocultos detrás, probablemente la insistencia de ese padre en odiar de una manera tan apasionada a los judíos y a los negros, a los diferentes, es lo que me permitió comprender otras cosas, lo que se encerraba tras esa pasión, como nos pasa a nosotros psicoanalistas cuando odiamos una teoría diferente y que la rechazamos con pasión.

Es cierto que aceptar las diferencias es muy complejo, diferencia parece un concepto asequible y banal, pero creo que, a menudo, no es así. Extendiendo las relaciones que podemos tener con personas considerándolas como objetos parciales y después de una larga elaboración como totales, a otros objetos, por ejemplo, objetos de conocimiento e incluso teorías, podríamos preguntarnos si con ellas podemos también relacionarnos con toda la gama de la sexualidad infantil: sadomasoquista, masturbatoria, homosexual, autoerótica, etc. Pero lo que nos enseña el trabajo de melancolía es que todos estos movimientos psíquicos son necesarios para franquear etapas de elaboración hasta poder hacer esos duelos necesarios para distanciarnos-despegarnos, como en el caso de estos padres. Y esas elaboraciones sólo pueden hacerse por la palabra, pero no con cualquier palabra, sino con palabras tejidas por ellos y restituidas en forma de nuevas significaciones gracias a los afectos que las vinculan.

Pensar en términos de situación y no solamente en individuos o personas me ha permitido pensar las teorías de otra manera, jugar con ellas, sacar conclusiones. Por ejemplo, me he preguntado: ¿esas teorías que tanto nos gustan, no corresponderán a nuestras propias patologías?, como si se adaptaran maravillosamente a nuestro propio funcionamiento psíquico.

3. El ser humano: Cuestiones de amor y de odio

a) Padecer de tinieblas: Yan

La señora R me llamó por teléfono y comenzó a hablar sin que yo entendiera nada. Pacientemente le dejé continuar su soliloquio. Hablaba un francés precipitado, de donde rescaté solamente algunas palabras. Como respuesta, opté por darle una cita.

Como suele sucedernos, después de cada llamada, nos hacemos algunas conjeturas: según mi experiencia, no sirven para mucho, solamente para tranquilizar el impacto de lo que suponemos son las expectativas del que nos llama. En aquel momento, me dije que debía tratarse de una parisina angustiada. Los parisinos hablan un francés muy rápido y cuando están angustiados es difícil captar lo que dicen.

El hecho de no comprender todo lo que me decía no me preocupó. Acababa de leer un artículo de M. Gribinski que nos previene de los inconvenientes de comprender

todo lo que se nos dice. En ese caso, según él, nuestra escucha flotante está encorsetada y nuestros procesos asociativos paralizados. Cuando, por el contrario, se entiende poco, el terreno de los posibles descubrimientos queda despejado y la relación entre Inconscientes es más fluida, menos defensiva. Esta lectura reavivó en mi memoria una gran cantidad de recuerdos sobre frases parecidas pronunciadas por R. Diatkine, donde deduje que para establecer ese juego psíquico del que habla Winnicott no hay que haber fijado demasiado las reglas del juego porque entonces obedecemos a esas reglas y no escuchamos el co-pensamiento tal y como D. Widlócher lo describe.

¡Bueno!, me dije después de la llamada, este trabajo se anuncia interesante.

Cuando la recibo, la señora R empieza a hablar antes de entrar en mi despacho. En la relación directa, entiendo más palabras que por teléfono, sin embargo no logro captar el conjunto. Viene con su hijo, al que llamaré Yan y entiendo que tiene 6 años. Lo trae porque no se le entiende cuando habla. En realidad e intentando reproducir lo que dice, sería así: «Yan, porque entre sus hermanos, no mejor dicho, ya que tiene 6 años, pues es así, y claro las maestras, es imposible entenderlo y todos en la casa se quejan, su pensamiento no habla tranquilo, se acelera, etc.»

Para intentar interrumpirla, le digo: ¡Ah!, ¡habla demasiado deprisa!

¡No!, no (empieza otra vez a decir gran cantidad de frases de donde extraigo -es porque no sabe expresar el conjunto (ensemble), debe ser problema de su mente-).

En ese momento no me deja indiferente lo que podría comprender como una asociación: en francés ensemble quiere también decir «estar juntos». Y la hipótesis que sugiere sería la de no saber expresar el vínculo afectivo (estar juntos), o el tenerlo demasiado en la mente. Pero como ella continúa con su cascada verbal, también rescato que tiene otros tres hijos, que se siente desbordada y que está en Madrid desde hace poco tiempo, lo que me induce a pensar que todavía se siente un poco perdida.

El diálogo que instauramos en ese momento podría etiquetarse de locos: le digo algunas cosas que se me ocurren y ella habla de otras voy a intentar de nuevo reproducirlo:

Ella: «en casa todo es desorden. Antoin y Pierre van a la escuela, pero Yan se riñe con ellos. Giselle se enfada con Yan, sí, se llevan bien, pero la vida en Madrid no es fácil, etc.»

Yo: «Uds. los parisinos suelen hablar muy deprisa, tanto que a veces no se les comprende.»

Ella: «Porque mi marido no se ocupa de nada y Yan lo reclama, porque Giselle quiere estar con su padre.»

Yo: «¿Cuando usted no entiende lo que dice Yan, cree que habla como su padre?»

En ese momento se para sorprendida: «¡No!, el padre habla muy bien, la que se acelera soy yo, pero no tanto como Yan.»

Yo: «Bueno, tendré que hablar con él entonces!»

Ella. «¡Yan!, habla a la doctora. ¡Para que vea cómo hablas!»

Intervengo explicándole mi manea de trabajar: para intentar comprender lo que le pasa al niño, necesito su colaboración, es decir, tener su versión, la versión del padre y la del niño, y solamente después yo les daré la mía. Así que necesito hablar con los padres y con el niño.

Le pregunto: ¿Cuál es su versión?

Ella dice: el porqué no habla bien.

¿Por qué? -respondo.

Ño losé -se lanza otra vez: oigo algo sobre sus abuelos, sus hermanos de ella, la familia de su marido, pero no logro comprender nada coherente-.

Le digo que hable con su marido para la cita y me pregunta si puede traer al niño antes, porque su marido está muy ocupado.

Yan, durante este tiempo parece muy interesado porque sigue con los ojos la conversación que tenemos.

El intentar describir un encuentro es verdaderamente difícil, porque la transcripción está repleta de impresiones personales. Por ejemplo: en ningún momento pensé que esta señora fuera una psicótica, aunque ciertas descripciones se asemejan. Pensé que, bajo el impacto de nuestro encuentro, se desestabilizaba, sobre todo cuando hablaba de Yan, ya que en otros momentos parecía coherente. En general, estas madres suelen enternecerme más que las que se muestran muy defendidas y hablan con toda perfección. Esta señora, bajo sus irregularidades lingüísticas, me parecía muy frágil y necesitada de ayuda.

Entrevista con Yan:

Cuando entra en el despacho, soy yo la que empieza a hablar. En general no suelo hacerlo así, esperando que los niños digan lo que se les ocurre, pero en este caso y como la madre expresó su deseo inconsciente de que el niño exhibiera sus fallos, pensé que era más delicado expresarle en qué podría yo serle útil. Le digo que me gustaría comprender por qué tiene esos problemas y que a lo mejor él podría ayudarme, como lo harán también sus padres.

Ante su silencio, opto por decirle que me parecía muy interesado cuando su madre y yo hablábamos.

¡Sí!, dice y como para confirmar lo que la madre dijo, empieza a hablar como ella, es decir, de un discurso totalmente incomprensible. De repente, me doy cuenta que es como una música, donde los instrumentos no parece ponerse de acuerdo -no van juntos- ensemble -Vuelvo, pues, a interesarme por la palabra -ensemble- (juntos), pero en ese momento no la utilizo, guardándola en mi mente para cuando se presente una oportunidad.

Yo misma me sorprendo oyéndome decir: lo que dices me suena a música.

Contesta claramente: me gusta mucho la música.

(Pienso que para un niño de 6 años, su respuesta es un tanto inhabitual, pero más tarde constataré que Yan no es un niño muy habitual.)

Le digo: ¿a tus padres también?

Él: sí, sobre todo a mi madre (en ese momento se vuelve a acelerar).

Yo: escuchar música con tu madre debe ser difícil con tantos hermanos.

Él: claro que sí, son muy pesados, todos quieren estar con ella y yo tengo que ocuparme de ellos.

Yo: ¿como si fueras un papá?

Se ríe: ¡no!, pero mi mamá me pide (se acelera de nuevo, pero yo rescato algunas palabras, trop -demasiado- y deprisa)

Yo: cuando hablas de tu madre, ¿te aceleras? (demasiado deprisa)

Veo en sus ojos la misma expresión de sorpresa que la madre en la primera entrevista y en ese momento pienso: ¡vaya identificación mimética!

Al final de la sesión le pregunto si querría volver a hablar conmigo y él responde afirmativamente.

Voy a intentar resumir las otras entrevistas: primero con el padre solo, con la pareja y con los tres.

El padre, que habla muy pausadamente, no se siente preocupado por Yan. Se le pasará, dice, cuando sea más mayor. Él cree que son preocupaciones de la madre porque está desbordada con los cuatro niños y ¡como Yan es el mayor! Sin embargo, está de acuerdo en que yo le ayude a concentrarse mejor y a ordenar sus pensamientos.

En la entrevista con el padre y la madre juntos, la madre habla más despacio y se la entiende mejor, aunque cuando habla de Yan se acelera, lo que provoca un guiño cómplice que el padre me lanza, como si él y yo hubiéramos hablado de la relación de

Yan con su madre.

Concluimos que le veré dos veces por semana porque a la madre le es imposible traerlo tres.

Las sesiones se instalan con la misma tonalidad que la primera vez. Yan habla sin parar y yo rescato algunas frases significativas. Por ejemplo, entre una masa de palabras creo oír: estar solo con mamá es imposible.

Yo le digo inmediatamente: es imposible estar con ella como un papá. Yan se ríe: ¡yo no estoy casado con ella!

Yo: ¡qué rabia no ser mayor!

Él: no quiero hacerme mayor (en francés: grandir que yo traduzco en mi escucha - grand-dire-).

Yo: ¿decir (dire) comme un grand (grande) o hablar (dire) como un mayor?

Él: hablar deprisa.

Yo: ¿los mayores siempre van deprisa?

Sí, porque son importantes, como papá que siempre va deprisa.

Yo: entonces hablar deprisa es ser importante.

Yan se ríe: ¡tú comprendes todo al revés! (à l'envers).

Yo: ¿en verso o en música? (vers-verso).

Él: ¡no! Y no, qué manía!, en vers puede decir también, vers (hacia).

Yo: ¿ir hacia alguien, ...quererlo?

Sorprendido, se pone serio. Yo quiero mucho a mis hermanos.

Reflexiones:

Cuando Yan pronuncia la palabra manía, yo la asocio con una impresión que tuve al principio preguntándome si no se trataba de un niño en estado maniaco, pero rechacé esta idea porque me parecía querer etiquetarlo ante mi angustia de no comprenderlo.

Él contraste entre la manera de hablar del padre y de la madre me dieron que pensar en algunas hipótesis: Yan parecía identificarse a la madre en su manera de hablar, lo que podía indicarme un problema edípico: no querer ser como el padre, a lo que añadiría no querer ser mayor. Sin embargo, podría existir una contradicción:

querer ocupar el lugar del padre con la madre.

El hecho que el padre le diera poca importancia al problema de Yan (que creo podría preocupar a un padre) podría hacerme pensar que el padre huye de la rivalidad con su hijo mayor.

Recordé en ese momento que he conocido a muchos padres que preferían contemplar la simbiosis entre el hijo y la madre para sentirse libres de la relación con sus esposas y así eludir las angustias edípicas. Algo de la palabra ensemble toma dimensión: la madre con Yan estarían demasiado juntos, el padre con ellos, demasiado poco juntos. En todo caso, me parece que en esta familia, estar juntos es un problema.

Sin embargo y si la supuesta simbiosis madre-hijo funcionara bien, es decir, les satisficiera, ella nunca habría consultado. Algo pasa entre los padres.

Pero, ¿qué le pasa a Yan para tener que identificarse a su madre? Ya que puedo suponer que para todo chico puede ser hiriente narcisísticamente el identificarse con una mujer. ¿Qué sufrimiento psíquico tiene Yan para utilizar ese mecanismo de defensa?

Prosigamos con las sesiones:

En una de ellas, la madre entra con él imponiendo su presencia. Muy irritada me dice que Yan habla peor (¡como si eso fuera posible, me digo para mis adentros!). Yo, sorprendida le digo: ¿Y eso? Ella responde muy firmemente: si habla peor.

Yo: ¿será culpa mía?

Ella: en casa no quiere decir nada de lo que pasa aquí, a pesar de mi insistencia.

Yo: ¿Quiere decir, lo que hablamos aquí?

Ella: Ah, pero ¿usted habla con él? Con la cantidad de tonterías que dicen los niños.

Yo: ¿Cómo, ser niño es ser tonto?

Ella: Pues sí, solo se vive con los sentimientos y Yan es demasiado sensible.

Yo: Quiere decirme que es muy tierno.

Ella. Sí, de todos mis hijos es el más cariñoso.

Yo: ¿El que la quiere más?

Ella. Tal vez su corazón bata más deprisa.

Yo: ¿Usted cree que amar acelera el pensamiento?

Ella: Pues sí.

Yo: Entonces y como usted me dijo que se acelera, es porque ama mucho.

Ella: se ríe: Oh, que yo amo mucho... tiene usted, razón. Yo soy como Yan, demasiado sensible... demasiado angustiada.

Yo: ¿demasiado sola?

Ella: la que tendría que venir aquí, soy yo.

Yo: si usted desea ver a un colega, podemos hablarlo.

Comentarios:

E Guignard dice que todo terapeuta representa a unos abuelos, una figura paterna desexualizada. A veces es así, otras no. Según mi experiencia, los niños olvidan la edad del terapeuta, tal y como lo expuse en otros trabajos (Las edades del hombre). En ciertos momentos se comportan conmigo como si yo fuera una niña pequeña, invitándome a sus juegos. Otras veces muestran un estado que yo llamaría amoroso, me miran como un enamorado lo haría y se sienten emocionados cuando termina la sesión, como si se sintieran rechazados.

Creo que todos los psicoanalistas de niños están de acuerdo en que los niños tienen los sentimientos a flor de piel, su expresión pulsional es muy directa y como todavía no han operado el cambio psíquico de la post-pubertad que es la que da sentido al après-coup, las represiones no han sufrido las transformaciones suficientes para crear defensas estables.

Por otro lado, las identificaciones parecen más genuinas y el complejo de Edipo se vivencia de una manera muy conflictiva y dolorosa.

Si no es la edad cronológica la que diferencia a niños y adultos ¿cuál es esa diferencia? Creo que a través de estas reflexiones estoy proponiendo la hipótesis que la diferencia reside, entre otros múltiples procesos, en la capacidad de amar.

Hablar de amor es muy abstracto. Lo que corrientemente denominamos amor es una generalización de los múltiples matices que lo componen. Si entendemos por amor un vínculo fuerte o una investidura libidinal potente, ese sentimiento va cambiando según la elaboración de nuestras fantasías.

En cualquier psicoanálisis de niños podemos constatar un despliegue increíble de esos vínculos con el objeto de la pulsión: en la etapa oral, por ejemplo, el amor se convierte en posesión absoluta; es una cuestión de vida o muerte. Si me amas, me lo das todo: te absorbo. Si no me amas, no existo, luego no soy. Esas tormentas

psíquicas que se organizan para la realización de los deseos orales van acompañadas de sufrimientos inenarrables. Los niños en esos momentos no toleran la ausencia de la madre, hacen escenas, se ponen enfermos, producen múltiples síntomas. El amor que llamaría oral es el que me parece más desgarrador, por la intensidad con que se vive y el dominio pulsional que impera. De una manera más solapada, estos amores orales se presentan bajo formas menos impetuosas en la edad adulta: una madre tendría que darlo todo, que comprenderlo todo; no puede tener vida propia fuera de la relación con el hijo, se le exige la totalidad de su ser.

En la analidad, el sentimiento amoroso cambia de intensidad posesiva: se establece un juego, donde el «te quiero» tiene condiciones. Si eres bueno, te querré; si obedeces, haces lo que yo quiera, etc.

Desde el niño sería: si me haces más caso que a mis hermanos, si me quieres más que a papá, si no me dejas solo, etc.

Y así, podríamos continuar con las restantes etapas libidinales, donde en cada una se va perfilando cada vez más el matiz relacional y el intercambio psíquico.

El (la) psicoanalista atento a estas fluctuaciones puede comprender muchas batallas psíquicas desencadenadas por estas fantasías y sus componentes melancólicos.

Los componentes melancólicos de las fantasías libidinales provienen de las raíces de las investiduras psíquicas: cuanto más intensa y narcisista sea la investidura, más difícil de elaborar, es decir, de poder distanciarse del objeto, tal y como he descrito en las constelaciones melancólicas.

Recordemos que en el trabajo de melancolía intervienen la capacidad para distanciarse del objeto, la liquidación de la investidura narcisística del objeto y el desplazamiento sobre otro, la ligazón del odio del objeto, y la transformación del autosadismo en masoquismo.

Por ejemplo, teóricamente disponemos de conocimientos para comprender las investiduras libidinales y cómo pueden transformarse en verdaderas ataduras descritas magníficamente por M. Mahaler en las simbiosis. Entre esos dos extremos, la investidura fluida que permite unos límites equilibrados con el objeto y la simbiosis, donde la confusión entre dos es casi total, podemos imaginar que existen grados variables de «ataduras» que varían también en el curso de nuestra existencia y según las situaciones en las que nos encontramos.

La melancolía es la que ilustra el porvenir de nuestras investiduras: la investidura narcisística del objeto que desde otra perspectiva podríamos desarrollar como una investidura oral (porque las diferencias entre el Yo y el objeto están casi abolidas, gracias a las fantasías de incorporación y la tendencia a hacer de dos uno. La oralidad dicho sea de paso, es el reino del uno que contiene a los individuos y al mundo), se sostiene por la tendencia a hacer idealizaciones excesivas. En la melancolía, los

ataques constantes de esas idealizaciones permiten desvalorizar el vínculo con el objeto y así distanciarse de él.

En «Duelo y Melancolía» Freud nos habla de los trabajos ambivalentes del Yo comparando el duelo al trabajo de melancolía: en el duelo el Yo renuncia al objeto declarándolo muerto y así permite que aquél continúe viviendo (ya que no ha muerto con su objeto). De la misma manera -dice- los trabajos ambivalentes relajan la fijación de la libido al objeto, desvalorándolo, rebajándolo y azotándolo a muerte hasta que el objeto es abandonado sin valor.

B. Rosenberg añade que se trata de movilizar el ideal del Yo del sujeto para destruir la idealización. Claro está, en la melancolía, esta desvalorización del objeto pasa por su introyección, lo que clínicamente se traduce por una autodesvalorización. El ideal del Yo aplasta literalmente al sujeto. Freud habla de tortura, de sadismo y de odio, que presiden esos combates ambivalentes del Yo: por un lado maltratando al objeto y por otro deseando confundirse con él. La ambivalencia excesiva puede, pues, considerarse como una predisposición a la melancolía, pero no una predisposición melancólica, que desearía situar en el acto mismo de la elaboración, porque mi hipótesis intentará desarrollar que en toda elaboración existe una predisposición melancólica ya que el duelo del desconocimiento sentido como una castración, no puede hacerse, salvo por la vía más larga: la de un trabajo psíquico más penoso que el del duelo.

Iniciemos la reflexión a partir del odio. El odio del melancólico hacia su objeto puede considerarse como heredero de la constitución del objeto primario. En «Pulsiones y sus destinos» Freud nos dice que para el yo placer purificado, el objeto coincide con el extranjero y lo odiado. Se trata del odio primario que aniquila al objeto y que clínicamente encontramos en las expresiones de la oralidad (cuando el objeto ha sido tragado e incorporado, desaparece).

Por eso, en la melancolía, la investidura narcisística-idealizante del objeto tiende a salvarlo de esa aniquilación.

El acceso de melancolía termina, nos dice Freud, donde empieza el trabajo de melancolía. Después de que el Yo y el ideal se hayan confundido, el Yo saborea la satisfacción de sentirse el mejor y sobre todo superior al objeto.

Como ya lo expuse en otros trabajos, no podemos confundir acceso de melancolía con trabajo de melancolía. El trabajo de melancolía es un trabajo psíquico inconsciente que toma como modelo el acceso, para expresar solamente sus movimientos, pero no su intensidad. Y creo, que para comprenderlo mejor tenemos que asociarlo al proceso histérico y a los procesos amorosos, donde encontramos las tramas de esas vinculaciones-desvinculaciones entre los procesos psíquicos que tanto caracterizan la relación entre las pulsiones de vida y las pulsiones de muerte (intrincación-desintrincación).

Pero prosigamos con el trabajo de melancolía: para llevarlo a cabo, otros procesos psíquicos deben ponerse en marcha. Primero, que la introyección evolucione y se transforme en identificación. Esta evolución depende de la balanza sadomasoquista y la vivencia de la culpabilidad.

El concepto de masoquismo puede ayudarnos a comprender este delicado juego pulsional: la tortura que se inflige el melancólico le procura un goce masoquista y gracias a él, a esa vivencia tan interna y personal, tan individual, que afecta las esferas más íntimas de cada uno, la reintrincación pulsional puede construirse.

Como sabemos, el principio del placer es la continuación del principio de Nirvana, máximo representante de la pulsión de muerte. Por otra parte, el masoquismo impide, por la instauración de un displacer, que el placer se transforme en total, es decir, la muerte psíquica. Y si tenemos en cuenta que el producto de la intrincación primaria es el masoquismo, podremos comprender con toda su profundidad cómo el masoquismo genera la culpabilidad y ésta a su vez la regresión necesaria para que la identificación se produzca.

v Freud en «Psicología de las masas» nos recuerda que la identificación reemplaza la investidura de objeto, esta identificación representa una regresión narcisista explicitada igualmente en el «Yo y el ello». «Esta sustitución del vínculo afectivo por la identificación es un mecanismo importante en las enfermedades narcisistas. Significa una regresión a partir de la elección de objeto, hacia el narcisismo originario».

¿Todas estas reflexiones no nos recuerdan a Yan?

Hablando del destino del vínculo amoroso entre el Yo y sus objetos, Freud dice que en la melancolía la introyección se transforma en identificación y que ésta es la condición indispensable de toda posibilidad de elaboración.

Este intento que hago de considerar etapas para comprender la complejidad de los procesos psíquicos que se organizan en toda elaboración, puede ser criticable, ya que muchos colegas no aceptan la denominación de melancolía y prefieren referirse solamente al trabajo del duelo.

El vínculo de unión al objeto es el que permitirá el acceso a la posibilidad de perderlo, es decir, a hacer el duelo. Todo duelo está precedido por la capacidad de ensoñación.

Para R. Diatkine, «la capacidad de ensoñación es una nueva forma de retorno alucinatorio de la experiencia de satisfacción comprendida como un encadenamiento dramático de las representaciones que pueden ser variaciones tanto del objeto ideal fantaseado, desde que se organizan las investiduras de objeto, como variaciones del ideal del Yo y del objeto ideal que no adquieren un sentido si no es por oposición al sistema objetual conflictivo que organiza los movimientos Preconscientes bajo la presión de la libido y de la pulsión de muerte» La expresión -desencadenamientos

dramáticos- de las representaciones, indica una lucha intrapsíquica. Oposiciones, contradicciones, fuerzas que se contraponen, aumento y disminución de la intensidad representativa, son aspectos que muchos autores han estudiado como particularidades dinámicas y económicas de las producciones psíquicas. Varios autores entre los que destacaré B. Rosenberg, C. David y D. Widlócher, han esbozado el problema del aumento y la disminución de la intensidad representacional para comprender el problema de los cambios psíquicos. Por ejemplo: B. Rosenberg describe cómo el sujeto puede distanciarse de las investiduras narcisistas del objeto que le atenaza. Esa détachabilité, desprendimiento, distanciamiento, puede hacerse a través de una crisis cuyo modelo teórico es la melancolía. C. David describe que en los estados amorosos, un aumento de la intensidad del amor transforma los sentimientos agradables y placenteros en desagradables o dolorosos. La intensidad del amor hace que las investiduras de objeto sean cada vez más narcisistas, impidiendo el sentido de las diferencias porque éstas provocan celos o envidias insoportables.

Sin embargo, estos procesos: crisis melancólicas o confusionales que pueden ser destructoras, en cierta medida permiten las transformaciones necesarias para distanciarse, aceptar al tercero y reinvestir nuevos objetos. Creo que en este sentido, los desencadenamientos dramáticos de las cadenas asociativas, como las dramatizaciones propias a la histeria, son las que facilitan el «desprendimiento» de los vínculos patológicos sobre los que obra la compulsión de repetición.

De todo esto podríamos deducir que en la sesión de psicoanálisis, las dramatizaciones actuadas por la palabra tienen una finalidad y que los escenarios histéricos producidos por las emergencias pulsionales, ponen en movimiento las raíces de las neurosis.

En estos escenarios donde las fantasías inconscientes encuentran una vía de expresión, se desarrollan varios elementos: transferencia, neurosis infantil que fuerza al psiquismo a exhibirse y neurosis del niño, que provoca una confusión entre las figuras parentales y el analista, tal y como S. Lebovici lo describió.

En otros escritos he hecho la diferencia entre drama y dramatización: drama representa lo irremediable porque su modelo es la muerte de una persona amada que nunca volverá a verse. Dramatización es jugar como si, tal y como los niños juegan en el psicodrama a estar muertos. El paciente absorto en su juego puede querer convencerse de su tristeza, pero en el fondo sabe que está jugando. Este doble registro: drama y dramatización, se asienta en la novela familiar que se reactualiza en la relación analítica.

En el análisis con Yan van a perfilarse todas estas premisas: la palabra ensemble (juntos) va a constituir un hilo conductor de las relaciones con los padres y conmigo. Supongo que la madre lo había intuido cuando irrumpió en el escenario analítico para que yo me ocupara de ella, pero también para evitar que Yan estableciera un vínculo demasiado fuerte conmigo, donde ella se sentiría excluida. Aunque creo que es cierto que no debe «psicoanalizarse a los padres excluyendo al niño», creo que el

escucharlos con respeto y atención puede permitir una identificación a la función analítica por parte del niño donde se siente que se respeta a los padres a pesar de los sentimientos contrastados que pueden dramatizarse en las sesiones analíticas. Yan me dirá después de tres años de análisis: cuando vi cómo tratabas a mi madre, me dio mucha alegría: yo puedo maltratarla con mis ideas, pero eso no parece influenciarte.

Es cierto, Yan, no es un niño corriente porque en realidad los padres, a pesar de sus problemas, ofrecen a sus hijos una calidad relacional fuera de lo común. Un día me entero de que el padre escucha música con Yan y le cuenta la vida de los compositores; también le lleva a los museos y le explica sus impresiones.

Yan está enfermo de amor, de un amor melancólico donde la única salida es la identificación. Paulatinamente voy descubriendo algunas causas de esa enfermedad: identificarse a la madre representaba conservarla para no perderla, pero también atacarla, imitándola y ridiculizándola. Como decía Freud: la identificación reemplaza al objeto. Sin embargo, el objeto madre es un objeto ambivalente, lleno de odio porque es fuente de frustraciones, lleno de amor porque es fuente de deseos. Estos contrastes revividos en la situación analítica permiten crear la neurosis de transferencia cuando la intensidad afectiva puede moderarse gracias a la integración de las interpretaciones.

En la neurosis de transferencia, reviviendo conmigo esos aspectos melancólicos que envuelven a toda la familia y que Yan ha captado a maravilla, podemos transformar en palabras los sentimientos contrastados, desdramatizar las sensaciones, reconstituir un romance familiar que le permita distanciarse en su mente de la tortura amorosa, transformar el autosadismo (hacerse daño hablando de manera incomprensible y siendo objeto de las burlas de sus amigos y maestros) en masoquismo (sentir el dolor de esa identificación), para progresivamente descubrir su deseo de ser chico, de querer ser como el padre y de poderse confrontar con él.

Áhora estamos en ese camino, no más doloroso, que es la rivalidad edípica.

b) No hablemos de amor

Los padres llegan con Max (6 años) y rápidamente me informan del motivo de la consulta: Max no duerme, todas las noches son dramas, lloros, gritos; ya no saben qué hacer porque les cuenta que tiene unas pesadillas horribles y se refugia en su habitación para protegerse. Pero eso no es el problema principal. No quiere separarse de su madre y ella se avergüenza cuando lo lleva al colegio, todas las maestras le dan consejos como si en realidad fuera ella la que no puede separarse de su hijo. Además, desde hace un mes dice cosas extrañas: que quiere morir y que está desdoblado, que tiene miedo de transformarse en otra persona. A veces dice que no es él y que no se llama Max porque no sabe quién es. Dice también que ve monstruos por cualquier sitio y que tiene crisis de angustia horribles. Toda la vida familiar está alterada.

Los dos padres añaden detalles como si quisieran convencerme de la grave

enfermedad que sufre Max.

Cuando les explico mi manera de trabajar, empiezan a darme hipótesis: creen que Max ha sufrido mucho por los traslados que han tenido que hacer por el trabajo del padre y que en todos ellos ha perdido muchos amigos. Además, el padre viaja mucho y ve poco a sus hijos.

Yo digo: ¿hijos?

Ah, dice la madre: Max tiene un hermano.

En ese momento Max que seguía muy atentamente todo lo que se decía, se levanta y me pide permiso para irse a la terraza, para ver las flores, dice.

En el instante que sale, la madre susurrando me dice que un hermano suyo ha intentado suicidarse pegándose un tiro en la cabeza y que ahora está en una silla de ruedas.

Yo digo, porque así lo estoy vivenciando en ese momento: ¡como una pesadilla!

Él padre reacciona de inmediato diciendo que ese es el problema de su mujer, que confunde su hermano con su hijo.

Yo digo: Claro que si fuera también su tío, estaría desdoblado.

El padre añade que él no tiene miedo de que Max sea como su tío, pero que él está preocupado por los fracasos escolares que no parecen afectarle porque dice que es tonto y que nunca llegará a hacer nada.

Yo: todo esto me parece muy triste, y antes de finalizar la frase, Max entra y se sienta muy pausadamente.

En esta situación dramática, yo tenía la impresión que las proyecciones que iban surgiendo podían hablarse y por eso no me dejo llevar, como en otras ocasiones, por la fuerza dramática de los relatos, además que los padres me parecen abiertos y comunicativos. También me doy cuenta de que entre ellos y yo se establece una corriente de simpatía, probablemente por la cantidad de afectos que han circulado durante la entrevista.

Antes de terminar le pregunto a Max si quiere venir a darme su opinión y me responde afirmativamente.

Encuentro:

Es la madre la que trae a Max y antes de entrar empieza a hacer una escena ruidosa: llora, grita. Suplica que no quiere separarse de ella; ella muy molesta le explica que ya lo han hablado mucho y que él estuvo de acuerdo cuando yo se lo

pregunté. Max llora todavía más; la madre se pone nerviosa, lo aleja con cierta violencia.

Como yo no intervengo, Max me mira atentamente y cuando la madre dice que ya no puede más, él acepta entrar.

En mi despacho parece otro niño. Me mira interrogándome con los ojos, como si quisiera que yo hablara. Le repito lo que le dije: me gustaría escuchar su opinión.

Me doy cuenta al mismo tiempo que utilizo el mismo tono de voz que con los padres. Para mí reviste una cierta importancia porque me pregunto si no estoy tratándole como a un mayor, pero como Max empieza a hablar, le escucho. Me dice más o menos lo mismo que los padres: no duerme, tiene pesadillas y me las especifica. Cuando termina la lista, se calla y me mira (imagino que está acostumbrado a que le pidan detalles). Como yo me muestro atenta pero sin decir nada, como si fuera un viejecito sabio, me explica sus desdoblamientos: tiene miedo de que alguien salga de él (hace gestos) y que ese otro se sitúe a su lado y que se transforme en un monstruo.

La atmósfera de ese momento es difícil de transmitir; pone cara de sufrimiento y me da muchos detalles.

En un momento sonrío un poco: yo no debo creer que todo eso es culpa de la gameboy, ya que él no juega a juegos violentos, en absoluto, añade.

Yo: ¿cuando nos volvemos violentos somos monstruos?

Se ríe: no, no; no comprendes nada, los monstruos de mis pesadillas no se parecen a los de la gameboy.

Me vuelve a mirar con intensidad y yo le miro y sonrío.

En ese momento, el ritmo asociativo se instala rápidamente: al escucharlo yo veo monstruos por todas partes, en casa, en el colegio, por las noches, de día, etc.

Yo: ¡Vaya, hay monstruos por todas partes!

Él: No, no (como un viejecito que me da una lección); con los monstruos no hay que utilizar una palabra que detesto.

Ahora soy yo la sorprendida y me gustaría interrogarle por la palabra, pero no lo hago porque tengo la sensación que estamos en pleno juego psíquico.

Él continúa: Claudia pensaba que yo la... eso... mucho, pero yo no estaba... eso... de ella... Bueno, la tenía... eso... porque era muy guapa y tenía grandes tirabuzones, y cuando me fui, no volví a verla. Añade: a menudo quería impresionarla y le hacía reír.

Yo: Es triste no volver a verla y separarse de ella. J 1

Él: Pero ahora tengo miedo constantemente

Yo: ¿De separarte?-

~r Él: Sí y de enfadarme.

Yo: ¿Con quién?

Me Mira: ¿quieres decir con mamá?

Yo: Tal vez.

Él: Pero con mamá no es lo mismo (se pone muy serio). No, no hay que pronunciar esa palabra. Yo no la he pronunciado.

Yo: Claro, no es lo mismo estar enfadado que estar... bueno... la palabra.

Él: ¿A ti también te pasó cuando eras pequeña?

Sin reflexionar, yo digo: Sí y también ahora.

Se pone muy contento: Entonces puedes comprender la historia de matar.

Muy sorprendida, me recupero y digo: ¿quieres decir que cuando uno se enfada puede matar?

Él: No exactamente así... la culpa es de la palabra.

Yo: ¿Quieres decir que cuando uno está demasiado... la palabra...?

C Él: ¡Sí!

Los padres vienen a buscarlo y él sale muy contento y me dice: hasta el martes (día que habíamos convenido para vernos todos juntos) y añade la hora.

Mis sensaciones contratransferenciales son complejas: por un lado, yo me sentía identificada a su sufrimiento causado probablemente por la intensidad afectiva que percibía; y por otro, me preguntaba si no se trataba de una histerificación dramática de toda la familia.

El día previsto para nuestro encuentro, los padres me dicen inmediatamente que por primera vez Max ha podido dormir la noche misma de la entrevista conmigo, y me cuentan las circunstancias: Una amiga de la madre, pensando que los miedos estaban vinculados a su casa, le propuso dormir en la suya, entonces Max hizo una escena terrible, pero cuando ella lo tranquilizó diciéndole que su hermano podía acompañarlo y que también podrían llamar a los padres, aceptó.

La madre, de una manera muy enternecedora dice que por primera vez desde hace años han podido cenar solos en un restaurante, sin embargo se sintió culpabilizada y llamó a su amiga, entonces Max volvió a hacer escenas diciéndoles que tenían que ir a buscarlo. La madre se mostró firme y Max se calmó. Durante el relato, el padre me hace gestos: ¿Ve usted lo que pasa?

Max parece encantado con la escena que se desarrolla entre los padres.

Como dice E Guignard, yo me sentí como una abuela y tuve la impresión de que había olvidado la finalidad de ese encuentro donde yo tenía que darles mi opinión.

Es Max el que interviene dirigiéndose a los padres: «Os fuisteis y me dejasteis solo». La madre responde inmediatamente: «Francine me dijo que habías dormido muy bien.»

Max y la madre empiezan un diálogo en tono de disputa, como dos niños.

El padre reacciona: «¿Bueno, doctor, nos da su opinión, es grave?»

Empiezo preguntándoles si ellos creen que los afectos demasiado intensos pueden ser graves sobre todo cuando nos desbordan (eludo pronunciar la palabra -amor).

El padre dice: «Hay una gran cantidad de afectos... pienso que Max es demasiado sensible... como yo.»

Yo añado: «¿como usted cuando era niño?»

La madre responde: «yo también era así cuando era pequeña... ¿cuando usted habla de afectos quiere decir cuando uno quiere demasiado fuerte?»

Yo, un poco molesta porque no quiero utilizar la palabra, contesto: «sí, se suele sufrir mucho».

El padre: «¿sufrir hasta el punto de no dormir?»

Yo: «¿Eso le pasó a usted?»

Sí-responde...- Bueno, más bien porque cuando Max viene a nuestra habitación... no me deja dormir... (sonríe con cierta malicia y la madre enrojece).

Ella se culpabiliza y dice: «es culpa mía... era mi primer hijo... ya sé que me ocupo demasiado... me abraza tan fuerte que casi no puedo resistir... Pero yo era así cuando era pequeña, yo también hacía escenas a mis padres... Ah, bueno, todo esto no habría que decirlo delante de él».

Yo digo: «cuando éramos niños, los afectos también eran muy fuertes y nos volvían muy sensibles».

Ella responde: «entonces, aquí somos cuatro sensibles».

Reímos todos y ella añade: «¿qué podemos hacer con los sufrimientos?»

Yo: «los sufrimientos podemos hablarlos, pensarlos, comprenderlos».

Es ahora el padre el que se culpabiliza: «la culpa es mía, yo no me ocupo bastante de él, siempre me ha gustado tocar la batería cuando era niño y ahora podría hacerlo con él y también podría hablarle más».

La madre pregunta: «¿para hablar y comprender, tendrá usted que verlo?»

Y es así como convenimos del encuadre.

Primera sesión:

El mismo escenario, se pega a la madre, lloriquea, pero dura menos que la primera vez.

Cuando entra en el despacho me hace un guiño, se sienta con gesto serio y dice: sufrir, sufrir, ¿qué es sufrir?, yo lo que tengo es miedo.

Yo: «¿miedo?»

Él: «Sí, de ser otro».

Yo: «Ah, los desdoblamientos».

Empieza a hablar muy deprisa y se traba: «des, redes dobla... mien... otro... tú eres».

Yo me sorprendo diciendo: «tú eres, yo soy, nosotros somos (al escucharme pienso en cierta desimbiotización)».

Él: «yo, yo soy dos».

Yo: «y yo a veces también».

Extrañado: «Ah, tú también, ¿cuando eras pequeña?»

Yo: y todavía ahora.

Se desencadenan una serie de preguntas, como un investigador: ¿por que tú eres dos?

Yo (como no sabía muy bien por donde salir, hablo en libre asociación): bueno, por muchas razones...ser fuerte, ser débil, son dos. Ser uno mismo, ser un papá, de nuevo dos. Y también, tener un doble debe ser interesante.

Él me interrumpe: cuando eras pequeña ¿también querías meterlo en el bolsillo para que te acompañara?

Yo: y también para que me contara cosas, para que hiciera todo lo que a mí me daba miedo.

El, rápidamente: ¿tú tenías miedo?

Yo: Claro que sí

Él: Y ¿ahora también?

Yo: sí, a veces me pasa.

Él: ¿de los monstruos?

Yo: ¿quieres decir de los monstruos en mi cabeza?

Él añade: y en los sueños.

Yo: ¿soñar que uno es mayor como papá?

Él: No, no, de los dinosaurios.

Yo: ¿qué? ¿quieres ser un dinosaurio... para impresionarme?, ¿como con Claudia?

Él chilla: Ya te he dicho que no hay que pronunciar la palabra, no hay que hablar de amor.

- -1 Yo: ¡No te enfades!

Él: No, ahora no estoy en cólera, solamente con mi hermano que quiere quitarme la gameboy.

1 O J Yo: Oh, perdón, yo creía que ibas a decir... a mi mamá.

' 1 J 1 Él: Oh, qué dices, ¿no puede robármela? ' 1 ' C 1

Yo rectifico: bueno, robártela, robártela. Pero ¿hacer otras cosas?

Él: ¿Hacerla caricitas?

Yo: Algo así.

Él. ¿Y tú, también estabas celosa?

Yo: Sí.

Se para como reflexionando profundamente y pone cara triste.

Yo digo: celosa y triste.

El, hablando como en un sueño: sí, sí, se besan así... buenos días querido... en la boca (hace gestos de besar a un personaje ficticio)... y... (hace un signo de asco). Entonces yo siento cólera aquí (señala su pecho). ¿Comprendes? Él se responde: sí y sí, porque tú también estabas en cólera cuando eras pequeña, me lo has dicho.

Yo: Si... entonces uno quisiera ser un monstruo, más fuerte que papá.

1 1 Él: No... solamente cuando uno está en cólera (acentúa la palabra cólera).

Yo en el mismo tono: ¿Qué? (en francés colereux se compone de col -que significa cola de pegar- y heureux -que quiere decir feliz), una pegatina feliz?

Él... ¿pegarse a quién?

Yo: a mamá.

Salta una carcajada. ¿Hablas de pegarse?, yo no tengo cola aquí (ahora habla de la cola de pegar).

Yo: Pues tus padres dijeron que te pegabas a tu madre... eso se parece a lo que has contado cuando papá y mamá se besan.

Él: ¿Tú lo pensabas también cuando eras pequeña?

Yo imitándole. ¡Por favor, no hablemos de amor!

Después de un corto silencio, dice: ¿Sabes? Me pegué (en francés no es la misma palabra que en castellano, es battu: darse golpes) con mi amigo Jean. Me explica con detalles los golpes y las patadas. Es idiota, dice, me dijo que estaba enamorado de María, pero está celoso.

Yo: Ten cuidado que no se transforme en un monstruo.

Se ríe a carcajadas: veamos. Veamos.. si papá fuera un monstruo, no podría besarla... no se pegaría... conmigo tampoco.

Yo: Espera, ¿si estuvieras pegado a papá, también te besaría?

El juega con las palabras: pegado a papá... pegado a ti... ¿Y yo, si estuviera pegado a ti, tú no te irías... de aquí? ¿Y si yo no quisiera irme de aquí? ¿qué pasaría? (empieza a angustiarse).

Yo: ¿Piensas que mi marido vendría?

Ríe de nuevo: Le daría los mismos golpes que a Jean y también kárate.

En otras sesiones hablamos de las rabias, de los sufrimientos, las cóleras y los celos...

En otra sesión dice que a veces no sabe quién es.

Yo: Max enfadado ¿se transforma en otro?

Él: No, Max triste.

Yo estoy en silencio y él añade: mamá está muy triste.

Yo: ¿Por qué?

Él: Por su hermano.

Yo: ¿Tú lo sabías?

Él: Sí, es mi tío y ahora ella se va a Niza, va a dejarnos solos, papá, mi hermano y yo... ¿Tú crees que podré dejarla irse?

Yo: ¿Estarías celoso si se ocupa de su hermano?

--' C t Él: No, no es eso... ella decía que mi tío se parecía a mí... y ha tenido un accidente, pero ahora ya está curado... pero mamá llora a menudo... ¿sabes?, papá hará la comida, yo le ayudaré, haremos pastas, huevos (me explica cómo hacer una tortilla)... mi hermano no podrá pisar la cocina.

Yo: Papá y tú solos, como jugando a la batería

El: Es fantástico (me cuenta muchos detalles de los instrumentos y las percusiones).

En otra sesión, cuando la madre viene a buscarlo me dice que Max ya duerme y añade: ¿Sabe?, soy yo la que debería venir a verla. Max parece encantado.

Le digo a la madre: ¿por qué querría usted venir?

Ella responde: me parece que usted le comprende y cuando uno es comprendido, eso hace mucho bien... me cuenta que tuvo que irse a Toulouse por lo de su hermano. La pregunto si su esposo y ella querrían verme y fijamos una cita.

En la sesión que sigue, Max me explica cómo ha podido ganar a otro amiguito, se levanta y hace gestos de taikwondo y kárate explicándome cada uno de los movimientos... en un momento se cae y se enfada... Dice: ¿y tú qué haces?

Yo: Reflexiono.

Se sienta y me imita: reflexionar, reflexionar... en el colegio (école) ella se pega

(se colle)... Ríe... ella dice que en español se llama cola

Yo: ¿Cola?

Él: Sí, la guingueta, la culleta (ríe a carcajadas)... zigulleta... las niñas no tienen ziculla.

Yo: ¡Cuántas palabras sabes!

Él: Yo sé por qué ellas no tienen ciculla.

Yo hago un gesto interrogador y él continúa como si me diera una lección: no tienen porque han nacido así... ¿Sabes por qué María hace tantas tonterías? Continúa: Reflexiona, veamos, reflexiona, ¿por qué? (en ese momento lo noto agresivo). ¿Por qué?

Yo: No tengo idealizaciones.

Él: ¡Cómo!, ¿eso te pasa, el no tener ideas?

Yo sonrío.

Me pregunta más tranquilo ¿Las ideas se van?... Asocia: ¡Silencio!... no hay que hablar de la ciculla.

Yo: ¿Cómo? (en francés cicuille está compuesto de zizi cuille, y los niños suelen siempre hablar del zizi para designar el pene). Le digo: zizi y cuille (que en francés es cojones).

Vil: Oh, la, la, ya tiene ideas... que se van... hablemos.

' J 1 Yo: Puedes pensar que si hablamos, las ideas se van, por eso dices que no hay que hablar, que no se puede pronunciar la palabra.

Él: No, no... papá me dice (señala su pene) que esto no puede irse ni desaparecer... incluso si estamos enfadados

Yo: den cólera?

Parece desconcertado, duda... Bueno, es posible.

Yo: ¿quieres decir si papá se enfada cuando tú estás con mamá?

Él: Papá se enfada.. mucho... muchísimo (hace gestos con los ojos).

Yo: ¿como un monstruo?

Él: Ah, sí... un monstruo que puede quitarte el zizi...

Entrevista con los padres:

Me dicen que Max esta más tranquilo, ya no hace escenas a la llegada al colegio, se muestra más contento pero sin embargo continúa diciendo tonterías, como que quiere morirse. Ahora dice el padre, nos vamos los dos a jugar la batería y se porta como un adulto, para mí es un gran placer.

La madre, que continúa muy seria, dice que probablemente todo es por su culpa, porque ella estaba demasiado (attaché) atada a él... empieza a llorar... tienes tantas preocupaciones con su familia y tiene que viajar a menudo a Toulouse, va sola y así les deja tranquilos. El padre se muestra un poco irritado y hace signos negativos de cabeza.

Le digo: ¿las preocupaciones por su hermano?

Ella mira a Max y a su marido como si les pidiera permiso. El padre le hace un signo y ella dice: era un hombre muy sólido, maduro, fuerte, siempre tan sano que nunca hubiera imaginado que le pasara esa... caída... tan brusca.

Yo digo: ¿brusca?

Nos cuenta que desde hacia algún tiempo tenía muchas preocupaciones con su trabajo y que no dormía, eso era lo pero, que no dormía.

El padre dice: cuando no se duerme se pierden los nervios y todo va mal.

Yo: Eso es lo que ustedes me contaron de Max.

Ella: ¿Quiere usted decir que Max tendría otras razones?... ¿Sabe? Cuando nos decía que se sentía desdoblado, yo pensé en lo que le había pasado a mi hermano... yo estaba tan (attachée) atada a él... pensé que para hacer una cosa así hay que estar de la cabeza.

Yo añado: ¿Usted pensaba lo mismo cuando Max hablaba de monstruos y desdoblamientos?

Ella: ahora ya no... mi marido me ha convencido... Max no es mi hermano... no es su doble.

Yo: aunque los quisiera a los dos muy fuerte.

Ella reflexiona... a veces el sufrimiento es tan fuerte...

Yo: un sufrimiento que se vuelve monstruoso... como todo lo que es muy fuerte... el amor, los celos, la cólera...

El, padre dice: dile a 'la doctora lo de tus celos.

Ella se pone roja... ¿hablas de la historia de tu secretaria?

Él: Tonterías... dirigiéndose a mí... ¿usted sabe?, yo trabajo mucho.. y posiblemente la he dejado un poco sola con los niños.

Yo, dirigiéndome a la madre, y probablemente muy enfadada.

Ella: ¿sabe? Cuando estoy en cólera no puedo mostrarlo y sube hasta que exploto... entonces...

Yo sonriendo: ¿quiere decir que se vuelve un monstruo?

Ella se ríe y dice: casi, casi.

El añade: tú deberías saber que nunca te abandonaré... estoy muy vinculado a ti... solo cuando estas pegada a Max, eso me pone nervioso.

Yo: bueno, los celos, las cóleras, los sufrimientos... y todo por amor... como Max.

En las sesiones siguientes podemos elaborar ciertas cuestiones ligadas a los celos, los miedos y la castración y algunas semanas más tarde Max llega un día y me propone jugar a Pokémon. En mis adentros casi lloro porque me dije: ya es un niño.

En ese juego despliega todas las figuritas que ha traído: hay muchos monstruos... me enseña lo que cada uno vale en puntos, las posibilidades de defensa, la manera de atacar y a partir de ahí pudimos de nuevo retomar los mismos temas: desdoblamientos, transformaciones, amor-odio, agresividad, defensas, monstruos, sueños, querer transformarse en un padre, estar celoso, miedo a la castración... pero todos esos movimientos psíquicos han estado tejidos por las palabras con una gran ternura que parece haber sustituido el sufrimiento y las angustias, lo que me permitió avanzar en mis investigaciones sobre la desexualización y las pulsiones sexuales inhibidas en su fin.

A posteriori podría hablar de otras muchas cosas: podríamos pensar que se trataba de un niño que tenía grandes posibilidades elaborativas. Sin embargo, como decía R. Diatkine, cuando podemos hacer interpretaciones se establece una comunicación psíquica que desencadena los procesos asociativos.

Con Max me parece que se creó una neurosis de transferencia particular donde pudo revivir conmigo ciertas secuencias de las proyecciones parentales, de su manera particular de histerificar, poner en escena sus miedos y elaborarlos. Pero también probablemente otras perspectivas podrían haber sido trabajadas, pero hay que tener en cuenta los límites de cada psicoanalista.

Así y desde hace ya algunos años, me doy cuenta de que cuanto más puedo hablar con los niños, mas me hablan ellos a mí y por eso he abandonado los juguetes y las secuencias psicodramáticas. Jugar con las palabras y los pensamientos me parece

acercarse a lo que D. W Winnicott dice del juego: dos áreas que se superponen, es decir, por las palabras, por los procesos asociativos y por las interpretaciones.

El tema del amor me parece repetirse en muchos niños a diferentes grados y con características específicas según cada uno. Pero el hilo conductor de todos los sufrimientos parece ser el del amor bajo todas sus formas: pasiones, decepciones, frustraciones, celos, esperanzas, ilusiones. Creo que cuando podemos encontrar el hilo conductor que se enrolla como un resorte entre las fantasías de los padres y el psiquismo del niño, me parece que el amor puede pronunciarse sin tantas angustias o inhibiciones y vincularse con las corrientes vitales, es decir, las edípicas y su resolución.

Después de escribir todo esto, estaba releendo «Psicología de las masas y análisis del yo» y he aquí lo que dice Freud: «El primero, pero también el mejor ejemplo de pulsiones sexuales inhibidas en cuanto a su fin, es el desarrollo libidinal del niño el que nos lo ha hecho conocer. Todos los sentimientos que el niño tiene por sus padres y las personas que se ocupan de él, se prolongan sin limitaciones en los deseos por los que se expresan las tendencias sexuales del niño. El niño exige de esas personas amadas toda la ternura conocida por él...

Una observación directa, como el esclarecimiento analítico hecho a posteriori sobre los residuos infantiles, no deja ninguna duda de la fusión total de los sentimientos tiernos y celosos y de los deseos sexuales. Esta primera configuración del amor en el niño que se vincula típicamente al complejo de Edipo, sucumbe después al principio del periodo de latencia, a una subida de la represión». Freud nos dirá más tarde que las pulsiones inhibidas en su fin constituyen un principio de sublimación, pero lo que me parece más importante es que los vínculos duraderos que crean puede darnos el índice de la fantasía de eternidad.

Capítulo III

1. HALLAZGOS: LAS PRIMERAS ENTREVISTAS CON NIÑOS

Después de haber intentado relatar cómo concibo el trabajo psicoanalítico con los padres y aunque probablemente habría mucho más que decir en este tema, voy a pasar a reflexionar sobre el trabajo psicoanalítico con los niños, aunque en los ejemplos anteriormente citados puedan contemplarse esos dos trabajos, con niños y padres.

Se ha escrito tanto sobre el psicoanálisis infantil que me sería imposible evocar el conjunto de teorizaciones, tan variadas e interesantes como cada niño en particular. Ante tanta diversidad, me he preguntado por dónde podría empezar para abordar los temas de las primeras entrevistas, las indicaciones y el principio del tratamiento.

Estos temas parecen derivarse de nuestros conocimientos sobre el psicoanálisis de adultos y creo que podemos acercarnos a las múltiples cuestiones que se plantean por situar al niño en relación con el adulto, para centrarnos más particularmente en el encuentro entre el psiquismo del niño y el psiquismo del adulto psicoanalista.

Ahora bien, como psicoanalistas también podemos interrogarnos sobre el lugar que ocupa el niño en el hombre, en la humanidad como concepto que, como veremos, rompe la perspectiva evolucionista genética para contemplar cuestiones tan discutidas como destino, memoria y madurez. Pero sobre todo, para explicitar una posición que siempre defiendo porque ha sido muy discutida e incluso denostada: y es que todo lo que Freud nos ha legado no solamente como teoría del psicoanálisis, sino también como perspectiva de investigación, puede servirnos para trabajar con los niños, con los adolescentes y con los padres, que no es obligatorio recurrir a otras teorías para poder hacer este trabajo, que la elección de teorías es personal y no porque existan «fallos teóricos» en la obra de Freud o no encontremos hilos conductores para nuestras elaboraciones, más bien al contrario. En fin: la perspectiva freudiana entendida como un trabajo constante de elaboración, de investigación y de capacidad para hacer descubrimientos, siempre me ha permitido trabajar en situaciones diversas, ya sean psicoterapias psicoanalíticas, psicodrama, de pareja, de grupo o institucionales. En una palabra: no sólo me ha permitido jugar con las ideas, sino también con otras teorizaciones que, en ciertos momentos, me han dado otras dimensiones y han ampliado el campo de la reflexión para plantearme nuevas hipótesis de trabajo.

Por ejemplo, el niño en el hombre ¿qué significa?, ¿cómo podemos pensar al niño, no como un producto de la cronología realista, sino como un psiquismo que funciona a pesar de la edad real? E incluso, ¿no es cierto que a cualquier edad podemos funcionar como si fuéramos niños?

«El niño en el hombre» es un artículo que escribí con este propósito, para plantear el problema de la realidad cronológica y tal vez para desprendernos de ese concepto de edad que se transforma en una creencia que no se puede poner en duda y ciertamente en esta profesión lo peor que nos puede pasar es valernos de las creencias incuestionables.

Este es de suma importancia y he podido comprobar en numerosas ocasiones, sobre todo al principio de mi práctica, que cuando una maestra nos hablaba de un niño utilizando el concepto de psicosis, por ejemplo, creaba una especie de impacto muy fuerte y a partir de ahí nos dedicábamos a buscar la psicosis, y cuando un especialista busca algo, lo encuentra.

Después de releer y modificar este artículo en ciertos aspectos, me he preguntado si no había querido ampliar otra idea que me surgió en mis intercambios con mi maestro R. Diatkine, sobre todo a propósito de su libro *La eterna capacidad de ensoñación* que rompe con todos los esquemas rígidos preestablecidos y da al psicoanálisis infantil una amplitud que puede descubrirse constantemente.

Es cierto que cada lector sacará sus conclusiones, pero desde mi perspectiva R. Diatkine nos conduce a una forma de pensar muy novedosa. No se trata aquí de hacer un resumen de esta obra, pero desearía señalar cómo concebía las primeras entrevistas con niños, cómo las trabajaba, cuáles eran para él las pautas sobre las indicaciones y el inicio del tratamiento. Pero tal vez y como tantos otros colegas, tuvimos el privilegio de asistir personalmente a todas estas actividades, ya sea en directo o por grabaciones televisivas que nos permitían discutir más tarde los detalles de las intervenciones-interpretaciones hechas por él en el curso de esas entrevistas.

En un homenaje que se le hizo en París y al que tuve el honor de ser invitada, abordé algunas de estas cuestiones en una conferencia que refleja muchos de estas interrogaciones.

Las primeras entrevistas con niños suelen suceder en situaciones diversas y a veces insólitas: el contacto puede producirse mientras estamos hablando con los padres, como en el caso de Juan que relataré más tarde, porque los niños escuchan lo que se dice y también intervienen; otras veces asisten callados y el contacto psíquico se produce cuando estamos solos con ellos; otros, como en el caso de Rosa, se realizan siempre en presencia de la madre. Pero cualquiera que sea la situación, persiste un denominador común de la escucha y ésta se basa en lo que describí en el Capítulo II.

Si la escucha es importante, lo es del mismo modo las intervenciones-interpretaciones que se hacen. Este es un tema controvertido: los psicoanalistas que siguen trayectorias teóricas sobre el contacto inconsciente-inconsciente o que creen que la escucha teorizada se transmite sin interpretaciones, suelen estar en silencio y piensan que solamente los psicoanalistas kleinianos son los que interpretan. Creo que esto es un error. Según mi experiencia, si no se interviene, tanto con los padres como

con los niños, el proceso del encuentro no se desarrolla ni evoluciona, sí es verdad que el silencio del analista puede producir efectos diversos, el más común es la idealización y el inicio de una fantasía del Oráculo, una especie de divinización, porque el que no habla nada siempre tiene razón. Pero la gran cuestión es la de saber cómo intervenir, en qué momento y sobre qué proceso. En líneas generales y como decía R. Diatkine, las primeras interpretaciones son las que deciden la evolución de la entrevista y aquí debemos atenernos lo más cerca posible del modelo de interpretación que utilizamos en psicoanálisis.

Voy a exponer varios ejemplos para continuar algunos de esos interrogantes que nos sirven como retos para continuar nuestra labor elaborativa con niños.

a) Acercamientos delicados: Juan

Una colega me preguntó si podría ocuparme de un niño que preocupaba a sus padres, amigos suyos, porque tenía 4 años y no hablaba. Esta colega sabía que yo había dirigido un Hospital de Día para niños autistas en Ginebra y pensaba que yo era la persona adecuada para ocuparme de este niño.

Como de costumbre y esto hace ya muchos años, no saco conclusiones de estas primeras impresiones, porque rápidamente podríamos decirnos que esta colega sospechaba que el niño era autista y yo al recibir a los padres ya tendría un diagnóstico «al que agarrarme», impidiéndome así esa libre asociación tan necesaria para comprender la situación.

Claro que podemos preguntarnos si yo hago caso omiso de lo que me dice una colega, cosa que no es verdad, aunque sólo sea por respeto a su opinión, pero tengo en cuenta que lo transmitido es solamente producto de impresiones, a veces intuiciones, y que no corresponde a una investigación de la situación. Además, como soy yo la que va a hacer ese trabajo, tendré que basarme en mis propias impresiones, no porque estas puedan ser más certeras que las de la colega, pero porque es mi psiquismo y no el suyo el que va a trabajar las cuestiones que se me planteen.

Los padres me llaman transmitiéndome un gran respeto, yo me digo que esta colega ha debido decirles algo de mí y que ellos ya han empezado a idealizarme. Me preguntan si yo quiero que vengan solos o con el niño. Les respondo que prefiero que ellos mismos escojan la eventualidad.

Llegan los tres: El padre empieza diciendo que están muy preocupados porque Juan no habla y que tienen miedo que sea un autista, de hecho en la guardería ya les han alertado, aunque allí, con los demás niños, de vez en cuando dice algunas palabras. La madre escucha con cara de tragedia y ratifica la impresión de su marido.

Yo les escucho atentamente y en un momento dado parece que esperan que les haga preguntas; al cabo de unos instantes ellos mismos me lo dicen: todo el mundo nos pregunta detalles, si quiere usted puede también preguntarnos (creo que se refieren a las preguntas clásicas para perfilar el diagnóstico de autismo: desde cuando

no habla, como fue el parto, los primeros balbuceos, si tomó el pecho, si anduvo pronto, si pronunció alguna vez alguna palabra, etc.).

Les digo que prefiero que me den su versión de por qué Juan se comporta así.

El padre empieza a transmitirnos (dirigiéndose a veces a su esposa, a su hijo y a mí) una serie de reflexiones como si hubiera estado esperando que se le preguntara su opinión. Voy a resumirlo: Juan es su primer y ahora único hijo y él se había hecho muchas ilusiones. Empieza a describir el hijo ideal situándolo ya en la adolescencia y todo lo que podrá hacer, estudiar una carrera, tener novia, ser independiente, ayudar a su padre porque a él le gustan los bricolajes, etc. Constató que Juan le escucha con admiración, así como su esposa.

En un momento dado le digo sonriendo: lo ve usted como un mayor.

Sí, dice, es como mi padre me trataba a mí, pero no mi madre, que ella parecía no querer que creciera, como le pasa a mi mujer.

Yo hago un signo interrogativo y la esposa reacciona: tiene razón, yo quisiera que fuera siempre un pequeño, es tan adorable, usted no sabe cómo me quiere, me da grandes besos, es maravilloso.

Sin pensarlo mucho, como sucede a menudo cuando una hipótesis se nos presenta con claridad, me dirijo a Juan y le digo: si yo estuviera en tu lugar no hablaría, porque no sabría si complacer a papá o a mamá.

Como si todos hubieran escuchado una revelación, se produce una atmósfera interesante: los padres abren los ojos sorprendidos y Juan se levanta de su asiento, viene hacia mí, coge delicadamente el collar que llevo y me pregunta: «¿s to, un callar?» Le digo: «sí, callar, porque hablar es peligroso». Entonces Juan, con un lenguaje un poco indeciso y a su manera empieza a contarme cosas de su «cole», de sus amiguitos, con sus abuelos.

Los padres están paralizados como si asistieran a un milagro, me lanzan miradas de sorpresa, pero dejan que Juan continúe hablando. De vez en cuando yo intervengo para señalar el conflicto que vive: querer ser pequeño para mamá y ser ya mayor para papá; Juan sonrío feliz, sí, sí, eso es y tú tienes un collar muy bonito.

Es la hora y les pregunto a los padres y a Juan si quieren volver a verme; él es el primero en contestar: «quero ve-ir».

En la segunda entrevista podemos construir algunos aspectos de la historia de Juan, que reconstituyo según mis desarrollos hipotéticos: Juan había empezado a balbucear algunas palabras, pero muy mal y en la guardería habían empezado a hablar de autismo, los padres se alarmaron, sobre todo el padre que empezó a temer que su hijo no fuera normal. Con rapidez hago una primera reconstitución teórica y enseguida me pregunté dos cosas: el narcisismo del padre estaba herido porque Juan

no hablaba ya como un mayor, pero también porque era un hombre que dudaba mucho que él pudiera tener un hijo completamente normal. Esta hipótesis se vinculó más tarde con una reflexión que hizo sobre su propio padre, que le trataba a veces como un inútil. Al hablar de esto con mucha emoción, empezó a tartamudear. Yo me había dado cuenta anteriormente de algunas dificultades de dicción de este padre, pero no las encajaba suficientemente con el contexto. Así, con estos elementos podía comprender mejor la trama del silencio de Juan e ir reconstituyendo las articulaciones del conflicto psíquico.

Las intervenciones de la madre van también permitiendo hilar algunas conjeturas: cuando se casó, ella percibía a su marido como un niño que hay que proteger y cuando anunció su embarazo, el padre de Juan no parecía muy contento. El padre interrumpe diciendo que el hecho de tener un hijo le daba mucho placer porque así se sentía más hombre, lo que le preocupaba era si Juan no ocuparía demasiado espacio.

Aunque la perspectiva hipotética apuntaba hacia un problema edípico de los padres y un cruce fantasmático con la constelación edípica de Juan, yo solamente podía intervenir en la del niño y esperar que los padres hicieran sus propias conjeturas a través de lo que íbamos hablando.

En este caso, los padres eran muy receptivos e inteligentes y al cabo de varios meses pudieron verbalizar «el nudo» que se había creado con el niño y precisamente la cuestión del lenguaje que había sido para el padre un problema en su niñez. Identificaciones cruzadas, edipos no resueltos, fantasías compartidas, malentendidos, idealizaciones y deseos regresivos puestos en palabras, creo que estas entrevistas no pueden pretender una modificación del funcionamiento mental como en un psicoanálisis, pero sí una capacidad de movilizar posiciones enquistadas creando un síntoma anunciador de una posibilidad de elaborarlo: el síntoma positivo, podríamos decir, gracias al cual las fantasías entrecruzadas podían encontrar un terreno de juego.

b) Lecciones de psicoanálisis: Rosa

La niña, a la que llamaré Rosa, tiene 3 años cuando la madre me consulta. Nada más entrar en el despacho se muestra en un estado de excitación y angustia crecientes, habla sin parar y sólo puedo comprender que los pediatras le dicen cosas contradictorias. Ella piensa que Rosa va a explotar porque no hace caca desde hace meses y es una situación inaguantable, me interpela diciéndome: dígame rápidamente como puede solucionarse. La digo que creo que me pide algo mágico. Entonces me cuenta su peregrinación con los médicos que le dicen cosas contradictorias, unos que le ponga enemas, otros que le dé purgantes, otros que le de masajes en la tripa, ella no sabe a quién creer, eso sí, todos parecen estar de acuerdo diciéndole que lo más importante es que tenga confianza en ellos.

La rapidez y la dramatización con las que se expresa me exigen desarrollar todas mis capacidades de paraexcitación. Ante sus prisas para que yo actúe (supongo que esperaba también que yo le pidiera confianza), le digo que tengo que reflexionar y le

doy una cita al día siguiente.

Durante la entrevista, Rosa parece una pequeña adulta: tranquila, observadora, dejándose zarandear por la madre, que la besa diciéndola: «qué desgracia tenemos las dos Rosas», (es así como sé que la madre se llama también Rosa), sigue cogiéndola en brazos y después poniéndola en el suelo con cierta violencia, y la pequeña Rosa parece un osito de peluche sin inmutarse.

En el segundo encuentro soy yo la que empiezo a hablar diciéndole que entiendo su desesperación, pero que no creo que sea una cuestión de confianza, y que más bien parece que ella tiene necesidad de madre. Yo misma me sorprendo diciéndole esto porque en ningún momento lo había pensado, pero supongo que en mi Preconsciente las escenas del día anterior me habían dejado intuir que ella era una niña desvalida.

Un poco sorprendida, ella me responde rápidamente que su marido está siempre ausente y que su madre no la ha ayudado nunca, que nadie la toma en serio, que no le tienen consideración, que creen que es frágil, sin fuerza, que todo el mundo dramatiza (son sus palabras) más que ella cuando cuenta que Rosa va a explotar y de nuevo se acelera, pasa de un tema a otro, en una cascada de expresiones, donde rescato la expresión fuerza o sin fuerza, me cuenta lo que la da de comer en detalle, para que Rosa tenga fuerza. Yo al escucharla exclamo: «pero si come como una adulta», y sin más, añado: «¿quiere usted que Rosa sea su madre?» Como si no hubiera escuchado, continúa: «¡tengo miedo de que adelgace!». Yo añado: «¿que se muera?». Entonces empieza a llorar y me anuncia que está encinta y que todavía no se lo ha dicho a nadie.

En ese momento la pequeña Rosa sale como de un letargo y empieza a hacer garabatos en los papeles que yo había dejado en el suelo. Cambio de posición, me levanto del sillón y me siento en el suelo con ella, garabateando también. Ella dice, caca. Yo contesto: bebé. Muy contenta va a tirar los garabatos a la papelera haciendo los mismos comentarios que su madre le hace: tienes que hacer caca en el baño. Las frases que pronuncia están muy bien construidas y, para sus tres años, tiene un lenguaje excelente.

La madre, que sigue las escenas atentamente, suelta una carcajada: ¿Ha visto cómo me imita?, es increíble.

Como es la hora, le propongo que nos veamos las tres una vez por semana y ella acepta de buena gana.

Durante las sesiones, Rosa se muestra muy activa, siempre sentadas en el suelo ella y yo, juega a ser una madre que da el biberón a un bebé imaginario, se dirige a su madre y a mí para darnos de beber, añadiendo: colacao, e inmediatamente después hace como si fuera ella un bebé. Yo le digo: cola -caca- Oh. Al oírme se pone muy contenta y canta: «la caca a la basura y el bebé también». Rápidamente se da la vuelta y empieza a pegarme diciendo: mala, mala. Yo digo: «la cola no hay que echarla a la

basura». Rápidamente me vuelve a dar colacao, diciendo: «ten colacao, bebe mucho». Yo respondo: «¿mucho bebé?», mientras hago gestos de beber y añado: «si la cola se echa al baño, se pierde la fuerza». La madre que me mira intensamente parece haber comprendido algo y pone una expresión afirmativa. Mientras tanto Rosa dice: «No y no, la fuerza no se pierde». Se da la vuelta hacia una muñequita que la madre tiene en su bolso, la saca y empieza a acariciarla: «pequeña, bebe mucho biberón y duerme». Yo digo rápidamente: «sí, sí, así no verás nada». Ella grita de nuevo pegándome: «es un chico, es un chico».

La madre, que no parece perderse nada de las escenas, se dirige a mí: pero si es imposible que sepa que es un chico, no se lo he dicho a nadie. Y me pregunta: «¿por qué se deja usted pegar?, en casa no se comporta así». Yo le explico: «como usted me dijo que Rosa estaba a menudo enfadada, este enfado se repite ahora porque debe creer que quiero que haga caca y que pierda su fuerza». Inmediatamente Rosa viene hacia mí y me da grandes besos, diciendo: «tú ahora eres mi papá». Y empieza a darme órdenes: «papá, bebe mucho colacao».

En la siguiente sesión la pequeña Rosa está encinta y escenifica de mil maneras que saca al bebé por el culo, transforma una hoja de papel en ese bebé, diciendo: «es él, es él». Más tarde coge la hoja y la acribilla con la punta de un lápiz, chillando: en trocitos. En esta sesión intervengo muy poco, acompañándola o asintiendo. Cuando el papel está completamente troceado, lo tira a la papelera diciendo: «al baño, malo».

Después de esta sesión, la madre me informa que Rosa ha empezado a hacer caca, aunque en pequeñas cantidades.

La psicoterapia en presencia de la madre duró varios meses. Durante las sesiones, la madre parece estar a gusto y dice que ha comprendido muchas cosas, todavía no sabe cómo podrá utilizarlas, pero le han dado nuevas perspectivas y añade que mi trabajo es muy interesante, nunca se lo había podido imaginar. También me informa que su marido desearía visitarme porque la situación en casa ha cambiado.

Creo que las reflexiones que podemos hacer serían numerosas y podríamos desarrollarlas en varias trayectorias: la cuestión del ritmo, de la presencia de la madre, de las interpretaciones cuando ella las está oyendo, de la trayectoria teórica que va surgiendo; pero también de la elección de las palabras entre Rosa y yo, el diálogo de tres, de por qué no pedí ver al padre de inmediato como es mi costumbre, el tiempo que dura la psicoterapia o incluso si se trata de una psicoterapia o de un psicoanálisis corto, o de una terapia de grupo, etc.

Creo que el caso de Rosa está repleto de posibilidades elaborativas y si lo he elegido ahora es porque a posteriori me ha parecido plantear muchas reflexiones que vengo haciendo desde el principio de este libro:

Cuando la madre empieza a hablarme como ella lo hizo, me produjo esa sensación de niña abandonada de la que hablé. ¿Está justificado transmitir una sensación sin

tener más datos que pudieran apoyarla? A veces pueden cometerse verdaderos atropellos utilizando solamente nuestras intuiciones y se pueden decir barbaridades. En este caso, no solamente utilicé mi experiencia (cuando se han visto muchas madres abandonicas, se crea en nuestra mente un conjunto de datos que ratifican esta hipótesis). Pero hay más, la escucha de las referencias a figuras «paternas» -pediatras-, que le dan mensajes contradictorios, me indican desde un principio que ella puede desconfiar de mí y que la voy a confundir. La asociación es interesante: Rosa va a explotar. ¿Iba ella también a explotar cuando percibía mensajes contradictorios de los padres? Cuidado, podemos decirnos, si utilizamos palabras que ella no comprende, que la confunden, podrá también explotar, de hecho ya está explotando delante de mí; esto me sugiere una gran fragilidad y también una posible regresión. Y enseguida sigue otra asociación: que resuelva todo rápidamente, como una niña que no tiene capacidad de espera y que exige la omnipotencia (que lo resuelva todo rápidamente), está pues regresiva, tendré que servirme de palabras sencillas.

En esta primera secuencia sólo intervengo para señalarle esto último, utilizando la palabra magia. Creo que esta palabra hace posible lo que sigue: se centra en la analidad y asocia con la confianza. ¿Qué relación tiene la confianza con la analidad? En la posición anal, los niños desarrollan la ambivalencia que se inició en la oralidad (como decía Freud, bueno para tragar, malo para expulsar); las cacas pueden representar aspectos malos y hay que deshacerse de ellos, o aspectos buenos para ofrecer como regalos. Diciendo esto, se me ocurre que la desconfianza puede provenir de la ambivalencia (una especie de desconfianza interna donde ya no se sabe si algo es bueno o malo). Aquí también podemos pensar que otros ejes teóricos tratarían la desconfianza bajo otros puntos de vista.

Prosigamos: ¿Por qué no hice como en otros casos y no la interpreté su necesidad de madre? Pienso ahora que probablemente mi identificación primaria con ella necesitaba de más reflexión y por eso la propongo venir al día siguiente: ¿Un día? Creo que no quería prolongar demasiado su angustia, pero tampoco elaborar con ella en esa situación delicada de fragilidad.

La doble reflexión que hacemos en estas entrevistas conjuntas, de las que ha escrito muchísimo S. Lebovici, me parece digna de comentarios: a la vez que en nuestra mente se desarrollan las hipótesis sobre la madre (más bien, de la situación en la que esta madre se encuentra con su hija y conmigo, situación triangular -tres- que probablemente aumenta las angustias y favorece las regresiones), también estamos en interacción con los niños (esta situación podemos denominarla ya grupal) y los mensajes emanados de estos, son objeto igualmente de reflexiones.

Aquí y a propósito de la observación de comportamientos, querría hacer un paréntesis para transmitir mi opinión sobre la observación. Sin extenderme excesivamente en este tema, creo que la observación de comportamientos en psicoanálisis no es de gran utilidad porque nuestra finalidad es la de pensar como nuestras palabras pueden modificar las producciones psíquicas, por algo el psicoanálisis se llama cura de palabra. Pero si concebimos lo que vemos como un

producto de un voyerismo impuesto (no soy yo la que desencadena esos comportamientos, más bien se presentan a mí), entonces podemos relativizar mejor: la hipótesis que cualquier psicoanalista se haría de esos comportamientos observables de madre e hija sería la de un objeto transicional. Sin embargo, ¿ese objeto es creado para el observador? Supongamos que la madre quiere mostrarme su ambivalencia (cariño y rechazo) y que la niña en esa situación se transforma en una adulta tranquila, ¿quieren exhibir un doble juego repleto de deseos: niña que quiere ser madre, madre que quiere ser niña, y todo esto para que yo lo vea, para que yo sea el espectador de sus deseos. Bien, podemos decirnos, ¿Y qué?, ¿qué voy a hacer con esto que no me sirve para interpretar? Y ¿por qué no me sirve? Porque creo que no se pueden interpretar los deseos inconscientes así como así, que todo tiene que trabajarse, hilarse, tejerse con las palabras y esas palabras con las que designo los comportamientos son de mi teoría, irreconocibles por las dos Rosas, imposible de nombrarlos sin que eso constituya una interpretación salvaje, lejos de sus posibilidades elaborativas, palabras teóricas que se les imponen.

Sin embargo lo que la madre dice: «qué desgracia lo que nos pasa a las dos Rosas!», eso sí que es importante porque ha surgido de ella, son sus palabras y lo podré utilizar porque han nacido de un espacio conjunto de las tres.

Por todas estas razones, creo que las interpretaciones vienen precedidas de las intervenciones. Sin lanzarme a desarrollar un tema que exigiría otro libro, la diferencia que hago entre intervención e interpretación es solamente conjuntural: entendamos intervenciones cuando hacemos vínculos entre un pensamiento y otro que aparentemente no tienen que ver el uno con el otro, o palabras-conceptos emitidos como hipótesis formulándolas claramente que proceden de nuestro pensamiento, o conjeturas, o preguntas que nos hacemos, etc., para ir tejiendo la trama de los intercambios. Todas ellas dirigidas a comprender como pueden ser recepcionadas, si sugieren o no algo, si despejan algunas creencias enquistadas, si permiten nuevas asociaciones, etc. Y entendamos interpretaciones las palabras que designan más particularmente deseos o producciones inconscientes que sabemos pueden ser integrados por el que escucha y que creemos son factores del cambio psíquico.

Volvamos al segundo encuentro: ¿Por qué empiezo yo hablando y diciendo que entiendo su desesperación? Esta no fue una estrategia calculada, como he dicho en muchas ocasiones, creo que a menudo nos sorprendemos por adoptar algunas actitudes y esto es producto de nuestra libre asociación.

Al reflexionar en estos momentos en estas secuencias, creo que empecé hablando para que no se reprodujeran las exhibiciones anteriores y para romper el sistema que siempre es el otro el que empieza hablando. Lo que verdaderamente me interesa no es eso, pero los efectos de mis palabras son los que me van a dar el índice de lo que puede trabajarse y como después de la palabra magia, la madre habla de la desgracia, es cuando yo asocio el problema de la confianza con el sentimiento abandonico: no es un problema de confianza, sino de ganas de madre. Su asociación es interesante: su

marido está siempre ausente (¿habría querido que su marido fuera una madre?) y luego: mi madre no me ha ayudado nunca, nadie me tiene consideración, todo el mundo dramatiza más que yo, etc. ¿Expresiones de abandonismo?

Sin embargo, lo significativo para mí es que después de haber hablado de lo que yo deduje como sentimiento abandonico, entonces puede hacer una transferencia materna conmigo y contarme cómo alimenta a su hija; y yo, como una madre haría, exclamo algo así como esas cantidades son para una adulta y preguntarla si quiere que su hija sea su madre. Estamos ya en un espacio de juego psíquico donde las producciones emanadas de la relación Inconsciente-Preconsciente parecen fluidificarse y me habla de sus miedos, donde asocio adelgazamiento con muerte. Creo también que la palabra muerte ha conectado con otros miedos y es cuando se produce una histerificación bajo forma de lloros (descarga de excitaciones) para anunciarme que está embarazada.

Las hipótesis que podemos sacar son numerosas: ¿para ella, embarazo significa muerte?, ¿ella habría «matado» a su madre cuando esta estaba encinta?, ¿los hijos son peligrosos? Ahora sí que puedo hacer teoría: los hijos son peligrosos cuando frustrados por un deseo de amor exclusivo desarrollan mucha agresividad hacia los padres, particularmente hacia la madre. Pero hay más, ahora si que «está llena y puede explotar».

La reacción de la pequeña Rosa ya no puede sorprendernos: siendo el objeto de la proyección de la madre, cuando oye lo del embarazo, parece despertar de un letargo: y empieza a hacer garabatos. Creo que acompañarla (darle importancia, algo que la madre reivindicaba) le permitió pronunciar la palabra caca.

Continuando con las teorizaciones: éstas surgen siempre después de las experiencias transfero-contratransferenciales y nunca antes. En este caso reformulemos otras hipótesis: cuando Rosa-madre era niña deseó ser exclusiva y como la madre se ocupaba también de su marido, la odiaba proyectando en ella sus deseos de muerte, deseos que surgen con su hija, quien en el momento de percibir que su madre está embarazada, organiza un conflicto psíquico en forma de retención fecal, conflicto que condensa las expresiones de la madre sobre el explotar. Por ahora dejemos aquí estas hipótesis y avancemos en lo que la niña puede organizar conmigo, el tercero que permite un distanciamiento de los afectos madre-hija y un acceso al Preconsciente bajo forma de palabras.

La interpretación caca-bebé no solamente procede de la formulación de Freud: bebé-pene-caca, sino que está articulada ya en el discurso grupal, podemos pensar que la madre ya nos lo sugirió al principio hablando de explotar y más tarde de embarazo-bebé. Aquí las cuestiones de como los niños, aunque sólo tengan tres años, escuchan las palabras de los padres, es interesante: según mi experiencia, los niños son «verdaderos psicoanalistas», es decir, pueden hacer asociaciones rápidas entre Inconsciente y Preconsciente, seguramente porque todavía no han pasado por la pubertad ni organizado el segundo tiempo de la organización defensiva, es decir, que

están más próximos de las producciones inconscientes.

Entonces supongamos que la pequeña Rosa ha oído explotar, ha sentido la angustia de su madre, ha percibido sus deseos de parafiliación (que los hijos se transformen en padres) y ha organizado así un síntoma para que se ocupen de ella, un síntoma señal de alarma, que a su vez «hace explotar a la madre», que recorre todos los pediatras conocidos, que ninguno le dice lo que ella quiere escuchar, y que por fin, se decide consultar a un «psi», porque percibe que todo lo que la pasa depende del psiquismo.

Pero volvamos a la relación de la pequeña Rosa conmigo: cuando hago la asociación bebé-caca parece muy contenta y va a tirar los «bebés» a la papelera, que ella percibe como un basurero (porque está lleno de papeles), utilizando las frases de su madre como si fuera ella: «tienes que hacer caca en el baño», frase que hace reír a la madre porque ha sido como una interpretación que viene de su hija. Ya sabemos que las risas son también reacciones histéricas ante las sensaciones de desconsuelo que aparecen después de una interpretación, hecha casi en espejo porque se trata de una identificación mimética.

Como ha llegado el tiempo asignado a la entrevista, la propongo que nos veamos una vez por semana. Tres comentarios:

- 1) El de la hora: cualquier persona que no fuera psicoanalista se diría ¿por qué no continuar cuando el juego psíquico se ha producido y así aprovecharlo? Como dije anteriormente, el respeto al encuadre es importantísimo porque nos obliga a las tres a organizarnos en un tiempo dado, pero no solamente los límites son organizadores, sino que establecen una ruptura necesaria para que el funcionamiento psíquico pueda reorganizarse, una interrupción, una discontinuidad para que las defensas reconstruyan otros escenarios. La idea que algunos colegas tienen de que hay que «aprovechar, incluso agotar» las elaboraciones, para mí es errónea porque no tiene en cuenta las reconstituciones que mantienen el funcionamiento mental en actividad.
- 2) El ritmo: creo que es producto de la experiencia y también de nuestras hipótesis sobre la fragilidad psíquica, sobre todo de la madre. He constatado que una vez por semana favorece la reorganización del psiquismo y a veces me he dado cuenta de que la premura para proponer varias veces por semana está vinculada a una confusión entre psicoanálisis de adultos y psicoterapia. Me explico: cuando hacemos una indicación de psicoanálisis de adultos, se sobreentiende que el paciente puede soportar el ritmo de las interpretaciones y que su Yo es suficientemente fuerte, cosa que no podemos pensar en los casos de máxima fragilidad, como en la situación de las dos Rosas, no tenemos entonces por qué copiar o hacer coincidir dos situaciones tan diferentes.
- 3) Si pensamos que en una situación dada ha podido organizarse un juego psíquico gracias a nuestra capacidad de espera, de escucha analítica, de

neutralidad y libre asociación, ¿por qué no tendríamos confianza en que eso se reproduzca aunque sea en otras sesiones? Cada encuentro es susceptible de ser trabajado y lo que más me interesa en estas circunstancias es la reorganización mental de los padres después de la primera experiencia. Al principio de mi práctica pensaba como muchos colegas, que cuando los padres variaban de versión y nos daban opiniones diferentes en otros encuentros, es porque mentían. Fue R. Diatkine el que más incidía en este problema: cuando los padres dan otras versiones es porque algo importante ha pasado en el primer encuentro que les ha permitido reconstruir otras historias y eso es precisamente el signo de la fluidez mental, el índice de la posibilidad de trabajar con ellos. Por el contrario, cuando siempre mantienen la misma versión, es porque «nada ha pasado» y el pronóstico de elaboración es más sombrío.

A la semana siguiente, la pequeña Rosa me da una lección de reconstrucción: ella, siempre en mi presencia y ante su madre, juega a ser una mamá que da el biberón a un bebé imaginario, se dirige a su madre y a mí para darnos colacao y después es ella la que hace de bebé. La escena parece salida de un psicodrama por la variedad de roles, pero no es un psicodrama por las razones que ya describí. Como ya lo explicité, el comportamiento de Rosa me interesa menos que las palabras que utiliza: colacao, que condensa a maravilla lo que hablamos en la sesión anterior y que me da la posibilidad de otra interpretación: cola, caca, ¡Oh! De nuevo pienso que esas palabras producen un efecto mental: canta -la caca a la basura y el bebé también. Puedo pensar que esas frases están tan cargadas de afecto que sólo pueden decirse de forma defensiva, como el canto. Este es un punto de vista que merecería una amplia reflexión ¿por qué cantar compromete menos que hablar?, pero ahora no tengo respuestas elaboradas.

El hecho es que me pega diciéndome: mala, mala. Esa «mala» lo percibo como una proyección hacia mí por haber tirado el bebé a la basura, y su comportamiento de pegar como una formación reactiva en forma de descarga corporal por el miedo a la castración (haber tirado la cola a la basura). Por eso la interpreto en forma protectora y a la vez como ella, en forma superyoica, no tienes que -que aquí toma la forma de un: la cola no se puede tirar a la basura. Es cierto que todas estas interpretaciones pueden ser discutidas, pero lo que nos interesa es su efecto: me vuelve a dar colacao añadiendo: «ten colacao y bebe mucho». Cosa que yo escucho ya en clave teórica: no te preocupes, voy a repararte si tienes tanto miedo de perder la colafuerza.

Entonces es cuando entro en un juego de espejo, hago gestos de beber diciendo: «si la cola va al baño se pierde la fuerza». No creo que sea solamente para ratificar lo que creo que ella me proponía, sino también para interpretarla que el no ir al baño puede constituir un miedo a la castración.

La interpretación ha provocado otra pequeña crisis histérica: «¡No y no!», expresión que parece ilustrar el artículo de Freud sobre la negación.

¿Por qué necesita ahora una muñeca de verdad? Pienso que la cuestión de la castración desencadena excitaciones demasiado intensas y que necesita un objeto transicional para desexualizarlas. El: pequeña, bebe mucho biberón y duerme parece ratificarlo, pero no olvidemos ahora la polisemia de la palabra -bebe-bebé-.

Tal vez para no dejar que las defensas se reorganicen, yo las interpreto: si duerme, no verá nada, se sobreentiende, la relación sexual entre los padres. Y no me extraña que se enfade conmigo y en el cenit de la excitación diga lo que hace tiempo tiene ganas de decir: es un chico, es un chico, cosa que tanto la madre como yo comprendemos, que se trata de lo que ella lleva en su vientre.

Tampoco puede sorprendernos que sea ella, la madre, la que reacciona ahora extrañándose que lo que ella creía ser un secreto, no lo era. Y la pregunta de por qué me pega, creo que está insertada en un cierto placer que sea la niña en su lugar, la que me pega. Diríamos: la niña se atreve a hacer lo que ella no pudo hacer con su madre. La interpretación sobre el no ver creo que también la ha llegado a ella. Y entonces pienso que ha llegado el momento de desarrollar el sentido de las interpretaciones, para que las dos lo escuchen: Rosa está enfada que yo (aquí podía haber dicho usted, pero me parecía menos directo y por tanto más asequible) quiera (la obligue) a hacer caca, es decir, a perder su fuerza. No sé el efecto que esta reinterpretación hizo en la madre, pero sí sabemos en la niña que se acerca a mí para darme un beso y decirme: «tú ahora eres mi papá».

Cualquier psicoanalista podría emocionarse ante estas escenas que contactan con nuestra propia sexualidad infantil. Debo decir que de repente me imaginé dando un beso a mi padre por impedir que mi madre me castrara, pero esos pensamientos fugaces desaparecen pronto para volver al escenario de la terapia. Rosa quiere repararme, ahora como papá, dándome mucho: cola, caca, fuerza. Y de repente me dije para mis adentros: ahora, en este mismo instante, ha podido desdramatizar el acto de la defecación, ha podido agredir a la madre, ha podido expresar que estaba enfadada por el futuro bebé, ha asociado el bebé con la fuerza (bebé.bebe), por eso no le da colacao a la madre, porque ella ya tiene suficiente fuerza dentro. Es como la descondensación de un contenido onírico que va a acompañarse de un posible desplazamiento, que no tarda en llegar en la siguiente sesión.

Es la escenificación que parece extraída de «Los tres ensayos», sacando el bebé del culo, atacándole, haciéndolo pedazos y gritando: «al baño, malo».

11. PARAÍOS PERDIDOS: EL NIÑO EN EL HOMBRE

La expresión 'el niño en el hombre' difiere de la que utilizamos corrientemente y es la de 'el niño en el adulto'. Esta última se refiere más a un proceso evolutivo donde la infancia permanece como sexualidad y deseo, motor y al mismo tiempo proceso, pero también es la idea de un destino que promueve la madurez como única meta, una meta a la que nadie llega y tal vez por eso tan deseada porque es imposible. Destino de la humanidad siempre propenso a desear lo que no existe en el instante

imperecedero del momento.

El niño en el hombre es una expresión de M. Gribinski para significar que en el hombre, adulto o no, el hombre genérico, el de las grandes hazañas, el hombre-hombre, el concepto hombre, existe un niño; pero no para impulsarle hacia la aventura evolutiva -la madurez- sino para recordarle que cada paso es una conquista, un desgaste, un esfuerzo; que ser niño es amar y sufrir, es esperar constantemente, amor y odio entretnejidos con los esfuerzos para ser amados, considerados, para construir un destino que rompa con el que parece habérsenos impuesto.

Alesandro Baricco dice que el destino no es una cadena, sino un vuelo; podríamos añadir, una esperanza hecha de transformaciones sucesivas. El niño en el hombre es la memoria, un concepto tan querido por Freud. Memoria que resuena como algo mágico. La palabra es magia en su origen, decía Freud, algo que desde el pasado se metamorfosea y se vuelve presente y nos lleva al pasado.

¿El niño existe? ¿Ha existido alguna vez? ¿Alguien lo ha visto? ¿Quién es el niño? ¿Soy yo?, ¿Sois vosotros? ¿Es Freud? ¿Es un concepto? ¿Una palabra?

Memoria, cuya resonancia es transporte, emigración, como decía J. B. Pontalis, inscripciones, donde la percepción deja de ser un impacto de los sentidos para constituirse en huella, marca, huella mnémica, memoria, para promocionar a las pulsiones y situarlas en un reinado. Nada existe en la realidad sin que las pulsiones no lo hayan conquistado. Esta idea es una de las claves del pensamiento freudiano. Si las representaciones son investiduras de las huellas mnémicas y cada investidura representa una hazaña, la memoria es conquista y la conquista, un abanico de sistemas.

A Freud le gustaba referirse a Goethe, que decía que lo que se hereda no es nuestro hasta que lo hayamos conquistado. Pero, ¿por qué la conquista es abanico de sistemas?

Para Freud las representaciones pulsionales están constituidas de un conjunto de sistemas asociativos y esta idea podría constituir la segunda clave del pensamiento freudiano.

El niño en el hombre es la posibilidad de rescatar las asociaciones que un día escondimos, asociaciones dormidas y que pueden despertarse por la magia de un afecto invencible. El afecto es invencible, ya que está siempre dispuesto a reunirse con las palabras, las que dan sentido al mundo de las cosas. Y si el niño en el hombre habla de un sueño donde la sexualidad inhibida en su fin se transforma en ternura, es para que el hombre conquiste su destino a través de la aventura psicoanalítica donde día a día se construye un mundo gracias a los procesos asociativos que son los hilos verdaderos. Como decía Pablo Neruda, del hilo al hilo, y nosotros podríamos añadir de asociación en asociación de un entramado de recuerdos a una neurosis de transferencia -de una escucha, que es a la vez percepción y representación- sentido y

búsqueda -sueño y realidad.

Sin embargo creo que no podríamos continuar reflexionando sobre «el niño», si no aclaramos antes algunas cuestiones que se presentan en la práctica cotidiana del psicoanalista de niños

¿Qué piensan los psicoanalistas de adultos del psicoanálisis infantil? ¿El niño real es analizable?

Como todos sabemos, la presencia corporal impone. No hablamos de la misma manera a una persona ausente que a una presente. La presencia es impacto y resexualización, como decía M. Fain. Sin embargo, la presencia de un adulto parecería imponer más que la de un niño, por eso no se comprendería por qué en general los niños atemorizan a los adultos. ¿Es porque el cuerpo parece marcar las diferencias y éstas parecen siempre amenazadoras?

Cuando un niño aparece en la escena de una consulta provoca reacciones inmediatas de palabras para aplacarlo, como si diera miedo. Es cierto que un psicoanalista que sólo haya recibido adultos estaría atemorizado si tuviera que psicoanalizar a un niño. ¿Podríamos decir que solamente es por desconocimiento? R. Diatkine decía que la presencia de un niño reactiva nuestras pulsiones orales y sus consecuentes regresiones. Ante ellas, tanto el niño como el adulto crean formaciones reactivas: solicitud, fantasías, deseos de seducción, etc., pero también identificaciones cruzadas.

Todos los psicoanalistas, de niños podemos recordar que nuestra solicitud de principiantes («Hola pequeño, ¿qué tal te encuentras?, soy una persona que está aquí para comprenderte, ven, vamos a dibujar», estas frases acompañadas de grandes sonrisas) obedecía a una defensa, parecida a la de los sacerdotes que desearan calmar a los dioses del Olimpo. El ¡Ven, vamos a dibujar de inmediato!' puede indicar un 'hay que poner algo entre los dos para que la relación no sea demasiado fuerte, comprometedor'. Y lo mismo puede pasar con los juegos con objetos diversos (marionetas, muñecos, animales, etc.), hecho que los psicoanalistas de adultos resaltan para pensar que el psicoanalista de niños sólo sabe jugar y que eso no es un psicoanálisis serio, ya que se trataría de la utilización de una serie de defensas. Defensas que pueden ser muy variadas, desde el silencio hasta la palabra prolífica, las actitudes maníacas o los deseos de reparación inmediata.

Sin embargo, para aquellos que ven en los dibujos o en los juegos sistemas de palabras, mensajes asociativos simbólicos y descodificables, el psicoanálisis sigue las mismas pautas que el de los adultos: transferencia-contratransferencia e interpretación, como bases esenciales de un edificio que se va tejiendo con las significaciones inconscientes en forma de fantasías y construcciones transformadas en palabras.

En psicoanálisis infantil existen métodos diversos, como en psicoanálisis de

adultos: jugando o hablando, jugando con las palabras o los pensamientos, tal y como D. W. Winnicott definía la terapia, jugando con las ideas, la trayectoria psicoanalítica se parece: un inicio, un proceso, una constitución de la neurosis de transferencia y su disolución, siguiendo la trama de una teoría coherente y rigurosa. Sin embargo, la espina de las polémicas se sitúa en el encuadre.

El encuadre puede también contener una serie de atractivos defensivos que se enraízan en una serie de costumbres sin las que parecería imposible trabajar. No estar cómodamente sentados en nuestros sillones, no ver al paciente, no tener el mismo tiempo para pensar, estar sometido a la percepción de los movimientos oscilatorios de las inquietudes infantiles. ¿Se puede analizar en cualquier circunstancia?

Aunque Racamier nos recordara que existe el psicoanálisis sin diván, no es tan fácil practicarlo sin nuestros rituales habituales. Pero hay aún más: la neutralidad, el contrato y el secreto profesional parecen también presentar dificultades cuando la presencia de los padres se hace patente, cuando nos transformamos en verdaderos rivales y nos insertamos en el epicentro de una paradoja: si el niño mejora, la herida narcisista de los padres puede doler más de lo habitual; pero si no mejora, somos seres despreciables y desvalorados. Sin embargo, muchos psicoanalistas de niños, pioneros, nos han transmitido que el psicoanálisis infantil es posible, interesante y a pesar de tantas dificultades puede ceñirse rigurosamente a las constantes que definen la ciencia psicoanalítica.

La cuestión del psicoanálisis de niños-adolescentes puede enfocarse desde múltiples vertientes, pero eso sí, se necesita un esfuerzo conceptual, una libertad de pensamiento que nos saque de los parámetros habituales y que al mismo tiempo nos ofrezca los límites para que no todo procedimiento valga.

En el libro *Interacciones terapéuticas, fronteras psicoanalíticas*, inicié una reflexión que se me había impuesto al escribir *El psicodrama psicoanalítico de un niño asmático*, porque el psicodrama parecería constituir un antiencuadre, por la variedad de movimientos y juegos que lo caracterizan. En aquel momento sentí la necesidad de diferenciar lo que podría ser el pensamiento psicoanalítico, la situación psicoanalítica y el psicoanálisis aplicado (pensar en la teoría, pensar con los pacientes y pensar cuando no están presentes). De esas tres diferenciaciones surgió otra necesidad, la de reflexionar y profundizar el sentido de lo que más tarde he llamado situacional cuyos desarrollos he expuesto en otro libro: ¿Son posibles las terapias en las instituciones? Estudio situacional.

Toda teorización procede de una práctica y mi experiencia con padres, niños, adolescentes y adultos me han permitido conceptualizar la gran cantidad de posibilidades que se nos ofrecen como psicoanalistas en las entrevistas, ya sean padres, niños, adolescentes o adultos. Si a la palabra entrevista le añadimos la de encuentro y a ésta la de sesión, podríamos deducir como Bien que cada momento psicoanalítico es único, irrepetible, creador. Sin memoria y sin deseo pueden entenderse como sin historia, un algo que se crea en el momento, un sueño inmediato

como diría Meltzer.

Ahora bien, el sueño es analizable y por eso un psicoanalista puede pensar cuando sus interlocutores le hablan. Al `sin memoria y sin deseo' yo le añadiría `sin prejuicios y sin culpas', sobre todo cuando son los padres los que hablan y cuando tenemos presentes que el niño en el hombre somos todos.

Los padres de Pablo me cuentan en la entrevista que su hijo repite constantemente: `mamá, solo te quiero a ti'. La madre añade que en vez de sentirse contenta, esa insistencia de su hijo la angustia porque cuando lo dice, se pega a ella como si quisiera absorberla. Al pronunciar la palabra -absorberla- se traba y tiene que repetirla varias veces. Yo le digo: «¿quiere usted decir `comerla'?

Como si de repente descubriera algo, exclama: «¡Oh, nunca lo había pensado pero es exactamente lo que quería decir!»

El padre que sigue la conversación muy atento, se ríe y le dice: «¡Querida, creo que piensas lo mismo de mí!»

Ella se sonroja como si su esposo hubiera desvelado un secreto. Entonces yo intervengo y digo: «Veamos, ¿quién se come a quién?»

Ahora es el marido el que parece desconcertado, se pone serio y me mira hostil. Bueno, les digo «¡si continúo van a terminar por no tragarme!» Los dos sueltan una carcajada y dicen el uno y el otro: «bueno, hay cosas que son difíciles de tragar». La esposa asocia inmediatamente: «cuando voy al colegio, todo el mundo parece juzgarme y me da lecciones de cómo educar a mi hijo, sobre todo cuando se pega a mí y no quiere soltarme. Eso no me lo trago». El padre le dice entonces: «Mira, cuando Pablo te besuquea constantemente eso tampoco lo trago». La madre dirigiéndose a mí, me explica que su marido es muy celoso y que ella ya no sabe qué hacer, ya que él está siempre ausente y que ocuparse de los niños sola es muy difícil.

Es la hora y convenimos que veré a Pablo.

La madre lo trae y Pablo no quiere entrar, se pega a la madre lloriqueando, ella intenta convencerle. Madre e hijo me miran como si yo tuviera que intervenir, pero yo me mantengo silenciosa. Al final, accede.

En el despacho Pablo cambia completamente. Habla inmediatamente: ¿qué les has hecho a mis padres? Y añade -han cambiado. Yo hago un gesto de interrogación, él continúa: ahora me dejan tranquilo. Otro gesto por mi parte, él sigue: antes no paraban de decirme que estoy celoso y yo no estoy celoso de mi hermanita, ¿sabes?

Le digo: ¿qué es lo que debería saber?

Pablo: mamá me ha dicho que querrías saber por qué sólo la quiero a ella. Y antes de que yo pueda decir algo, añade: ¿qué piensas tú por querer a una mamá?

Sorprendida, digo: Hum! Él me interroga: ¿tú querías a tú mamá?

Le digo: yo también he tenido tu edad.

Contesta: ah, ¡entonces puedes comprenderlo! Un segundo de silencio y otra pregunta: Oye, ya que has cambiado a mis padres, ¿no podrías cambiar a mi hermana? Sorprendida de nuevo le digo: ¿Cómo? Con mucha seguridad me contesta: ¡Pues dile las mismas cosas que les has dicho a mis padres!

Yo pienso: esto es increíble, este niño es un psicoanalista, pero mientras me digo esto una palabra viene a mi mente: las mismas (Pues dile las mismas cosas...) que pronunciada tan deprisa como lo hace Pablo, me suena a mi más. -Entonces le digo: Tendría que decirle: ¿a mi más? Se ríe: Ya veo, eso es lo que tú querías cuando eras pequeña. Y asocia: Sabes, cuando comemos yo siempre quiero comer en el plato de María.

Yo le digo: ¿Que te la quieres comer?

Oh, no.

Yo: Entonces a mamá.

Él dice: ¡Es posible!

Yo: así, la tendrías para ti solo.

Muy alegre: Oh, eso sería fantástico... pero papá estaría triste.

Yo: no, sí también te quiere a ti.

El: tu idea es muy buena.

Un momento de silencio y añade: ¿Sabes? En el colegio me he pegado con un chico.

¿Cómo?, digo yo, ¿que estabais pegados?

¡No!, No comprendes nada, quiero decir que nos pegábamos (y hace un gesto con las manos).

Ah, digo yo, ¿pegarse a mamá para no pegarla?

¡No te pases!, ¿por qué querría yo pegarla?

Tal vez hay muchas razones, digo.

Bueno, dímelas.

Porque uno está enfadado, por celos, por...

¡No me deja terminar! ¡Pero si yo no estoy celoso de papá!

Le digo: ¿y por qué no?

La sesión termina y yo me digo: ¡papá solo te quiero a ti! Y me preguntó: ¿celoso de papá o de mamá? Solo te quiero a ti me indica un sistema de pensamiento donde no cabe el tercero, solo hay dos e incluso solo hay uno, ya que el otro está dentro de nosotros mismos. El niño dentro del hombre. En -como decía Winnicott- y que se opone al -con- estar con el otro. ¿Tal vez esa es la diferencia entre objeto parcial y objeto total?

Este encuentro con Pablo me hizo pensar en la relación entre un adulto y un niño y en esa capacidad tan específica de los niños a olvidar la edad del o de la psicoanalista con los que se encuentran.

En una reciente conferencia que di en París y que se titulaba -las edades del hombre- en homenaje a R. Diatkine intenté abordar el problema de la edad y dije que no era un problema de temporalidad. La edad cronológica poco tiene que ver con la edad psíquica, por eso las famosas etapas libidinales no podemos comprenderlas como una cuestión de edades.

Aunque Freud en Los Tres Ensayos se sirvió de la cronología para explicar el desarrollo de las fantasías orales, anales, fálicas, genitales y edípicas, no cesó de llamar la atención sobre el hecho que nunca llegamos a la madurez, que en cada uno de nosotros quedan fijaciones, que nuestros pensamientos infantiles cohabitan con otros mas evolucionados y que siempre estamos dispuestos a hacer regresiones sin que por ello nos descompensemos.

Él problema no está en la edad cronológica, sino en las formas de pensar, que Freud llama sistemas de pensamientos y que últimamente M. Neyraud ha desarrollado en su último libro. Los sistemas de pensamiento no pueden superponerse con los sistemas asociativos aunque éstos formen parte de ellos. Por ejemplo, las descripciones de la etapa oral tienen un denominador común y es la unidad. En la oralidad, todo es uno. Cuando se fantasea comerse al otro, es para integrarlo en el propio cuerpo, hacer una unidad, abolir las diferencias, hacer que el otro forme parte de nuestra propia sustancia, no permitir que exista fuera de nosotros, controlarlo y dominarlo. Por él, con él y en él, como diría la Biblia.

Las fantasías asociadas a la oralidad reproducen indefinidamente esas tendencias a reducir al uno todo: es la omnipotencia, donde individuo y universo se confunden. Las tendencias orales se suelen concebir siempre como patológicas, sin embargo creo que forman parte de nuestros deseos de conquista y son los motores de nuestra individualidad e independencia. Otra cosa es cuando no pueden coexistir con otras: anales, fálicas, etc.

Al mismo tiempo, el sistema del pensar oral es exclusivo y reductor cuando no puede transformarse en un -dos-; pero esa transformación es una gran aventura. Tenemos que preguntarnos: ¿por qué razón un sistema de pensar vinculado por definición al principio del placer se abriría al sufrimiento, al duelo, a la pérdida, a la angustia que representa el dos? Por ejemplo: la palabra `comer' ejerce «una fuerza de atracción» (U. B. Pontalis), como si permitiera la posibilidad de sumergirse en un mundo donde el duelo y los sufrimientos no existieran. Uno para todos y todos para uno, nos conduce a un verdadero sueño de armonía sin conflictos. En la entrevista con estos padres, el hablar del `uno', parece haber sido revelador: ¿ellos me querían comer o yo quería comerlos a ellos?, ¿la tensión propia a estas heridas narcisistas que representa el hablar de problemas de los hijos puede resolverse de manera simbiótica? Sin embargo, el hecho de poner en palabras el sistema omnipotente parece haber abierto un camino hacia la comprensión. Dar un sentido al «mamá solo te quiero a ti» parece haberles permitido dejar tranquilo al niño, según su expresión «mis padres han cambiado. Pero, es el niño el que a través de sus propias asociaciones puede llegar a la posición homosexual con su padre, al desgarrar del» ¿a quién quiero?, ¿a él o a ella?

La palabra pronunciada en un contexto inesperado, que surge como una imagen sonora -la que según Freud reúne las representaciones de palabra a las representaciones de cosa y por esa misma unión cierra el sistema asociativo, esa palabra cargada de impresiones -Freud diría-, de elementos constitutivos cenestésicos, acústicos, visuales, táctiles, esa palabra puede ser un núcleo de atracción de otras asociaciones, ya que comer es también amar, desear, tener ganas, interesarse, sentir, querer. Es toda una teoría sexual infantil que como dice M. Gribinski lleva la excitación, la tensión, el contacto, el encuentro sorprendente, el placer, la insatisfacción y el fracaso -Una palabra sexualizada y erotizada que puede viajar en el curso del tiempo psíquico.

Pero como dice Anaximandro, las cosas vuelven de donde provienen, pagando el castigo de haber venido según un orden injusto del tiempo -el niño vuelve cuando el hombre lo ha olvidado para volver a crearse en otras teorizaciones, en otros niños insertados en nuestros sistemas asociativos.

Cuando Pablo me dice: Cuando eras pequeña -no podía saber hasta qué punto y en ese momento el orden injusto del tiempo volvía, ni tampoco que sus palabras estaban construyendo la niña que fui. El teorizador es Pablo, que abre por sus palabras el círculo cerrado del uno, característico del pensamiento oral. Si no hubiera suscitado mis pensamientos infantiles -lo infantil como dice E Guignard- probablemente yo no hubiera podido decirle lo que le dije, aunque las mismas palabras sean creadas y recreadas desde el propio análisis hasta la infinidad de nuestros pensamientos. A Anaximandro podríamos decirle: lo que vuelve es ya diferente, es de otra naturaleza, ya que el viaje por el tiempo puede permitirnos cambiar.

Sin embargo, para que un cambio pueda realizarse creo que debemos abrir varios frentes de polémicas: ¿Qué entendemos por procesos asociativos? Y ¿Cómo podemos escucharlos para que nuestras intervenciones-interpretaciones abran los sistemas

cerrados?

Estas dos preguntas que aparentemente parecen muy sencillas encierran muchas cuestiones psicoanalíticas: si por procesos asociativos entendemos lo que los pacientes relatan, podríamos deducir que todo el mundo tiene procesos asociativos y la escucha asociativa podría transformarse en una unidad (el paciente asocia como yo estoy asociando, no existe el conflicto puesto que entiendo lo que dice. ¿No nos quejamos a menudo de algunos pacientes que no nos permiten entender?). Pero, por otro lado si pensamos que un proceso asociativo es una lucha, una conquista del psiquismo para ocultar un entramado comprometedor, la escucha puede entonces emerger del conflicto y despertar desgarros que deseáramos permanecieran ocultos, vergüenzas o culpabilidades como en el famoso caso descrito por Freud, Emma, que asoció a las risas los vestidos para ocultar los deseos sexuales intolerables para la conciencia.

Polémicas que deberíamos mantener abiertas para que circulen los procesos asociativos que a veces nos permiten decirnos después de haber escuchado a nuestros colegas: ¡Tengo una idea nueva! Un Niño nuevo en nuestro entramado férreo de las teorías que queremos dominar -tragar, para sentirnos más Hombres.

111. INDICACIONES

Mucho se ha hablado de las indicaciones haciendo teorizaciones muy variadas y a menudo confusas sobre qué niños son susceptibles de poder hacer un tratamiento psicoanalítico.

En este tema, mi posición resulta un tanto simplista: cuando hemos podido tomar contacto con el mundo interno de los padres y más tarde con el de los niños, creo que es cuando se puede proseguir un psicoanálisis. Personalmente no creo que esa decisión corresponda a una patología particular, a un diagnóstico previo, a una clasificación nosográfica de neurosis o psicosis, al resultado de tests variados o estrategias complejas de seducción.

Como creo haber expuesto ya, en los relatos con el trabajo psíquico con padres y niños, los avatares de esos encuentros, no voy a extenderme más sobre el tema, aunque quedan muchas incógnitas y preguntas, ya que pienso que el inicio de un psicoanálisis constituye siempre un enigma indescifrable por la cantidad de producciones psíquicas que se ponen en marcha.

En las páginas que siguen vamos a poder encontrar algunos de esos enigmas que constituyen para mí retos del pensamiento y de la elaboración, estímulos de nuestros procesos siempre dispuestos a jugar con las ideas y a establecer un equilibrio entre el placer del funcionamiento mental y el displacer de la ignorancia.

Capítulo IV

El trabajo del psicoanalista en las sesiones con niños no difiere en sus grandes rasgos de lo que vengo diciendo sobre la escucha en las primeras entrevistas, pero sí varía en la labor continua de un tejer psíquico de las producciones mentales que podemos llamar proceso psicoanalítico. Sobre este proceso se ha derramado tanta tinta que me sería imposible abordar esta cuestión en toda su profundidad, sin embargo lo que desearía destacar es que no creo que pueda existir proceso sin considerar la neurosis de transferencia, término que parece haber desaparecido en el ámbito de nuestra literatura psicoanalítica y si aparece es para diluirse en las consideraciones sobre la transferencia o la contratransferencia.

Las múltiples versiones que se hacen sobre la neurosis de transferencia merecen una amplia reflexión. Lebovici al hablar en su trabajo sobre la neurosis del niño, la neurosis infantil y la neurosis de transferencia inició el camino sobre la necesidad de diferenciar los procesos psíquicos que, a menudo, se confunden o se superponen. Por todas estas razones creo importante especificar mi posición sobre todo en psicoanálisis de niños, que ha planteado tantos problemas a los psicoanalistas de adultos que no comprendían cómo se puede organizar una neurosis de transferencia con los niños, ni tampoco desarrollarla y analizarla.

Tal vez por eso R. Diatkine hablaba del niño en el adulto y que yo utilizo ahora para abordar el tema de las neurosis de transferencia.

Otro tema que me parece de especial interés para comprender el psicoanálisis de niños es el del trauma y sus diversas concepciones, por lo que creo que debo desarrollar también mi propia versión y como la suelo trabajar en psicoanálisis infantil.

Otro de los temas que entre otros tantos parece problemático en psicoanálisis infantil es el de la interpretación: como he venido diciendo a propósito de las secuencias clínicas comentadas, la interpretación me parece indispensable para organizar un proceso, pero la cuestión sobre la alternativa interpretación-construcción ha sido motivo de múltiples debates. Por esta razón he querido desarrollar algunos de los aspectos de la llamada construcción. A menudo he oído que las construcciones en psicoanálisis se referían a reconstruir un fragmento de la historia de un paciente, confundido a menudo con la realidad histórica, realidad que siempre es ficticia pero que para algunos psicoanalistas se superpone con la supuesta realidad que el niño hubiera vivido en su infancia, digo supuestamente porque de lo que dice el paciente se deduce que lo ha vivenciado así.

Este tema es tan apasionante y controvertido que creo impregna la cultura psicoanalítica actual y aunque todos los psicoanalistas parecen ponerse de acuerdo con la diferencia entre el contenido manifiesto y el contenido latente, muy pocas la

trabajan. Me explico. En múltiples ocasiones, los debates sobre que es lo que hay que entender de lo que el paciente dice, nos llevan a reformulaciones teóricas malabaristas. Por ejemplo: últimamente oía de una colega decir que cuando el paciente hace una transferencia demasiado intensa, se producen transferencias laterales, término extraído de las psicoterapias de grupo o de pareja. No voy aquí a polemizar sobre la necesidad de apelar a conceptos nuevos, porque cada psicoanalista hace lo que puede, pero me he dado cuenta a menudo de que la incomprensión del contenido latente impulsa a muchos a buscar teorizaciones como, utilizando una metáfora, si quisieran matar moscas a cañonazos.

Un problema parecido lo encontramos en cuanto a las construcciones-reconstrucciones: cuando, después de haber escuchado las supuestas realidades de los padres y de los niños, podemos al fin reconstituir su historia, creemos que podemos transmitir al paciente esa construcción que, a menudo, es una transcripción teórica. Según mi experiencia, las construcciones constituyen elaboraciones muy complejas, según lo expongo en el apartado IV.

1. MUNDOS DE INCOMPRESIÓN:

EL NIÑO EN EL ADULTO: ¿NEUROSIS DE TRANSFERENCIAS?

a) Introducción

La expresión: el niño en el adulto es el título de un libro de R. Diatkine donde se sugiere que el niño en el adulto es sinónimo de eterna capacidad de ensoñación.

¿Cómo podemos comprender esta frase que resulta aparentemente tan sencilla porque se refiere a conceptos que creemos tener muy integrados en nuestro lenguaje habitual? Nociones como eternidad, capacidad y ensoñación, no parecen ofrecer grandes complicaciones y sin embargo son muy complejas en el terreno del psicoanálisis porque nos plantean cuestiones fundamentales tanto en la teoría como en la práctica. Por ejemplo, un sin cesar se aproxima al concepto de eternidad: El autor dice que «la historia, nuestra historia, se escribe sin cesar en una elaboración que familiariza lo nuevo y lo sorprendente», lo que indicaría que en psicoanálisis el concepto de eternidad tiene cabida sin pretender que el tiempo lo contenga todo.

Es cierto que esta visión que tiene R. Diatkine de pensar el funcionamiento mental es muy original porque da un sentido de continuidad en la discontinuidad y porque esta concepción se aparta de la linealidad simplista en la que muchos de nosotros nos vimos sumergidos al principio de nuestra práctica psicoanalítica pensando que el Inconsciente se desvela a partir de las fantasías y que el pasado surge tal y como se vivieron las experiencias por el arte de la transferencia, como si el pasado fuera un eterno sin cambios.

¡Nada más lejos de una capacidad de ensoñación! Ya que ésta presupone una constante remodelación de esas experiencias bajo forma de cambios sucesivos que

impiden la reproducción tal cual de la experiencia inicial. La vivencia inicial resulta, a la hora de relatarla o de recordarla, una utopía inalcanzable.

El niño en el adulto es un concepto muy interesante, no solamente por sus referencias a la ensoñación, sino porque parece sugerir una posibilidad novedosa de entender la relación psicoanalítica ya que iría más allá de las tres neurosis clásicas: neurosis del niño, neurosis infantil y neurosis de transferencia, para implicar a la persona del psicoanalista en una neurosis de contratransferencia.

Partiendo de estas ideas, intentaré desarrollar una hipótesis de trabajo: El niño en el adulto podría representar a la neurosis de transferencia-contratransferencia que yo llamaría neurosis psicoanalítica, neurosis surgida de la relación psicoanalítica, sobre todo en sus etapas iniciales, ya que esta neurosis requiere una constante capacidad de ensoñación.

Para equiparar el niño en el adulto a la neurosis psicoanalítica, recorreré algunos capítulos del libro citado donde podremos contemplar la articulación entre escucha psicoanalítica, trabajo de perlaboración, capacidad de ensoñación del psicoanalista gracias al poder mantener en contacto su propio infantil con sus producciones psíquicas, y la elaboración de su sexualidad infantil. Trataré estos temas en varios apartados: la importancia del cuerpo en la relación psicoanalítica y su resexualización, el juego psíquico necesario para que se produzcan los desplazamientos psíquicos propios de la neurosis de transferencia, sobre todo en la producción de las cadenas asociativas que preparan la capacidad de ensoñación. Sin embargo, todas estas premisas no garantizan la instauración de la neurosis de transferencia en la que intervienen también la posibilidad de dramatizar, que aquí se entiende como un prelude a la emergencia de los desplazamientos psíquicos necesarios al desprendimiento de las investiduras narcisistas y a la creación del novela familiar, verdadero artífice de la capacidad de ensoñación. Todos estos movimientos psíquicos pueden articularse entre ellos para organizar verdaderos procesos en la relación analítica donde las dramatizaciones psíquicas encuentran un espacio de realización por la palabra que facilita las modulaciones fantasma ticas propias a la sexualidad infantil, preparan el terreno de los desplazamientos operados gracias a las interpretaciones e instauran el proceso psicoanalítico.

Ahora bien, para que la neurosis de transferencia pueda surgir, es necesario que el psicoanalista tenga una suficiente capacidad de ensoñación, lo que en un primer tiempo significaría que el niño que habita en él pueda mantener un lugar psíquico para expresarse (¿podríamos llamarlo autoanálisis?). Como dije anteriormente estas expresiones son aparentemente sencillas, pero para su realización parece necesario que el psicoanalista pueda dejar emerger su neurosis de contratransferencia y elaborarla. Esta capacidad de permitir al psiquismo que se exprese sin trabas pero con un rigor adecuado a la situación psicoanalítica, exige muchos procesos psíquicos. En este trabajo me referiré solamente a la escucha de las dramatizaciones histéricas que se producen bajo el efecto de la neurosis de transferencia. Aceptarlas y escucharlas implica no juzgarlas como factores de locura, psicóticos u otras denominaciones,

porque se asientan en el modelo del amor de transferencia.

Podríamos concluir que sin neurosis de contratransferencia no puede generarse una neurosis de transferencia y que la neurosis psicoanalítica se asienta en un proceso cuya finalidad es la de su resolución.

b) La escucha psicoanalítica

En la primera parte del libro citado, el artículo con el mismo título que el libro intenta reproducir el desarrollo psíquico del bebé en sus primeros periodos. Constatamos que el autor habla siempre de «movimientos psíquicos nuevos», de nuevos procesos defensivos que se desencadenan en cada descubrimiento que el bebé hace.

Dos ejes esenciales recorren sus descripciones: lo que se observa y lo que teóricamente construimos. La escucha psicoanalítica se basa en lo observable, en este caso es lo que se escucha y en el impacto de lo teorizable bajo forma de comprensión del llamado contenido latente. Tanto lo observable (lo escuchado) como lo teorizable, dependen del funcionamiento mental del psicoanalista, siguiendo el refrán popular que dice que se escucha lo que se desea. ¿Podríamos añadir que se teoriza lo que nos tranquiliza?

Desde esta perspectiva, tanto la cantidad de funcionamientos mentales como la de teorías, daría un sinnúmero de variables y podríamos formular una pregunta inquietante. ¿Puede el psicoanálisis soportar tantos parámetros?

Las sesiones de psicoanálisis se caracterizan por su gran variedad: historias diferentes, maneras de vivirlas novedosas, procesos psíquicos diferentes, relatos irreproducibles, tramas psíquicas en constante cambio, repeticiones que, a pesar de la compulsión, nunca son iguales. Sin embargo, el hilo que articula tantas diferencias, un hilo que va de lo corporal a lo psíquico, está constituido por el pensamiento, un pensamiento con una lógica que se organiza en complejos entramados a partir de ciertos presupuestos de base que dan sentido a un conjunto. Para explicitarlos, para intentar aproximarse a lo que de lo vivenciado se interpreta, existen múltiples vertientes. Por ejemplo: S. Lebovici se refirió a tres neurosis diferentes para ilustrar y al mismo tiempo diferenciar la neurosis del niño, la neurosis infantil y la neurosis de transferencia. La neurosis del niño representa los constantes conflictos y cambios psíquicos de una experiencia vivenciada. La neurosis infantil se refiere a las teorías sobre la sexualidad infantil, la sexualidad de todos nosotros, la que es generalizable. Y la neurosis de transferencia significa una nueva neurosis hecha del entramado relacional, la manera de pensar y de hablar del analista y las proyecciones que sobre él hace el paciente; pero también los escenarios dramáticos tejidos con palabras de la sexualidad infantil reprimida.

La hipótesis que desearía desarrollar es que, gracias a la eterna capacidad de ensoñación, el niño en el adulto se reproduce en la sesión psicoanalítica como una

neurosis de transferencia-contratransferencia, es decir, una neurosis psicoanalítica.

c) Cuerpo y psique

Nos confrontamos a dos conceptos que como dos monstruos recorren toda la teoría psicoanalítica. Hablar del cuerpo real es ya una abstracción porque cuerpo designa todo un universo de órganos, vísceras, componentes anatómicos, celulares, fisiológicos, químicos, microbiológicos, etc., cargados de movimientos y transformaciones que, a pesar de tantas investigaciones, representan retos para sucesivos descubrimientos. Más aún, porque el cuerpo real y el cuerpo pensado son dos entidades distintas, tal y como S. Alj nos lo describió: cuerpo real, cuerpo imaginado, cuerpo fantaseado, cuerpo interactivo, cuerpo comunicable o metaforizable y sus posibles deslizamientos hacia otras acepciones, como cuerpo teórico, cuerpo del delito, etc.

Este autor, como tantos otros psicosomatólogos teorizan las relaciones entre el cuerpo y la mente para comprender las enfermedades psicosomáticas. No desearía avanzar en esta dirección, pero querría rescatar aquí lo que R. Diatkine dice: «El retorno alucinatorio de la experiencia de satisfacción tal y como Freud lo ha construido en La interpretación de los sueños, es, a menudo, comprendido en referencia a la satisfacción de las necesidades corporales. La originalidad de la teoría psicoanalítica comporta el estrecho vínculo entre satisfacción física y satisfacción psíquica. La sexualidad infantil implica esta articulación».

Estas ideas podrían sorprender a los psicoanalistas que consideran La interpretación de los sueños solamente como uno de los ensayos que inician la meta psicología, es decir, una abstracción y una generalización de los procesos psíquicos, dos aspectos que han contribuido injustamente a pensar que Freud solo contemplaba lo intrapsíquico relegando lo relacional y la teoría del objeto a un segundo plano. Digo injustamente porque esta articulación de la que R. Diatkine habla se encuentra presente en toda la obra de Freud. El objeto, por ejemplo, está tan articulado a la pulsión que forma parte de ella y le es indisoluble en un primer momento. Pero también constatamos que la noción de pulsión es la fuerza relacional por excelencia: pulsión definida como un impulso que va hacia, hacia un objeto que va a ser construido a través de su energía. Creo que no podría encontrarse una ilustración más perfecta de los versos de Machado -se hace camino al andar. El trayecto pulsional crea, pues, al objeto, en este caso, considerado como un camino repleto de producciones psíquicas.

Ahora bien, si por objeto designamos una persona real, un cuerpo presente que contenga a la vez la excitación y el pensamiento, es cierto que la experiencia de satisfacción no puede entenderse como una simple operación mental. Freud nos tenía ya acostumbrados a pensar en la importancia del cuerpo y sus necesidades fisiológicas cuando nos describió el apuntalamiento. El hambre no es producto de lo imaginario; el hambre es una necesidad corporal. El apuntalamiento es otra articulación: los deseos pulsionales se apoyan sobre esas necesidades corporales y les

dan una forma psíquica.

El excelente estudio que J. Laplanche hace de «Los tres ensayos» nos confirma la importancia que para el psicoanálisis tiene la teoría de las pulsiones: el impulso, la finalidad, el objeto y las fuentes son analizados en toda su amplitud. En varias ocasiones el autor repite que el objeto no es objetivable ni perceptible, que en gran parte es un objeto fantasmático. No es, pues, una persona concreta como tenemos tendencia a pensar.

Trabajando minuciosamente los textos de Freud, el autor nos recuerda que la noción de apuntalamiento no significa que el sujeto se apoye sobre el objeto (el niño sobre la madre) «lo que describe Freud es un fenómeno de apoyo de la pulsión, es el hecho de que la sexualidad que nace se apoye sobre otro proceso a la vez similar y profundamente divergente: la pulsión sexual se apoya sobre una función no-sexual... sobre una función corporal esencial para la vida». Ese apuntalamiento o apoyo de la pulsión sobre la función no es una abstracción, sino un proceso por el que el objeto de satisfacción no es lo que creemos: a menudo confundimos, según dice el autor, madre con objeto, incluso pecho, cuando puede ser la leche el objeto de satisfacción. Esta interpretación de algunos pasajes de Freud se opone a nuestras tendencias a objetivizar, a transformar una noción en persona, al antropomorfismo; hechos que han dificultado la comprensión tanto de las nociones de pérdida como de ausencia.

Cuando Freud describe la separación entre la necesidad de repetir la satisfacción sexual y la necesidad nutricional, introduce la noción de autoerotismo. Según Laplanche, «el autoerotismo es un -momento- estrechamente vinculado al apuntalamiento» Definido por Freud como una ausencia de objeto, no significa que sea un tiempo primario, una ausencia primaria del objeto parcial, sino un estado a partir del que podemos reencontrar el objeto, es decir, un tiempo secundario. Pero tal vez lo que más nos interese es la noción de que un objeto parcial se pierde en el momento en que se perfila el objeto total. A partir de estas reflexiones, J. Laplanche nos dice que todo este texto significa que por una parte hay desde un principio un objeto y por otra que la sexualidad no tiene al principio un objeto real. «Si comprendemos que el objeto real, la leche, era un objeto de la función, ésta estaba como pre-ordenada en el mundo de la satisfacción. Lo que se ha perdido es ese objeto, pero el objeto vinculado a la contra corriente auto erótica, el pecho - transformado en pecho fantasma tico- es un objeto sexual». Así, a partir de la famosa frase de Freud donde dice que encontrar al objeto sexual es reencontrarlo, el autor nos señala que el objeto que se busca no es el objeto perdido sino su sustituto por desplazamiento (el objeto perdido es el objeto del autoerotismo, es el objeto del hambre y el objeto que buscamos en la sexualidad es un objeto desplazado en relación con el primer objeto). Por eso el objeto perdido no es el mismo que el que intentamos reencontrar «Aquí reside el engaño esencial de la búsqueda sexual».

Aunque en otros textos Freud da una importancia capital al mecanismo del desplazamiento, desearía en este momento subrayar la importante cuestión de la neurosis de transferencia y postular que ésta es el escenario de los desplazamientos

psíquicos asociados a la búsqueda del objeto y sus múltiples reencuentros.

En la creación de los escenarios fantasmáticos que se reproducirán en la sesión psicoanalítica, interviene también la noción de finalidad. La finalidad sexual y la finalidad de la función alimenticia se parecen, pero son diferentes. La finalidad de la alimentación es la ingestión, pero según J. Laplanche aunque los psicoanalistas transformemos esta noción hablando de incorporación, estamos hablando de dos cosas distintas: «con la incorporación, la finalidad se ha vuelto escenario de una fantasía, escenario que presta a la función su lenguaje, su registro; pero que añade a la ingestión todas sus implicaciones», se refiere a las que se reúnen en el término de canibalismo. No se trata solamente de la incorporación oral, sino de otros orificios, a nivel de la piel o de los ojos. Por eso la finalidad de la pulsión sexual «sigue una línea analógica, metafórica y no solamente una cadena asociativa por contigüidad».

Para avanzar en la comprensión de la neurosis de transferencia que se teje a través de los procesos asociativos generados por las pulsiones y su búsqueda incesante de objetos de satisfacción, señalaré que la experiencia de satisfacción no recubre la noción de placer, nociones que también tendemos a confundir, ya que esa experiencia puede constituir también un displacer por la transformación del sadismo en masoquismo.

Recordemos brevemente esa transformación según B. Rosenberg:

1. El sadismo constituye una actividad de violencia, una manifestación de potencia contra una persona tomada como objeto.
2. Ese objeto es abandonado y reemplazado por la persona propia. Al mismo tiempo que la vuelta hacia la persona se instala también se produce una transformación de la finalidad pulsional, de activa en pasiva.
3. Se busca de nuevo como objeto una persona diferente que por la transformación de la finalidad debe asumir el rol de sujeto. Esta tercera posición es la que llamamos masoquismo. M. Fain ejemplarizado estas tres posiciones diciendo: yo le hago, yo me hago, él me hace.

Por otra parte, conocemos la importancia del masoquismo en la economía psíquica: no solamente contribuye a la intrincación pulsional -de las pulsiones de vida y de muerte- sino que prepara la capacidad de espera, al desligamiento del objeto cuando las investiduras narcisistas lo han atrapado en sus redes simbióticas. En una palabra, el masoquismo es la antesala de la constitución del olvido (distanciamiento, desinversión) mecanismo tan importante en la represión exitosa. Poder olvidar después de una elaboración, es el mejor destino hacia la sublimación.

La sublimación podría encontrarse en el polo opuesto de lo corporal: las excitaciones corporales que han podido transformarse en pensamientos pueden terminar sublimándose después de largos recorridos por los procesos psíquicos. Excitación, excitante no solamente tiene referencia a lo corporal, sino también a lo

psíquico, lo sexual, lo molesto, lo que pone nervioso, nos agita, angustia, mortifica. Al contrario, lo sublimado está insertado hacia la trayectoria de lo divino, algo puro, sin mancha como la misma expresión -sublime- lo indica.

La cantidad de pinturas famosas que existen sobre la Anunciación nos ilustra esta trayectoria: toda la sexualidad y sus componentes obscenos están reducidos a un rayo creador y divino. La procreación sin mancha, sin contacto corporal favorece las fantasías de perfección tan difíciles de superar porque nadie desea proceder de la esencia de una sexualidad infantil transformada en sexualidad adulta que contiene e incluye la primera con todas sus connotaciones degradantes de la sexualidad infantil.

«La sexualidad del adulto es de carácter infantil y el niño es un perverso polimorfo» dice M. Gribinski.

Los «Tres ensayos» constituyen la contribución mas memorable y la mas original al conocimiento humano», decía J. Strachey.

d) El juego

La experiencia de satisfacción es el producto de varias operaciones psíquicas y corporales. Tomando como ejemplo la ingestión de leche, R. Diatkine describe la desaparición de una tensión ligada al hambre y a la sed. El paso del displacer, provocado por la tensión, al placer de sentirse saciado, tiene que pasar por la excitación de las zonas erógenas. La excitabilidad de esas zonas no es independiente de las necesidades físicas, pero no sigue el mismo ritmo que la experiencia anterior ya que, a pesar de la satisfacción, el niño puede autoexcitarse eróticamente en sus momentos de tranquilidad. En estas descripciones vamos a asistir a tres ritmos diferentes: el ritmo de la saciedad, el ritmo de la autoexcitación y el ritmo de la alucinación de la presencia del objeto. Estos tres ritmos, dice el autor, prepara la capacidad de juego. «Si consideramos como juego toda actividad que no tenga una función directa para asegurar la supervivencia y que no arrastre discretas variaciones del placer-displacer, podemos admitir que el juego aparece muy tempranamente».

Esta concepción del juego me parece constituir lo que más tarde llamaremos procesos asociativos o juego psíquico y por extensión, capacidad de libre asociación y capacidad elaborativa. Así, el juego que puede surgir en la sesión de psicoanálisis entre dos personas, implica que tomemos en cuenta la presencia corporal y las producciones psíquicas.

En cuanto a la presencia corporal, poco se habla en los escritos psicoanalíticos, si no es bajo forma de excitabilidad o de resexualización. Creo que todos estaríamos de acuerdo en que no se piensa de la misma manera cuando se está solo que cuando se está en presencia de otra persona. La presencia altera, trastorna, inquieta, obliga al psiquismo a desencadenar una serie de defensas específicas. Lo que se piensa y lo que se dice está sometido a las presencias corporales que provocan fantasías ligadas a las etapas libidinales. Desgraciadamente el uso y abuso que se ha hecho de esas

etapas las han desvirtuado porque, como toda teoría simplificadora, parece de fácil manejo y las interpretaciones hechas por psicoanalistas que surgen de la descodificación de un relato en forma de oralidad, analidad, fálica, genital o edípica, parecen dar al psicoanálisis una dimensión de una gran accesibilidad.

Si el paciente habla de algo sucio, la interpretación anal parece una solución redentora y como en las Anunciaciones, pretendería dar brillo y limpieza a las intenciones puras de un psicoanálisis concebido como una traducción -hermenéutica.

En la actualidad podemos comprender las etapas libidinales de otra manera. La oralidad, analidad, etc., pueden pensarse como constelaciones psíquicas, denominadores comunes de una serie de fantasías que se entrelazan a partir de sistemas de pensamientos donde una palabra puede servir de vínculo y a la vez de abanico amplificador. La palabra -comer- no se refiere solamente a la boca, a la lengua o el paladar, sino a todo el trayecto digestivo y sus consecuentes simbolizaciones.

En otros trabajos he descrito la amplitud que reviste el concepto tragar, o el de integrar; las referencias al uno y al dos como paso de las actividades autoeróticas a la simbiosis con la madre, a la relación donde se consideran las diferencias, el yo y el no yo, el uno mismo diferenciado del otro, el reconocimiento del tercero. Todos estos profi resos psíquicos se hacen gracias a los desplazamientos que las etapas bidinales permiten. Pero, quien dice desplazamiento, está ya en el terreno del cambio psíquico.

Para R. Diatkine, una gran parte de los movimientos psíquicos se organizan entre dos polos: la erogeneidad del cuerpo y el juego fantasmático del psiquismo. Nos aporta una reflexión interesante cuando dice que el positivismo del siglo diecinueve nos dejó la idea de un aparato psíquico comparado a un instrumento óptico que da una imagen fiel y objetiva del mundo externo y añade que la reflexión psicoanalítica tiene una concepción contradictoria y crítica de los caminos del conocimiento.

Esta idea tan suya de las contradicciones psíquicas es tal vez lo que más le caracteriza y lo que desde mi punto de vista se acerca más a la realidad psíquica.

La evolución del psiquismo no es un paso de un estadio a otro, o de un acontecimiento a la transferencia, o de un recuerdo a un relato, ni siquiera de una fase arcaica a otra mas madura. La evolución se hace a contragolpes, regresiones y progresiones sucesivas, pequeños cambios que inducen otras transformaciones surgidas de los contrastes y de las contradicciones psíquicas. Lo importante, no es tanto el movimiento evolutivo, sino «la potencialidad evolutiva de un conjunto que toma en cuenta formas nuevas que se desprenden de esas contradicciones y las reorganiza sin hacerlas desaparecer».

Como lo sugería D. W. Winnicott existen varias clases de juego, los juegos organizados y los desorganizados. Según las descripciones de R. Diatkine podemos constatar que estos dos juegos pueden coexistir en los procesos psíquicos y que en

momentos tan excepcionales como la sesión de psicoanálisis donde toda la actividad mental está en alerta, los juegos se desencadenan, avanzando o retrocediendo según la intensidad de los deseos. Y su expresión manifiesta aparece en relatos donde las cadenas asociativas transportan, como el concepto de metáfora lo indica, los verdaderos contenidos latentes. Las cadenas asociativas son también verdaderos juegos de la mente y no podemos deducir que por ello sean solamente representantes de las regresiones defensivas ante la renuncia edípica y la imposibilidad física de acceder a la sexualidad genital. Por otra parte, si esas cadenas conscientes del contenido manifiesto que llamamos relato no son ni siquiera una expresión manifiesta del verdadero juego psíquico todavía aferrado al principio del placer, se plantea aquí toda la cuestión del contenido manifiesto. R. Diatkine, en otro artículo dice: «Freud durante toda su vida fue un apasionado de historicidad poniendo de relieve su precariedad. El primer texto sobre los recuerdos pantalla es de 1899 y utilizó esta noción en La interpretación de los sueños a propósito del sueño de «la monografía botánica». En el momento en que elabora la teoría de la sexualidad infantil - reconstitución de la prehistoria, no solamente de las pulsiones, sino también del niño, Freud está convencido que la historia no se ha desarrollado como el sujeto recuerda, ni tampoco como los testigos la cuentan». Entonces, ¿qué son los relatos?

e) La capacidad de ensoñación

Para R. Diatkine, «la capacidad de ensoñación es una nueva forma de retorno alucinatorio de la experiencia de satisfacción comprendida como un encadenamiento dramático de las representaciones que pueden ser variaciones tanto del objeto ideal fantaseado, desde que se organizan las investiduras de objeto, como variaciones del ideal del yo y del objeto ideal que no adquieren un sentido si no es por oposición al sistema objetual conflictivo que organiza los movimientos Preconscientes bajo la presión de la libido y de la pulsión de muerte».

Este párrafo parece condensar una serie de procesos psíquicos que se establecen entre el Preconsciente y la conciencia. La conciencia, como todos sabemos fue objeto de uno de los estudios metapsicológicos que Freud no llegó a publicar, pero sus seguidores han intentado abordarla desde múltiples perspectivas. Lo que aquí me interesa rescatar, son dos nociones: una, es que no podemos equiparar contenido manifiesto con conciencia, es decir, por el mero hecho de relatar algo a otra persona, esto no significa que se adquiera conciencia de todo lo que se dice.

Tomar conciencia de un conflicto psíquico es la resultante de un largo proceso de elaboración en el que intervienen tanto la capacidad de ensoñación como la libre asociación. Desde mi punto de vista existe una diferencia entre estos dos procesos: La posibilidad de que la experiencia de satisfacción retorne bajo forma alucinatoria, implica que el psiquismo no está aprisionado por mecanismos inhibitorios, resistenciales o defensivos en general. Cuando estos mecanismos se imponen como predeterminantes en el funcionamiento psíquico, la compulsión de repetición impide la libre asociación, que siempre aparece gracias a los desplazamientos psíquicos. La compulsión de repetición colapsa los desplazamientos impidiendo que las cadenas

asociativas captan tanto la polisemia del lenguaje como la variabilidad simbólica. Por eso, podemos deducir que la libre asociación es la que prepara la capacidad de ensoñación.

Otra noción merece ser rescatada: la expresión desencadenamientos dramáticos de las representaciones indica una lucha intrapsíquica. Oposiciones, contradicciones, fuerzas que se contraponen, aumento y disminución de la intensidad representativa, son aspectos que muchos autores han estudiado como particularidades dinámicas y económicas de las producciones psíquicas. Varios autores entre los que destacaré B. Rosenberg, C. David y D. Widlócher, han esbozado el problema del aumento y la disminución de la intensidad representacional para comprender el problema de los cambios psíquicos. Por ejemplo, B. Rosenberg describe cómo el sujeto puede distanciarse de las investiduras narcisistas del objeto que le atenaza. Esa *détachabilité*, desprendimiento, distanciamiento, puede hacerse a través de una crisis cuyo modelo teórico es la melancolía. C. David describe que en los estados amorosos, un aumento de la intensidad del amor transforma los sentimientos agradables y placenteros en desagradables o dolorosos. La intensidad del amor hace que las investiduras de objeto sean cada vez más narcisistas, impidiendo el sentido de las diferencias porque éstas provocan celos o envidias insoportables.

Sin embargo, estos procesos: crisis melancólicas o confusionales que pueden ser destructoras, en cierta medida permiten las transformaciones necesarias para distanciarse, aceptar al tercero y reinvertir nuevos objetos. Creo que en este sentido, los desencadenamientos dramáticos de las cadenas asociativas, como las dramatizaciones propias a la histeria, son las que facilitan el «desprendimiento» de los vínculos patológicos sobre los que obra la compulsión de repetición.

De todo esto, podríamos deducir que en la sesión de psicoanálisis, las dramatizaciones actuadas por la palabra, tienen una finalidad y que los escenarios histéricos producidos por las emergencias pulsionales, ponen en movimiento las raíces de las neurosis.

En estos escenarios donde las fantasías inconscientes encuentran una vía de expresión, se desarrollan varios elementos: transferencia, neurosis infantil que fuerza al psiquismo a exhibirse y neurosis del niño que provoca una confusión entre las figuras parentales y el analista, tal y como S. Lebovici lo describió.

La neurosis de transferencia puede ser el escenario apropiado para la realización de deseos inconscientes desconocidos y por su triple composición, condensa toda la sexualidad infantil.

Por estas razones, la expresión 'el niño en el adulto' me parece ilustrar la neurosis de transferencia-contratransferencia. Y si tomamos la equiparación que R. Diatkine hace entre el niño en el adulto y la eterna capacidad de ensoñación, deduciríamos que la neurosis que he llamado psicoanalítica, contiene la capacidad de ensoñación.

f) La novela familiar

Cuando un paciente en psicoanálisis va organizando un relato con la lógica de la conciencia, no sabe que «las razones de lo irracional» pueblan esos relatos. Lo que el paciente dice, como el relato de un sueño, no pretende traducir lo que se vivenció en la infancia, ni tampoco despertar recuerdos ocultos, ni siquiera informar al analista del funcionamiento de su inconsciente. El relato teje con palabras la dramatización necesaria para crear un escenario donde los deseos inconscientes puedan realizarse. Dicho así parece fácilmente comprensible. Sin embargo, éste es uno de los aspectos más polémicos en psicoanálisis, ya que lo que el paciente cuenta parecería corresponder con lo que piensa.

A pesar que C. David nos haya prevenido de los hiatos irreductibles que existen entre lo que se dice y lo que se piensa, seguimos escuchando las palabras como transportadoras de los afectos psíquicos cuando, en realidad, esas palabras transportan la neurosis de transferencia.

Si un paciente dice que está deprimido, que se siente envidioso, triste o angustiado, en la mayoría de los casos, el psicoanalista deducirá que se siente así en ese momento, sin tener en cuenta que la neurosis de transferencia puede crear «falsas conexiones». La metáfora del teatro utilizada por D. Braunschweig y M. Fain nos ayuda a comprender ese doble juego del psiquismo: el 'me siento deprimido' puede revelar a la vez un deseo de ser cuidado y protegido por el analista; un reproche infantil para culpar a los padres por las frustraciones recibidas; un sentimiento que oculta su contrario (me siento contento, pero no lo voy a desvelar); o una vuelta hacia uno mismo de un sadismo inconsciente.

En otros escritos he hecho la diferencia entre drama y dramatización: drama representa lo irremediable porque su modelo es la muerte de una persona amada que nunca volverá a verse. Dramatización es jugar como si, tal y como los niños juegan en el psicodrama a estar muertos. Escuchar el -estoy deprimido- como una realidad, sobre todo si se acompaña de otros síntomas histéricos como los lloros, los gestos dramáticos u otras expresiones, es eludir la dramatización propia de la neurosis de transferencia. El paciente absorto en su juego, puede querer convencerse de su tristeza, pero en el fondo sabe que está jugando. Este doble registro: drama y dramatización, se asienta en la novela familiar.

La novela familiar se contrapone al complejo de Edipo. Como todos sabemos, el complejo de Edipo se inscribe en un drama, pero la vivencia psíquica, es una dramatización. El 'estoy deprimido' (porque mi padre no me quiere, por ejemplo) puede ser una expresión manifiesta de una regresión defensiva ante la renuncia edípica (desearía que mi padre no me quisiera para poder amar a otros hombres), pero también puede indicar el deseo de ser otro, de perder a los padres reales y sentirse hijo/a de otros padres: el novela familiar.

Según M. Robert la novela familiar tiene una función decisiva en la organización

psíquica de los grandes creadores. R. Diatkine dice que interesarse por las historias escritas o romanceadas, revela la permanencia de la capacidad de soñar que podemos ser otros y que tenemos otra historia que la nuestra; «el novela familiar está implícita en toda ensoñación». Esta posibilidad de ser otro, abre las puertas a la posibilidad de realizar los deseos edípicos y como toda ensoñación, lleva la promesa del cumplimiento de una ilusión. Por eso, en la sesión de psicoanálisis, poder recuperar esa capacidad es de una importancia capital porque el juego entre ser y no ser permitirá al psiquismo jugar como si, decir que uno está deprimido sin creérselo, jugar a estar triste para emocionar al otro y reactivar las cadenas asociativas. Estas cadenas asociativas que surgen del juego psíquico pueden contener todo el abanico fantasmático de nuestros deseos. La neurosis de transferencia es neurosis porque lleva insertada el conflicto entre el ser y el no ser; el conflicto entre ser y tener; el conflicto entre la realización del deseo y la prohibición del incesto. Transferencia porque las dramatizaciones por la palabra que crea escenarios fantasmáticos, permiten el distanciamiento de la tragedia, favorecen los desplazamientos y recuperan la ilusión.

Sin neurosis de transferencia no hay psicoanálisis, decía Freud y esto lo olvidamos muy a menudo cuando intentamos teorizar el por qué el paciente está deprimido como si en realidad lo estuviera. La cuestión no es sospechar que el paciente no diga la verdad, la cuestión está en comprender las fluctuaciones entre las investiduras narcisistas y objetales incluidas en todo relato y como dice R. Diatkine, éste es el objeto del psicoanálisis.

g) La neurosis psicoanalítica

Cuando E Guignard define lo infantil «como un extraño conglomerado histórico inhistórico, probeta de las fantasías originales y de las experiencias sensorio-motoras memorizables bajo forma de huellas anémicas, lo infantil puede ser considerado como el lugar psíquico de las emergencias pulsionales primeras e irrepresentables», habla del contacto entre dos infantiles: el del paciente y el del psicoanalista. El psicoanalista tiene, como cualquier otra persona su neurosis del niño, el niño que fue, y trabaja con sus concepciones de la neurosis infantil.

Pero trabajar en la sesión psicoanalítica con el niño que habita dentro, implica poder despegarse de lo inmediato, poder desprenderse de la atracción que todo drama genera, poder alejarse de la escena primaria a la que se invita a todo el que escucha para hacerle participante de un deseo infantil, a la seducción implícita de un relato cargado de tragedias. En términos generales lo llamamos captación. Hay relatos que nos sumergen en las profundidades de una historia cargada de sexualidad infantil. Otros que por ser más pasivos y estar revestidos de silencios espesos, provocan toda la capacidad sádica del psiquismo. Hay relatos «pantalla», donde se ocultan intenciones variadas y urgentes, imperiosas que reclaman de inmediato la participación del que escucha.

Poder distanciarse de la inmediatez del relato y todos sus componentes captadores parece indispensable para pensar con un grado de desdramatización que la

ensoñación, como el modelo del sueño, nos procura. Pero, como la ensoñación se abre y se produce gracias a la libre asociación, es ésta en última instancia la que puede transformar el drama en dramatización, el contenido latente en comprensión psicoanalítica.

Sabemos que las primeras interpretaciones del analista organizan la neurosis de transferencia. No hay neurosis de transferencia sin interpretaciones que la desencadenen. Podríamos preguntarnos ¿por qué?

El mensaje implícito de esas primeras interpretaciones es pluridimensional. No se trata solamente de comprender los conflictos psíquicos, si no de volver a vivenciar en el aquí y ahora de la situación analítica el drama psíquico que se transforma en dramatización por los escenarios creados por la palabra, vivenciados como si fueran verdaderos y pensados como un juego. La recuperación de la ilusión de ser otro, de tener otros padres y la construcción de la capacidad de ensoñación se asocian en esa pluridimensionalidad creada por las primeras interpretaciones.

Pluridimensionalidad porque esa recuperación se hace también a partir de las identificaciones que se van produciendo en el curso del proceso de la ensoñación gracias a la capacidad del analista para contactar con el infantil del otro porque mantiene vivo su propio infantil.

Cada psicoanalista con su propia sexualidad infantil, su neurosis del niño que fue y sus conocimientos sobre la neurosis infantil, creará una neurosis de transferencia nueva e irrepetible con un paciente dado, según su manera particular de escuchar y entender los relatos, su participación o su abstención a participar en el drama y su capacidad de distanciamiento. En una palabra: su eterna ensoñación.

¿«Cuál es el niño de los «Tres ensayos». El niño que teoriza, el aventurero del pensamiento, el Maestro del enigma»? Atención, después de haber tomado la medida de su pretendida pureza, no hay que darle un estatuto de soberano, o no hacer de él un héroe desgraciado de la tragedia teórica. Solamente es rey y héroe en los cuentos que lo sobreestiman y a veces en el corazón mal enlutado del hombre»

11. EL TRAUMA INVISIBLE

Aunque hoy día la palabra trauma esté en boca de todo el mundo para designar muchos de los horrores que vivimos, ya sean guerras, agresiones, catástrofes, muertes, desgarros y sufrimientos, des consuelos por las pérdidas y todo un contexto de abominaciones, el estudio del trauma podría parecer un tanto irracional porque se nos argumentaría que habiendo vivenciado directa o indirectamente todas esas emociones que acompañan esas designaciones, las palabras huelgan, porque ¿Qué hay más allá de tanta consternación? ¿Es que hay palabras que puedan traer consuelo a tanto desconsuelo? Sobre todo que lo vivenciado, lo que se ha visto, parecería permanecer en nuestros espíritus para mantener vigentes las huellas de esos desgarros.

,Y quién podría argumentar que todas estas descripciones no fueran traumáticas cuando la evidencia se impone?

¿Es que el trauma que ha entrado por la vista, es diferente al trauma que no se ve?

Sin embargo, como decía Platón, sólo podemos ver lo que es invisible o dicho en palabras de Confucio, la verdadera imagen es la que obtenemos mirándonos adentro, encontrándose con las ya famosas frases del Principito: Sólo se ve bien con el corazón, lo esencial no se puede ver con los ojos. Luego, es invisible.

¿Y qué es lo esencial? Es cierto que los sentimientos no se ven, ni se palpan y sin embargo existen.

Si existen traumas para los ojos y los oídos, debemos pensar que también existen traumas para los sentimientos, los afectos, y por extensión, para el pensamiento.

,El trauma psíquico sería pues invisible?

¡Cuántas cuestiones delicadas se enmarañan cuando empezamos a pensar, no solamente lo que es el trauma, sino las raíces propias de lo traumático, los impactos que llegan al psiquismo bajo forma desgarradora o hiriente, los efectos que dejan y como se pueden disolver y olvidar!

Sin embargo, cuando queremos pensar en como cada uno de nosotros concebimos el trauma, lo traumático, el traumatismo, tres secuencias de un mismo proceso, nos vemos obligados a diferenciarlos de otros afines: violencia, efracción, dramatismo, excitación, tragedia, fantasías, pero sobre todo, como lo recuerdan E. Trivouss Widlócher y D. Widlócher, conflicto psíquico. Para ellos, hoy en día se tiende a hablar de trauma para designar el conflicto psíquico.

También podemos contrastar la significación que le da el psicoanálisis y la concepción corriente popular, diferencia que a menudo suelen desdibujarse porque algunas palabras ejercen una fascinación tan grande que nos hacen olvidar que ser psicoanalistas es pensar en el Inconsciente.

Pero, como sabemos, tampoco todos los psicoanalistas aceptan que el Inconsciente sea el eje o el pilar sobre el que se asienta su práctica, lo que nos complica enormemente la tarea. Porque tampoco sería igual un trauma vivenciado que un trauma relatado y no tendría tampoco la misma significación un trauma puesto en escena por unos actores en un teatro, que el trauma resentido por un espectador.

Por eso, a la hora de estudiar lo traumático necesitamos situarnos, pensar en lo situacional, para no confundir relato con vivencia, espectáculo con realidad, descripción con acontecimiento.

Por ejemplo, si leemos el relato que el escritor A. Baricco hace de un naufragio no podemos dejar de estremecernos ante tantos traumas: una balsa llena de soldados

heridos que se matan los unos a los otros para poder comer de las escasas reservas que disponen, que sospechan los unos de los otros, terminan en su periplo por no saber quien son, por volverse locos y delirar.

Para mí, esta lectura ha resultado muy traumática y me decía un amigo que era porque representa el mundo en que vivimos, aunque las descripciones sean una lupa de aumento, los intereses, las maldades, las envidias, las rivalidades, el odio y el desamor, pueblan nuestra existencia.

Si te paras a pensar, el mundo en que vivimos es traumático.

Así, dije yo ¿todo sería traumático?

¡No!, me dijo, habría que añadirle la excitación que provoca en nosotros. Me sorprendí porque él no era psicoanalista.

¿Excitación? Recordé en ese momento otro relato, esta vez de un accidente de coche. La cantidad de detalles, el puntualizar el dolor y el sufrimiento de las víctimas, la descripción minuciosa de las consecuencias, me produjo igualmente ese sobrecogimiento que nos embarga cuando la muerte parece pura excitación y sentimiento depresivo del contemplar pasivamente como el otro puede quedar enganchado en ella.

Y es que alrededor de lo traumático, la fascinación y la excitación parecen reemplazar el interés científico. De hecho, en muchos de nuestros Congresos, cuando en algunos talleres se anuncian temas «traumáticos», es donde hay más audiencia. Creo que muy a menudo se produce una especie de identificación que nos reduce a pensar que nuestros problemas, sufrimientos o neurosis provienen de traumas de la infancia y así, viéndonos víctimas de los acontecimientos, no tenemos que pensar en nuestra participación psíquica.

¿Podemos los psicoanalistas desprendernos de esas fuerzas de atracción para comprender mejor el trauma psíquico?

Si como dice el diccionario de Laplanche y Pontalis, traumático es todo lo que no ha podido integrarse en nuestro psiquismo, tenemos la tarea muy difícil y la cuestión sobre el trauma se transforma en un complejo nudo imposible de deshacer, a no ser que existiera un Alejandro Magno.

Sin embargo, considerando lo traumático como un tesoro que puede desvelarnos multitud de procesos psíquicos interesantes, podemos abordarlo como hacia Álex, un niño de 6 años y medio que me cuenta, a la vez que pone en escena, las aventuras de Harrison Ford en la película En busca del arca perdida.

a) De la experiencia a la teoría

Mientras me cuenta la historia, Álex hace gestos y se mueve como si fuera el

propio Harrison Ford: Éste, dice, se encuentra en una situación terrible: por un lado, sus perseguidores le cortan el camino y por otro, unos bandidos le amenazan. Uno de ellos saca una espada y antes de matarlo, dibuja en el aire una pirueta (que Álex imita) para demostrarle que es el mejor con la espada. Alex para el relato, introduciendo un instante de tensión, como para decirme ¿Qué va ha pasar? Pues nada, dice, Harrison saca una pistola y le mata.

Álex continúa su historia con altibajos dramáticos, Harrison está siempre al borde de la muerte, pero como es tan fuerte, sale siempre victorioso, sobre todo porque tiene que encontrar el Arca perdida, un tesoro que permite vivir eternamente.

Mientras habla representa algunas escenas trágicas e incluso cae al suelo haciéndose el muerto.

Yo soy la espectadora, a veces parece que me olvida, pero otras me dice: ¿A que no habías pensado en esto?, o interrogándome con una mirada maliciosa.

La escucha psicoanalítica, como decía Milagros Cid en nuestro Simposium, es un arte de contrapunto donde se escucha el contenido latente según las entonaciones propias del paciente y la significación polisémica de sus palabras. Así, yo escucho el relato-representación de Alex pensando en su creciente excitación que disminuye sobre todo cuando juega los temas de la vida y de la muerte.

Como no intervengo, en un momento, él para de actuar y me dice en asociación libre: «en el colegio me muevo mucho, ¿crees que son los nervios?»

Yo le digo: Bueno, si te paras, a lo mejor crees que estás muerto, como las escenas que has interpretado.

Ahora, responde, voy a jugar al doctor: tú estarás muy enferma y yo te curaré.

En lugar de hacer un juego psicodramático como me sugiere, le digo: Ayer me contabas que tu madre se iba a París justo cuando estabas enfadado con ella, por eso querías curarme antes de enfadarte conmigo.

Le hago esta interpretación porque el día anterior, asociando con el viaje de su madre, me había contado un episodio que podríamos llamar traumático: habían hospitalizado a un niño de su colegio porque otro le había tirado una piedra y él había asistido a la escena.

Me lo contó muy excitado, cori todos los detalles e incluso poniéndose en lugar del herido haciendo gestos. En ese momento me pregunté si no se sentiría culpable por haber deseado que la escena se produjera.

Al final de la sesión, no quería irse.

Pero el problema de Álex no es el de vivir la vida como si fuera una tragedia, tal y

como lo relatan los padres. Dicen también que está muy angustiado, no quiere ir al colegio cuando siempre dice tener muchos amiguitos y querer a sus profesores. Tiene unos dolores de vientre horribles desde hace algunos meses. Le han hecho toda clase de exámenes médicos, pero sin resultado y sin embargo parece sufrir mucho. Además, cuando los padres se van, Alex exige que le llamen regularmente por teléfono.

Las cuestiones que plantean esas sesiones y los juegos psicodramáticos que Alex utiliza me parecen similares a las cuestiones que me planteo sobre el trauma.

¿Podría hacerse una metapsicología del trauma?, ya que como dijo recientemente Rafael Cruz Roche, en psicoanálisis es esencial trabajar con la metapsicología. En este breve artículo me sería imposible, pero podría plantear ya algunas cuestiones que me parecen importantes. Y se refieren a la tan sobre valorada realidad.

Por ejemplo, cuando Alex me cuenta la escena de la herida de su compañero de clase, yo no dudo ni un momento que él lo vivenció así, pero esa realidad no me interesa tanto como las fantasías que Alex puede construir con esa vivencia y como se integra en su psiquismo, es decir, cómo se va a enmarañar en todo su contexto defensivo. Pero sobre todo, cómo va a surgir en su proceso asociativo para que sea objeto de una interpretación mutativa.

En el relato, lo que me interesa es lo que precede y la constelación fantasmática que lo acompaña, así como las proyecciones y las identificaciones que relegan la realidad a la categoría de lo representativo.

Por eso, las cuestiones espinosas sobre las excitaciones externas o internas, sobre la creación del objeto de la pulsión y sobre la percepción, me parecen esenciales y es ahí donde tal vez no nos entendamos cuando debatimos.

Por ejemplo, S. Lebovici nos decía a menudo que el objeto de la pulsión es una creación por proyección y no una percepción.

En este sentido J. Laplanche también nos recordaba que cuando el paciente habla de sus objetos investidos, padre o madre, no siempre se refiere a sus progenitores, ya que una madre puede ser lo que nos protege, nos da calor, sensación de amor, el ideal que de ella tenemos, etc.; y padre, lo que nos dirige, nos enseña, nos da el sentimiento de identidad, etc. Por eso las palabras, la realidad de las palabras, las imágenes que nos transmiten, pueden también constituir tesoros ocultos para incitarnos a descubrir esa Arca perdida que todos llevamos dentro.

Estas referencias parecen contraponerse a las posiciones de Ferenczi sobre el trauma, porque si este fuera el producto de la seducción real que los adultos ejercen sobre los niños, cerraríamos rápidamente la cuestión y como en los momentos en los que Freud buscaba esas seducciones, sólo nos restaría comunicárselo al paciente para que desaparecieran sus síntomas.

Revisando buena parte de las reflexiones que Freud hizo sobre el trauma, nos damos cuenta que las posiciones sencillas pueden conducirnos a unos dogmatismos inútiles en la práctica psicoanalítica, que como repito, es la de comprender cómo y cuándo podemos interpretar y el punto de vista heurístico de esta actividad.

Por eso, reuniendo algunos temas esbozados anteriormente (excitación, violencia, acontecimiento, realidad) podemos preguntarnos ¿el traumatismo es un acontecimiento violento que se impone a nuestro psiquismo o bien una representación de cualquier acontecimiento que ejerce un impacto sexual sobre nuestra organización fantasmática?

Y ante esa pregunta podemos pensar en una gama de heridas psíquicas que irían de la tragedia, lo más impactante, a los pequeños traumas, heridas por fuertes frustraciones que también dejan huellas en los procesos psíquicos.

b) En busca del tesoro

Para mí la cuestión del trauma está ligada a la escucha psicoanalítica, a la fascinación que puede ejercer sobre el psicoanalista los relatos traumáticos, a la participación psíquica de nuestra escucha y al empeñamiento para encontrar el acontecimiento traumático así como la jubilación que podemos tener por haberlo creído encontrar.

Para centrarme en estas cuestiones, me planteo dos preguntas: sobre la relación que pueda existir entre trauma, tragedia y sufrimiento, tal y como me lo sugieren las sesiones con Alex; y las interferencias del relato sobre nuestra sexualidad infantil.

Y para poderlas profundizar mejor, haré un breve recorrido sobre la trayectoria freudiana a propósito del trauma.

Que el traumatismo desde la perspectiva económica sea la resultante de una ruptura o un desbordamiento de la paraexcitación no parece satisfacernos suficientemente, ni tampoco al propio Freud que parece haber buscado durante toda su vida su elaboración, lo que le llevó al descubrimiento del après-coup, la compulsión de repetición, la transferencia, el principio del placer-principio de realidad y la lista sería exhaustiva.

Así que intentaré un recordatorio cronológico sobre la cuestión.

Al principio (1890) como todos sabemos empezó pensando que el niño había sido víctima de una seducción por parte de un adulto. Es la teoría de la causa externa, tal y como Ferenczi la preconiza.

Pero rápidamente se da cuenta (1895) que es el aparato psíquico el que no puede liquidar la excitación provocada.

La diferencia es radical, de una causa externa se llega a una causalidad interna. A

un aparato psíquico que no puede, luego que es frágil.

"Pero ¿y el porqué de esa fragilidad? Freud parece respondernos: entre 1895 y 1897 descubre que el trauma es de naturaleza sexual y que la represión es una defensa específica del trauma. El retorno de lo reprimido instauro un segundo tiempo en una situación de pasividad del niño: Es el caso Emma. La represión borra el recuerdo y lo que aparece es una escena anodina. Esta escena que aparece en la pubertad reactiva, por asociación, las huellas mnémicas del recuerdo que la represión había borrado. Ese recuerdo desencadena una serie de excitaciones que desbordan las defensas del Yo. Añadiríamos, fragilizándolo.

Estamos ya muy lejos de la causalidad externa.

En 1897, como es sabido, abandona su neurótica y desarrolla la noción de fantasía. Esto es un verdadero tesoro puesto que las fantasías representan la realidad psíquica y sobre todo la sexualidad infantil.

En 1915, en «Cinco lecciones» dirá que la causa de las fijaciones no provienen de experiencias hechas por el niño, pero de un acontecimiento que surge en un segundo tiempo y que ha sido vivenciado como una frustración.

En 1918 cuando estudia las neurosis de guerra, descubre el conflicto de naturaleza narcisista. En esa época y sobre todo con «El hombre de los lobos» Freud nos precisa que lo traumático es la representación del acontecimiento y no el acontecimiento en sí, ya que esa representación es vivida como un cuerpo extraño situado en nuestro interior y fuente de excitaciones.

En 1920 en «Más allá del principio del placer», se precisan las neurosis traumáticas: el psiquismo está desbordado (aspecto cuantitativo) porque no ha podido organizar una angustia específica. El trauma es entonces ruptura de la paraexcitación.

Voy a pararme un momento en esta evocación cronológica para contemplar las relaciones que existen entre trauma, compulsión de repetición, en una trayectoria que iría de lo trágico al sufrimiento.

Según J. Schaeffer, Freud plantea la cuestión en relación con una satisfacción que ha fallado o que no ha podido realizarse. Una espera vana y una decepción. La cito «para describir ese tipo de insatisfacción, Freud formula tres hipótesis: a) nos vengamos del otro por lo que se ha padecido; b) nos esforzamos por unir y dominar retroactivamente las excitaciones que han desbordado al Yo, gracias a una preparación por desarrollo de la angustia; c) intentamos anular la experiencia traumática (lo que no llegó de manera que correspondiera con el deseo), o de completar una experiencia pasiva por un comportamiento activo». La autora concluye que «se trata de repetir el desbordamiento excitante por la reactivación de una experiencia asociada a la pasividad, a nuestra falta de preparación cara a una agresión o a una espera decepcionante, para anularla o completarla»

Lo trágico sería esa espera de lo que nunca llega, una insatisfacción que puede parecer interminable y que por una operación psíquica donde se mezclan la compulsión de repetición de la excitación y la angustia, la pasividad se transforma en sufrimiento psíquico.

Pero continuemos con Freud.

En 1926 en «Inhibición, síntoma y angustia» Freud hace la distinción entre angustia automática y angustia señal de alarma: para evitar el desbordamiento creado por la angustia automática, el Yo organiza la angustia señal que puede intervenir como desplazamiento activo del trauma sobre una situación de peligro contra la que el sujeto puede defenderse. Esta situación puede evolucionar hasta la angustia de castración que focaliza la angustia y organiza la represión.

Para Freud, el modelo de situación traumática es el sentimiento de desvalimiento, la angustia de pérdida y la separación. Tres conceptos que debemos matizar porque muy a menudo se transforman en realidades, cuando se trata más bien de sensaciones: no es igual creer que hemos sido abandonados que haberlo sido realmente.

También podemos sentirnos separados de alguien en su presencia, tal y como decía el poeta: Pero es más terrible todavía, la soledad de dos en compañía.

Freud va ha matizarlo proponiendo la idea que todas las experiencias de pérdida o de separación no pueden encontrar su eficacia inconsciente si no han podido resignificarse a posterioridad, après-coup, como formas primitivas de castración.

Así, nos dirá, la pérdida del pene puede ser vivenciada como un equivalente de una nueva separación con la madre. Por eso, la angustia de castración contiene, reúne y organiza todas las angustias de separación que la preceden.

Terminaré por la referencia de 1939, aun sabiendo que en este breve recorrido quedan muchísimas otras reflexiones freudianas que merecería comentar.

Hasta «El Compendio», el trauma aparece como una herida psíquica, un desbordamiento, angustia, pérdida, separación, que podríamos considerar como aspectos negativos, procesos que fragilizan al Yo.

Pero en El Compendio aparece lo que yo llamaría aspecto positivo del trauma. Freud lo llama, la eficacia del trauma: las ideas de seducción contadas por los pacientes pueden ser construcciones o hipótesis, en un intento de construir teorías sexuales infantiles para organizar un exceso de excitación acumulada, que puede constituir un traumatismo pantalla y ser así terapéutico.

Es comprensible, porque los efectos de la amenaza de castración sobre la sexualidad provocan una angustia que permite acceder a la latencia. Se trata de un trauma que tiene una función organizadora.

En resumen. Los puntos que me parecen sobresalientes de todas estas ideas son: el acontecimiento traumático no es tan importante como su representación. Sobre todo porque puede ser vivenciado como un cuerpo extraño, fuente de excitación interna. Pero también, que el desbordamiento del aparato psíquico obliga a unificar las excitaciones, ya sea bajo forma de sueños repetitivos, de relatos donde el sentimiento de pérdida de objeto reproduce situaciones de desvalimiento, angustias de pérdida y de separación.

Y sobre todo, que la angustia de separación que precede a la angustia de castración nos permite acceder a la latencia.

Esta idea de la eficacia traumática plantea muchos problemas en la práctica psicoanalítica, porque si consideramos un trauma relatado como un proceso negativo que habría que disolver, yo diría «a golpe de interpretaciones», entonces podríamos impedir el acceso a la latencia.

Por otra parte, si interpretáramos «excesivamente» los sentimientos de pérdida o separación como realidades vivenciadas por el paciente, no podríamos analizar el aspecto representativo que las envuelve, provocando un efecto que ya el mismo Freud nos sugirió, hablando de «La diferencia anatómica de los sexos», y es el de la paranoia, ya que si todo lo que nos rodea, o los objetos altamente investidos, son las causas de nuestro sufrimiento, se puede producir un sentimiento de desconfianza y de persecución.

c) El Arca perdida

Después de la sesión donde yo le digo que puede enfadarse conmigo, Álex vuelve a hablar del acontecimiento traumático de la herida del colega. Me vino con rapidez a la mente la idea que Álex podría poner en escena el tirarle una piedra a su padre (que por ende, se llama Pedro -en francés aún más significativo porque pierre y Pierre contienen las mismas letras). Pero como este pensamiento me parecía muy sobredeterminado por la teoría, no le dije nada.

Y pensando en la teoría, me vino a la mente que ésta puede esconder otra: yo misma tirando una piedra a una colega que me había atacado mucho e incluso sabiendo que lo hacía en pensamiento, en vez de sentirme culposa, me sentí contenta. Y con la misma rapidez, me doy cuenta que estoy poniendo en escena un juego sadomasoquista.

Para avanzar en la elaboración, necesito volver a plantearme que es el masoquismo:

Yo le hago, primer tiempo. El sadismo consiste en una actividad de violencia, una manifestación de fuerza hacia otra persona tomada como objeto.

Yo me hago, segundo tiempo. Este objeto es abandonado y reemplazado por la propia persona. Al tiempo que se opera la vuelta hacia la propia persona, se produce

una transformación de la finalidad pulsional activa en finalidad pasiva.

El me hace, tercer tiempo. Se busca de nuevo como objeto una persona extranjera, que por la transformación de finalidad operada, debe asumir la función de sujeto. Este tercer tiempo es lo que llamamos masoquismo.

Me pregunto entonces en relación con mi asociación: ¿debo concluir que Alex puede sentirse contento por haber visto al compañero herido?

¡No! me dije: esto es mi propia proyección. Así que debo esperar, como en un sueño, las asociaciones del paciente. Como decía M. T. Ruiz: el sueño sin asociaciones es un jardín sin flores.

Estas asociaciones no se han hecho esperar: Harrison Ford corre, una bola de fuego le persigue y cuando ya va a topar con él, encuentra un pasillo estrecho que para la bola. Me mira malicioso. Yo pensé que se esperaba que yo dijera: ¡Ufl como para relajarnos de la inminente tragedia.

Pero yo estoy imperturbable.

El parece reflexionar y yo me pregunto: en ausencia de respuesta, puede sentirse frustrado.

Pero él me dice: por las mañanas me duele el estómago, son dolores terribles, como si tuviera dentro de mí...

Yo le digo: ¿una bola de fuego?

¡Sí! ¡eso es... cuando me duele la tripa... (silencio).

Yo le digo: ¿Cómo?, ¿te duele el estómago o la tripa?

Parece sorprendido: ¡Bueno! No es lo mismo. El estómago está aquí (me lo enseña) y el vientre aquí.

Yo: Me parece que uno está más cerca de la cabeza, y el otro, más abajo.

Rápidamente dice: del (zizi), el pito... sabes, los dolores suben y bajan.

Yo: ¿Qué?, ¿bajan hasta el pito?

¡No, no!, suben tanto que a veces me duele la cabeza.

Comprendo, le digo, porque si bajarán tendrías miedo de que el pito pueda estar herido como la cabeza de tu compañero.

Él añade: entonces habría que correr como Harrison Ford.

Y yo pensé sin decírselo: cuando la bola está en nuestro interior, no sabríamos cómo correr, por eso tenemos que movernos constantemente.

Como decía T Bokanowsky, hay que hacer una distinción entre traumatismo, traumático y trauma. El trauma es el efecto del traumatismo sobre el psiquismo y el traumatismo es el representante del acontecimiento. Quiero subrayar que el autor dice: representación y no acontecimiento.

Para Alex, «los traumatismos» parecen todavía ocultos (perdidos?) y la escena de la herida del compañero, para mí podría ser el incidente perceptivo que solicita la aspiración pulsional, tal y como lo describen D. Braunsweig y M. Fain.

Pero el primer relato de la película *En busca del Arca perdida*, me pareció una formación reactiva ante una excitación desbordante, porque en vez de hablar de él, Alex prefiere utilizar un tercero, Harrison Ford, para poder estar conmigo, así como un intento de puesta en escena psicodramático para atenuar una excitación probablemente excesiva por mi presencia.

Aunque ese juego ponga en escena sus propias fantasías, la manera de utilizar una película con imágenes vistas me permite pensar que no son escenas pensadas por él, porque el pensamiento sería demasiado peligroso.

Me parece que jugar a la actividad-pasividad le ha permitido asociar con sus defensas maniacas: me muevo mucho, y preguntarme si son los nervios (ahora pienso -las bolas de fuego internas). Es pues un intento de darle sentido a sus excitaciones.

Mi interpretación sobre la muerte es criticable, como todas las interpretaciones en general, pero parece producir un efecto asociativo que yo llamo de culpabilidad y reparación, como pantalla de otro deseo, ser un doctor que podría ocultar su deseo de explorar mi cuerpo.

Probablemente, esta interpretación sobre el cuerpo hubiera producido mucha excitación (sobre todo según mi experiencia) y por eso preferí hablarle también de un tercero, la madre y de su rabia reactivada en la situación analítica, ya que el día anterior no prolongué la sesión como él pedía.

Igualmente, el relato de la herida pudo suscitar muchas angustias: de castración, de separación, de abandono; pero también angustias homosexuales hacia su padre, representado por Harrison Ford.

También podemos pensar en una condensación de deseos edípicos y por eso tuvo que recurrir a una actividad intermediaria psicodramática defensiva. Jugar a las tragedias podría ser sinónimo de controlarlas y dominarlas, pero sobre todo para mí, mantener la excitación para que no se le escape. Un verdadero juego entre controlar la excitación y mantenerla.

En ese contexto creo que el relato no es un intento de paraexcitación y por lo tanto,

las palabras no tienen un valor elaborativo, ya que a veces, me parecían mas bien descargas por sobre investidura de la excitación.

Entonces, ¿El arca está perdida?

Sin embargo, el segundo tiempo de la película ha podido surgir en forma de bola de fuego y asociación con los dolores de estómago. Cuando me pregunto cómo ha surgido, creo que hablar de la madre y de poderse enfadar, ha despertado el escenario traumático. Las asociaciones entre la piedra que produce la herida, la bola de fuego que puede matar y sus dolores de estómago, me parecen menos defensivos que la puesta en escena de algo visto.

Podemos preguntarnos si haber visto cómo herían a su compañero, ha podido constituir un trauma para él. Ya que si tomamos la definición, la consecuencia de un trauma es la escisión del Yo. Me pregunto entonces si Alex está clivado y me inclino a pensar que no, porque después de ese relato sobre la herida, las sesiones cambiaron.

Las dos sesiones por las que inicié este trabajo, no son las primeras sesiones del psicoanálisis de Alex. Anteriormente pasamos por una época en pleno proceso asociativo donde empezaba a hablarme de sus recuerdos en los tres países donde vivió y he aquí que en la sesión siguiente al acontecimiento, se muestra muy excitado y en lugar de hablar tiene que actuar las secuencias de una película.

Como ya lo he descrito anteriormente, el psicodrama psicoanalítico es una práctica utilizada para niños que no tienen posibilidades elaborativas y su finalidad es que el pensamiento pueda reemplazar la acción. En psicodrama, las escenas se representan en forma de movimientos y gestos que permiten utilizar las defensas necesarias para que el psiquismo no se desmorone. Elaborando esos espacios intermedios psicodramáticos y dándoles un sentido, el Yo puede fortalecerse para poder trabajar mejor su triple función.

En la sesión de psicoanálisis, considero la utilización del juego psicodramático como una regresión, a menudo necesaria ante la irrupción de excitaciones incontrolables. Esta regresión puede despertar fantasías originarias, sensaciones precoces tal y como A. Anzieu las ha descrito, fantasías de las etapas libidinales y edípicas. El todo puede parecerse a un sueño. Aun más que ampararse de una película y de escenas vistas y oídas, son parecidos al sueño.

Si pensamos en esta última sesión donde le interpreto la castración, podríamos creer que «el trauma se ha perdido», es decir, superado y olvidado. Gran error. En cada sesión siguiente descubro cosas nuevas: aunque yo sabía que tenía tres hermanas, nunca se lo dije esperando que el mismo hablara. Estuvo en tres países diferentes y tuvo que abandonar todos sus amiguitos. Tuvo dos hermanas después de él. Tiene un padre que no está muy presente porque trabaja mucho. Pero sobre todo, una madre que está muy enamorada de su marido.

Ahora tiene siete años y se pregunta como un viejecito, si va ha poder soportar

otro nacimiento. Sus dolores psíquicos y sus sufrimientos parecen haberse acumulado en el estómago. El síntoma puede tener sus beneficios secundarios, ya que se ocupan más de él y esclaviza a los padres.

¿Podemos hablar de traumatismos precoces?: países diferentes, mudanzas, angustias de los padres, lenguas diferentes, amigos desaparecidos.

El que se dejara llevar por estas reflexiones no podría pensar en los beneficios de estos traumas. Los descubro a través de sus asociaciones: está muy orgulloso hablando tres lenguas, de ser el único hijo barón, de haber perdido de vista los compañeros que le pegaban; los que él quería, se comunica con ellos por mail (¡A los siete años hoy en día lo que hacen los niños!).

Construye a través de sus fantasías una situación de privilegio. ¿Sabes? Me dice: soy el único chico en la familia de mi padre y de mi madre. Todo el mundo me mimaba. A pesar de esta omnipotencia, no puede tener a su madre únicamente para él.

Además, cuando un día me cuenta un sueño, yo hago la hipótesis de una identificación a una madre embarazada, lo que añadido a sus fantasías orales de posesión de toda la familia, hace que su vientre se hinche, como una bola de fuego que duele.

Pero el análisis continúa. Podemos encontrar todavía el Arca Perdida.

d) Más allá

Si recapitulamos, vamos a constatar que la noción de traumatismo sacada de la medicina, donde trauma procede del griego y significa a la vez herida y penetración, siempre en referencia a un acontecimiento externo, se transforma en psicoanálisis en una herida penetrante interna.

Como para cualquier concepto, Freud va modificando su elaboración según sus experiencias clínicas. El trauma-seducción se transforma en una concepción económica de desbordamiento del Yo por un aflujo excesivo de excitaciones, cuyas consecuencias dependerán de la capacidad defensiva de ese Yo, donde intervienen tanto el juego actividad-pasividad, así como la sensibilidad a las pérdidas y las ausencias.

¿El traumatismo provoca o reactiva un conflicto psíquico de características sexuales, o defensas patológicas más complejas, como la escisión o la renegación?

En la clínica, podemos contemplar toda una gama de procesos psíquicos para intentar resignificar esas excitaciones. A través de las asociaciones del paciente, que emergen gracias a las elaboraciones del analista, sobre todo cuando puede desprenderse de la atracción que el relato ejerce sobre su psiquismo, podemos constatar que el traumatismo puede ser «asimilado» y transformado en «palabras para decirlo» ligando las excitaciones y modificando la balanza entre el Principio de

Placer y Principio de realidad.

Si la experiencia insoportable no encontrara un deseo inconsciente, la compulsión de repetición no sería tan activa. Esos deseos inconscientes, como tesoros de un Arca perdida, provocan en un primer tiempo una herida en el sistema de para-excitación y en un segundo tiempo, la represión. La repetición alucinatoria de la experiencia traumática es una forma de après-coup que tiene el mismo valor que la constitución de un sueño. El relato de ese «sueño» constituye un intento de paraexcitación que permite la construcción de una teoría sexual infantil, perdiendo así su dramatismo y pudiendo transformarse en algo anodino, como en el caso de Emma.

Aunque en cualquier psicoanálisis, la interpretación es el pilar esencial del trabajo analítico, en el caso de la elaboración de los traumatismos, su valor es, si se me permite la expresión, todavía más crucial.

Como dice M. Fain: «de una manera general, la interpretación contiene un fallo en su estructura (algo que falta)» y explica que si el analista reniega ese falta, puede crear una escena donde la imposibilidad de comprender es atribuida al paciente, que se vuelve sordo y ciego. En otras palabras, E Guignard describe las «manchas ciegas» tanto en el paciente como en el analista.

La situación psicoanalítica puede conducirnos a otras aventuras y descubrimientos de arcas perdidas, como en el caso de los padres de Manu, donde la vida y la muerte se mezclan constantemente, una para crear vínculos demasiado fuertes y otra para crear traumatismos que pueden volverse positivos u organizadores cuando podemos jugar con el pensamiento y recuperar los deseos.

Por eso, me parece tan importante que el deseo persista, deseo que voy a describir como una trama asociativa a partir de otra frase de M. Fain: «La realidad fue definida en 'Duelo y Melancolía' como la percepción de la falta de objeto de la pulsión». Y yo me digo: ¿Cómo puede ser? Supongamos que el objeto de la pulsión sea una madre, como en el caso de Alex. ¿Solamente cuando percibimos que no están, los echamos de menos; es cuando les volvemos reales?

Sabemos que cuando echamos de menos a alguien, es cuando más lo deseamos. ¿La realidad sería entonces ese deseo insaciable? A veces, intolerable hasta el dolor más agudo, percepción de un deseo, realidad de un deseo, traumático por su intensidad que desborda nuestro Yo, representación de ese trauma que nos impulsa a perseguirlo hasta identificarnos con ella o con él, hasta tener dolores de vientre, dolor en las entrañas, en lo más profundo de nosotros mismos, una bola de fuego o un delirio divino, hasta tal punto que nos duele y que no podemos pensar, solamente tener ganas de jugar al psicodrama de la vida.

111. ENIGMAS INTERMINABLES: ¿INTERPRETACIÓN O RECONSTRUCCIÓN?

La relectura del artículo de Freud sobre «Construcciones en psicoanálisis» me ha

planteado nuevos cuestionamientos, como cada vez que se lee a Freud y se descubren cosas nuevas. El autor del psicoanálisis parece desvelarnos en su trayectoria algunos enigmas escondidos en los recovecos de nuestro psiquismo. Por ejemplo, en este artículo, Freud emplea la noción de construcción para hablar del trabajo del psicoanalista y no de la construcción del paciente. Esta precisión no parece tan clara en los trabajos que existen sobre la construcción, ya que a menudo los autores hablan más del proceso constructivo del paciente que de las construcciones del psicoanalista. «¿Cuál es entonces su tarea? (refiriéndose al psicoanalista). Su tarea es hacer surgir lo que ha sido olvidado a partir de las huellas que ha dejado tras sí o, más correctamente, construirlo.»

Nos podríamos preguntar si este intento de Freud por comprender cómo el psicoanalista construye «favoreciendo el regreso de las conexiones afectivas», lo que ha sido olvidado, no trata de esclarecer algunos problemas de la contratransferencia, de los conocimientos teóricos del psicoanalista y la revisión de los conceptos: recuerdo, huella mnémica, represión e interpretación, términos empleados por Freud a lo largo del artículo.

La densidad de las reflexiones freudianas incita al análisis detallado.

¿Qué entiende Freud cuando dice: «El psicoanalista práctico nada aprenderá naturalmente en el curso de esta apología que no sepa ya»? Mi hipótesis sería la siguiente: Freud había integrado en 1937 todos los conceptos que representan el conjunto de la teoría psicoanalítica y da por supuesto que todos los psicoanalistas tienen su misma capacidad.

Intentando, pues, seguir esa vía de integración, voy a desarrollar la hipótesis de la necesidad de revisar los conceptos antes mencionados para comprender cómo el psicoanalista puede construir los recuerdos olvidados de sus pacientes. Incluso me aventuraría a considerar si la integración de los conceptos freudianos nos sirve en nuestra práctica psicoanalítica actual o si se han transformado en ruinas imposibles de reconstruir, siguiendo la metáfora del arqueólogo.

El psicoanalista, cuando escucha a su paciente, «si podemos llamarlo así, este material bruto», va haciendo un trabajo progresivo que puede comprenderse a través de las teorizaciones freudianas sobre los procesos oníricos.

El sueño, su elaboración y su complejidad sirven de modelo de funcionamiento mental en la sesión psicoanalítica. Ese trabajo progresivo constituye el espacio mental de la perlaboración, espacio dimensional de la relación analítica.

Progresivo significa que, tomando la metáfora de un telar, el paciente y el psicoanalista van constituyendo juntos las cadenas asociativas, «esos eslabones intermediarios» (que constituyen el Preconsciente), como un constante tejer donde las formas esenciales del tejido pueden considerarse como etapas de donde surgirán las interpretaciones, «El término interpretación se aplica a alguna cosa que uno hace con

algún elemento sencillo del material, como una asociación o una parapraxia.»

Freud nos dará un ejemplo de parapraxia a través de las palabras jauner y gauner a propósito de un sueño de un paciente, donde se puede esclarecer el sentido del sueño a través de la asociación entre las dos palabras.

Desde esta perspectiva podemos postular la hipótesis de que para construir una interpretación el psicoanalista ha tenido que hacer un trabajo considerable, teniendo en cuenta los procesos Preconscientes de su paciente y de su propia contratransferencia. ¿En qué consiste este trabajo?

Voy a intentar esquematizar algunos conceptos metapsicológicos que me parecen de una importancia capital para comprender el desarrollo de algunos procesos analíticos.

a) Los surcos

Cuando escuchamos a un paciente, sabemos que la relación entre éste y el psicoanalista desencadena una serie de afectos acompañados de producciones fantasmáticas que van a construir poco a poco lo que se llama la neurosis de transferencia. Si desconocemos el intrincado funcionamiento psíquico desde que las pulsiones se reactivan hasta que se transforman en formaciones de compromiso (fantasías-sueños-angustia), arriesgamos confundir contenido latente con contenido manifiesto. Confusión que podría extenderse a la creencia de que un recuerdo es la reproducción fiel de las percepciones infantiles o lo que podríamos llamar el acontecimiento. ¿Cómo puede concebirse la relación percepción-intrapsíquico? Freud nos lo describe en su teoría sobre las huellas mnémicas.

En su teoría sobre las pulsiones, Freud nos señala que éstas se componen de representaciones y afectos (además de sus fuentes, objetos y finalidades, cuántum energía, energía de investimento, etc.). Del tan controvertido concepto de representación no voy a entresacar más que algunos puntos que me parecen aclarar ciertas confusiones. «La representación sería lo que del objeto viene a inscribirse en los sistemas mnémicos» (Laplanche y Pontalis). Lo que del objeto querría decir que la percepción del objeto no significa que todas las cualidades formas y componentes del objeto se inscriban en el psiquismo. Esta frase -lo que del objeto, significa que el fenómeno de la percepción no es sencillo. Percibimos del objeto un conjunto de series o de sistemas que nos parecen significativos. Sistemas abstractos que corresponden más a los denominadores comunes del objeto que a su forma o a sus características reales.

Pero Freud va a distinguir la representación de cosas de la representación de palabras: «La representación de cosas consiste en un investimento no de la imagen mnémica directa de la cosa, sino de las huellas mnémicas...». Así, la representación inviste la huella mnémica y la reactiva.

Esta distinción es capital para comprender el paso de los procesos primarios a los

procesos secundarios, es decir, de la identidad de percepción a la identidad de pensamiento. La identidad de percepción sería lo que está más cerca de la cosa, sin confundirse con ella. En la alucinación primitiva, la representación de la cosa sería como un equivalente del objeto percibido e investido en su ausencia.

1 Los autores antes citados precisan que los sistemas mnésicos dividen el recuerdo en diferentes series asociativas. La huella mnémica no sería, pues, una impresión débil que el objeto dejaría en el psiquismo, sino una relación de semejanza con el objeto, un signo siempre coordinado con otros signos y que no está ligado a una u otra cualidad sensorial.

La huella mnémica constituye las vías, los surcos, los caminos de facilitación por donde transcurrirán los investimentos perceptivos, es decir, lo que del objeto nos es significativo.

Así, bajo esta perspectiva podemos imaginar los acontecimientos vividos como una serie de imágenes entremezcladas y deformadas por múltiples procesos (procesos defensivos, recuerdos pantalla, construcciones latentes, après-coup, procesos fantasmáticos, etc.).

Estas consideraciones podrían parecer juegos intelectuales si no se tuviera en cuenta que los elementos o sistemas abstractos, siguiendo las mismas vías, se transformarán en series asociativas según un conjunto de procesos complejos que pueden esquematizarse de la siguiente manera: la alucinación primitiva prepara la alucinación de la satisfacción, secundaria a la experiencia de satisfacción y producida por la ausencia de esa satisfacción. La alucinación de la satisfacción no es sinónima a la alucinación del objeto, sino de una sensación profunda, indiscriminada, como es la reproducción de una sensación satisfactoria que hubiéramos tenido anteriormente. La alucinación de la satisfacción, pues, constituye una especie de modelo de investimento y es el prelude de la posibilidad de figurabilidad (tan estudiada por S. y C. Botella); la figurabilidad, a su vez, prepara la constitución del sueño y de las fantasías, verdaderos escenarios tridimensionales cargados de afecto contenido en sus dramatizaciones.

b) El regreso de las conexiones afectivas

«Nuestra experiencia ha demostrado que la relación de transferencia que se establece hacia el analista se halla particularmente calculada para favorecer el regreso de esas conexiones afectivas».

Cuando Freud postula que el acceso a la conciencia de las producciones psíquicas sólo puede hacerse por la unión de la representación de palabras con la representación de cosas, más el afecto correspondiente, nos presenta dos incógnitas que más tarde elucidará.

La unión de representación de cosas y representación de palabras se ejerce por la imagen sonora.

Por otra parte, la representación de cosas y de palabras se une al afecto correspondiente por intermedio de las fantasías, verdaderos elementos cargados de dramatizaron y de afecto. Toda interpretación, especie de universo contenido en las frases pronunciadas, está compuesta de las imágenes sonoras del paciente (palabras significativas tanto para el paciente como para el analista) que provocan la unión de la representación de cosas con la representación de palabras.

Teniendo en cuenta la teoría ya expuesta sobre las huellas mnémicas, podemos comprender que los sistemas asociativos transformados en palabras constituyen los rasgos individuales de cada persona, puesto que las huellas mnémicas, es decir, las vías o los surcos por los que transcurren los sistemas de representación, se han constituido a partir de las experiencias personales, es decir, de la historia de cada uno. Sin embargo, el encuentro con los afectos (correspondientes) sólo ha podido hacerse a través de las fantasías compartidas (contratransferencia), fantasías que connotan lo generalizable, los grandes rasgos por los que todos nos parecemos.

"La construcción en psicoanálisis se transforma, bajo esta perspectiva, en un proceso psíquico más complejo aún que el proceso interpretativo. El trabajo del psicoanalista no consistiría, pues, en interpretar (en el sentido del intérprete) los contenidos latentes que percibe en su paciente, sino en construir (encontrar el núcleo afectivo del paciente, sus sistemas de investimento, sus ilusiones condensadas en su particular pasado histórico, desdramatizado y reconsiderado, fuera de los procesos fantasmáticos que lo tiñeron de angustia o miedo) para que el paciente pueda aceptar las circunstancias individuales de su existencia y valorarlas en su justa medida, es decir, en los límites impuestos por la realidad.

En su artículo «La verdad histórica de las reconstrucciones psicoanalíticas», S. Wetzier nos describe la evolución del objetivo y el contenido de las reconstrucciones la obra de Freud desde 1896: «Es imposible reconstruir un relato del pasado (Ricoeur, 1977; Schafer, 1976; Spence) en que, aun siendo esto posible, sería clínicamente inútil hacerlo (Gill, 1982). Diversas corrientes han coincidido en restarle importancia a la "realidad" de los acontecimientos pasados.»

Aunque comparta la preocupación del autor por la ambigüedad que puede existir entre los términos realidad y fantasía, intentaré descentrar esta problemática para alimentar la hipótesis, ya esbozada en la primera parte de este trabajo, de que los recuerdos pueden ser verdaderas reconstrucciones y no de la realidad de los acontecimientos.

Para no confundir más los tan controvertidos conceptos de realidad y fantasía, intentemos avanzar la hipótesis de que cuando Freud habla de construcción no se refiere al acontecimiento que verdaderamente hubiera ocurrido, sino a la experiencia infantil vivenciada y desligada por la acción del psicoanálisis de su carga afectiva y su constelación fantasmática.

Cuando el autor del artículo dice que Freud estaba convencido de que las estructuras psicológicas, afortunadamente, se preservan, no vincula esta cita de Freud con la conceptualización de las huellas mnémicas, asociación que me parece indispensable para comprender algunos de los elementos, aparentemente enigmáticos, del pensamiento freudiano. Citando a Kris y Loewenstein, añade que los acontecimientos tempranos, tal como se recuerdan o se reconstruyen, no tienen el mismo significado que tenían en un principio. Efectivamente, el concepto de acción diferida (après-coup), así como los procesos encubridores, los recuerdos pantallas y otras construcciones psíquicas, no nos podrían permitir, aunque lo intentáramos, reconstituir episodios exactos de nuestra historia.

El autor concluye en esta parte del artículo: «Es evidente que existen múltiples complicaciones y dificultades técnicas para la formulación rigurosa y eficaz de una reconstrucción. Muchas de estas dificultades fueron identificadas por Freud y abordadas posteriormente por otros.»

Según mi opinión, y siguiendo el desarrollo de las hipótesis antes mencionadas, no creo que sea necesario recurrir a otras explicaciones (como las de Kris, Loewenstein, Blum y las teorías sobre la psicología del yo) para comprender el efecto terapéutico de la construcción.

Si consideramos las huellas mnémicas no como un celuloide cinematográfico, sino como las vías por donde circulan los sistemas representativos, podremos comprender mejor el problema de la construcción en psicoanálisis sin pretender aclararlo completamente. En efecto tomemos una metáfora esquemática para comprender la complejidad del problema: si lo que percibimos de nuestros padres se instala en una trayectoria fantasmática repetitiva, siempre evocaríamos los mismos aspectos de ellos (no hablo aquí de la compulsión de repetición, concepto más complejo, que incluiría muchos más procesos defensivos). La construcción en psicoanálisis de esos aspectos paternos podría referirse a la posibilidad de detectar esos sistemas -huellas mnémicas- en lo que conllevan de incompletos, ya que podemos deducir con facilidad qué otros aspectos de los padres pueden descubrirse en el curso del análisis y que este descubrimiento pueda sentirse como verosímil gracias al reconocimiento de la ambivalencia. Claro está. Dicha metáfora simplista no constituye en sí una explicación contundente del problema, ya que las huellas mnémicas son postulados hipotéticos para comprender la constitución de los sistemas asociativos y su transformación en asociación de palabras. Esa transformación comprende toda la metapsicología, y aunque la esquematización de los procesos psíquicos no sea más que un intento abusivo de comprensión, pienso que es necesario tener una trayectoria teórica en la que podamos basarnos. La trayectoria esquemática, en lo que concierne a las huellas mnémicas, y la transformación de las representaciones pulsionales en sueños y fantasías, pasando por la alucinación primitiva, la alucinación de la satisfacción y la figurabilidad, es tan interesante como útil. Esta última afirmación puede contradecir las críticas que sobre la metapsicología han hecho los autores americanos. Es cierto que cada psicoanalista tiene derecho a emplear las concepciones teóricas que le sean más útiles, sin pretender erigirlas como verdades

universales.

IV. MOLINOS DE VIENTO: LA NEUROSIS DE TRANSFERENCIA EN PSICOANÁLISIS DE NIÑOS

-¿Qué gigantes? -dijo Sancho Panza.

-Aquellos que allí ves -respondió su amo- de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas.

V -Mire vuestra merced -respondió Sancho- que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento y lo que en ellos se parecen brazos son las aspas que, volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino.

-Bien parece -respondió Don Quijote- que no estás cursado en esto de las aventuras; ellos son gigantes...

a) Sesión

Cuando vi a Ricardo por primera vez, me llamaron la atención sus grandes ojeras y sus ojos tristes. El contraste para mí era todavía mayor porque sus padres le adoran y he constatado que muchos niños tienen ojeras por grandes sufrimientos, sobre todo el de no ser amados. Hijo único, con unos padres muy afectuosos. Solamente su posible sufrimiento debido a su separación podía servirme de argumento par comprender su estado. Pero ¡no!, de la separación de los padres puede hablar tranquilamente. Es más, encuentra aspectos positivos, porque los padres han llegado a un acuerdo satisfactorio para los dos y comparten al niño durante la semana. De hecho, aunque separados, parecen llevarse bien, ya que se respetan mutuamente mucho y justifican la separación como un deseo de poder estar solos, sin los conflictos de la vida compartida.

¿Qué le pasa a Ricardo, me preguntó?

Tiene 6 años y medio y el motivo de la consulta es un desinterés creciente por la escuela, así como miedos diversos que van apareciendo dando la impresión que ahora teme a todo.

Cuando nos encontramos parece un viejecito, tranquilo, observador, con ganas de hablar, en un tono un poco sabihondo, como corresponde a muchos hijos únicos y mimados.

Le gusta hablarme del fútbol contándome sus grandes capacidades de goleador, pero también de portero. Crítica a su equipo preferido, el Real Madrid: ¡No lo hacen bien!; él hubiera parado el balón y a Casillas se le escapó de la mano y el otro jugador lo aprovechó para golpearle (habla del último partido que el Real perdió).

Yo le escucho y le acompaño, pero poco a poco eleva el tono de voz y parece

darme lecciones, contándome sus proezas, su valentía y la cantidad de goles que ha hecho últimamente. Yo le pregunto si sus padres le ven jugar tan valiente. ¡No! Dice con tristeza: él juega en el cole y sus padres no están.

Asocia: Pero ayer pude ver el partido del Depor (Deportivo de la Coruña).

Le preguntó: ¿con quién?

Pues con quién va ha ser (me lo dice como si yo fuera tonta); ¡pues con mi padre!

Yo digo: ¡Porque a tu madre no le gusta el fútbol!

¡No! Para nada.

Empieza a moverse en el sillón. Mi madre me pone nervioso, dice, porque ella es muy nerviosa, quiere que me dé siempre prisa... Y no me deja estar en la bañera.

Grita: ¡Ricardo, Ricardo, sal!

Le digo: ¿Tu padre es más tranquilo?

Oh! Tampoco él si me deja estar en el baño, pero para ir al cole también son prisas.

Le digo: con tantas prisas, ¡te harás mayor deprisa!

Se ríe: mañana voy a un cumple de mi amiguito. El mío será en julio y voy a tener sorpresas.

Yo digo: ¿Sorpresas?

¡Sí, mujer! Regalos dobles, de papá y mamá. También invitaré a amiguitos... a uno que le gusta jugar con las muñecas.

Yo digo: ¿es un niño o una niña?

Es un niño, pero le gustan las cosas de las niñas.

Yo: ¿Y eso?

A mí me gustan los juegos de chicos... coches, camiones, aviones, balones; aunque hay niñas que vienen a clase con balones y juegan con nosotros al fútbol.

Yo: niños como niñas, niñas como niños ¿Cuál será la diferencia?

Se ríe mucho: nosotros los niños meamos por la cola y ellas por el culo.

Yo: ¿Cómo, por donde sale la caca?

Él: sí, eso creo, porque no tienen cola... mi mamá me ha explicado que las niñas no tienen cola, pero tienen vagina.

(Yo estoy sorprendida por el nivel del lenguaje, ya que solo tiene 6 y medio años)

Él se da cuenta de mi sorpresa y añade: por donde salen los bebés.

Yo: se me ocurre que cuando las niñas llevan balones, tú puedes pensar que quieren tener pelotas (me refiero a la polisemia pelotas -cojones y pelotas- balones).

Ahora es él el que está sorprendido: Si, pensé que nuestras pelotas son pequeñas y ellas las llevan grandes para ser más.

1 1 J O 1 Yo: ¿Para ser más que los chicos o para ser más grandes?

Él: más grandes, como los monstruos de mis pesadillas.

V Yo: ¿Tus pesadillas, como son?

Él: bueno, pues, estoy durmiendo y aparece un monstruo así de grande que quiere comerme y entonces me despierto.

Yo: ¡Gracias que no es al revés y te lo comes tú!

Se ríe de buena gana... ¿sabes?, a veces vomito, vomito siempre en casa de mi madre.

Yo: ¿Y con tu padre, no?

Él: ¡No! Debe ser porque es tan nerviosa... hay dos niños en mi clase que son muy nerviosos y yo me chivo... porque si digo que se callen... la Señora (maestra) me riñe porque he hablado... Tengo ganas de darles un trompazo... como tengo guantes de boxeo y practico... para poder darles así (hace gestos de boxeo).

Yo: trompazos para los que son nerviosos... como tus padres... ¿a lo mejor es porque estás enfadado que se hayan separado?

Se vuelve a reír y dice: más bien trompazos a los doctores.

Me sorprende de nuevo y digo: ¿A los doctores?

Él: ¡Sí! Cuando me pusieron esos aparatos en las piernas... (me explica con todo detalle cómo le pusieron unos aparatos por las no ches porque tenía una fractura en la ingle)... era horrible, no podía moverme ni dormir.

Yo: ¿Cuánto tiempo tuviste los aparatos?

Él: más de dos años... me los pusieron cuando tenía 4 años y me los han quitado

hace unos meses... tenía ganas de coger los hierros y darle en la cabeza (a los doctores) (hace el gesto como si fueran muy altos).

Yo: ¡Claro!, por eso te gustaría ser así de grande, como tus monstruos, para darles miedo a los doctores, a tus padres, a los niños y a mí.

Asocia: ¿Sabes?, he visto en el zoo un cocodrilo así de grande y una serpiente de agua (me cuenta cómo el cocodrilo se come ratones y la serpiente bajo el agua, se puede comer los bañistas).

Yo: ¡Si nos metiéramos en el mar, nos morderían!

Él: Sabes?, cuando voy a la playa, lo pienso.

Yo: ¿piensas que podría morderte la cola y las bolas?

Él: ¡Sí!, me da mucho miedo.

Yo. ¿Miedo a volverte una niña?

Él: Y a quedarme paralizado sin poder moverme.

Yo: Como cuando estabas en la cama con los aparatos y no podías moverte.

Él: ni tampoco jugar al fútbol, ni correr.

Se termina la sesión.

Pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oía las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran; antes iba diciendo en voces altas: -Non fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete.

b) En busca de sentido

Aunque al transcribir este primer encuentro con Ricardo parezca muy largo, la sesión transcurre a una gran velocidad y esta es una de las características del psicoanálisis infantil, ya que nos obliga a pensar rápidamente, más aún con él, donde creo que las prisas, la velocidad, están inscritas en un proceso psíquico de angustia de castración que le hace sufrir.

Aunque la cantidad de comentarios podría ser muy amplia (sobre todo que yo no conocía el problema de los aparatos, ya que los padres no me habían dicho nada, es decir, creo que no habían podido asociar los problemas de Ricardo con ese incidente), voy a centrarme en la reflexión de sus procesos asociativos: Como podemos comprobar, el proceso asociativo de Ricardo es muy rico en significaciones. Al finalizar la sesión es cuando «empiezo a rebobinar» y darle sentido a lo que cuenta, aunque durante la escucha percibo el proceso psíquico inconsciente que parece dirigir

sus asociaciones.

La cuestión de la escucha es crucial para mí, porque ésta predetermina todo el contexto psicoanalítico. Si bien cada psicoanalista escucha según su teorización particular, creo que debemos hacer un esfuerzo riguroso para no transformar los contenidos manifiestos en latentes y al revés.

Mucho se ha dicho sobre la relación escucha y sueño. Los autores del libro, «El día, la noche», siguiendo un estudio exhaustivo de Freud, nos dan su propia versión cuando nos dicen que los destinos del sueño son dos: uno que será captado por el Inconsciente porque la realización del deseo insertada en el sueño ha sido exitosa; en ese caso no nos quedan recuerdos. Y el otro destino es el sueño que fracasa en esa realización de deseo y se transforma en relato para ser contado.

Así, la energía principal del relato sería un deseo inconsciente y el relato mismo un intento nuevo de poderse procurar el placer no realizado, es decir, el poder modificar la insatisfacción y transformarla en satisfacción.

Las vías, los trayectos que siguen el relato, tienen una coherencia para el Inconsciente. Y aunque desde la escucha no comprendamos siempre esa trama compleja en la que el Inconsciente encierra sus designios (resistencias, repeticiones, transformaciones en lo contrario, defensas en general), los procesos asociativos pueden llevarnos a ellos, por eso la trama latente constituye un sinfín de luchas psíquicas, donde las temáticas cuyo significado escapa también al relator, no son un simple azar: entre las miles de ideas que pueblan nuestro psiquismo en el momento de relatar algo, escogemos inconscientemente unas cuantas, aunque nuestra conciencia nos impulse al orden y la coherencia (contenidos manifiestos). Y es precisamente cuando el Inconsciente fuerza para poder surgir, cuando se desarrolla la neurosis de transferencia, que en otros trabajos he llamado, neurosis psicoanalítica porque la presencia de una persona altamente investida, transforma la lucha Inconsciente-Consciente en un campo de batalla que se actualiza en el aquí y ahora de la relación como un escenario teatral por la palabra donde la trama psíquica se desarrolla.

El relato en la situación psicoanalítica, no es un relato cualquiera. No podemos pensar que se abren las compuertas de la memoria y el paciente cuenta sus recuerdos tal y como los ha vivenciado, porque si creyéramos eso, pensaríamos que con solo nombrar en una interpretación una resistencia o una defensa, estas se desvanecerían.

La neurosis analítica está creada tanto por el relato como por la manera de escuchar del analista y las intervenciones que hace y que dan índices al paciente de lo que le interesa.

Así, el inicio de esa neurosis nueva como se ha venido llamando, surge de la relación entre el relato, la escucha y la interpretación.

Para muchos, la neurosis de transferencia es una reedición de la neurosis infantil. Yo no comparto este punto de vista, ya que esta nueva neurosis implica el

funcionamiento mental del analista que favorecerá sin quererlo, o interrumpirá queriéndolo, los mecanismos defensivos primordiales. Es una neurosis de dos personajes en un encuentro particular, articulado por el encuadre. Una puesta en escena compleja de una trama que desconocemos al principio y que se va esclareciendo a medida del proceso psicoanalítico.

En el ejemplo de Ricardo, podemos constatar que al principio y probablemente por un sistema defensivo que le es particular, me trata como si fuera una niña ignorante y ensalza sus valores masculinos hablándome del fútbol y sus proezas (lo fuerte que es y como sabe parar mejor que Casillas). A este respecto y desde mi experiencia, es curioso constatar que muchos niños parecen olvidar rápidamente la edad del analista. Esta cuestión de la edad la he tratado en otros trabajos subrayando la gran capacidad de transformación de los niños: transforman la edad, el sexo, el aspecto físico, la diferencia de generaciones. En fin, en este caso parezco para él una niña a la que hay que explicárselo todo.

Ante mi silencio, probablemente se angustia. Yo imaginé un: ¡Ah!, te invito a jugar conmigo y no me dices nada... no puedo controlarte, luego me angustias como mi madre. Tal vez por eso, surge inmediatamente después la madre en su relato y la cuestión del nerviosismo; pero sobre todo, una asociación que parece estar fuera del contexto lógico: la bañera.

En el après-coup de la sesión, pensé que la bañera es un lugar donde uno se limpia, un objeto que permite evacuar la suciedad corporal, pero también el que permite una regresión hacia el vientre materno, un lugar de ensoñación por los placeres corporales que procura: relajación, calor, atmósfera propicia para una masturbación. Estamos -en la bañera- en plena sexualidad infantil. En suma: una condensación de sensaciones y fantasías.

Pero Ricardo asocia la madre con la bañera, o más bien, los nervios de la madre con la bañera. Si nos deshacemos de los presupuestos clásicos que nos indicarían madre-nervios, madre-mala, madre que me impide el placer, podríamos suponer una defensa exitosa: si es mala, no me atrae, es decir, no me excita.

Si pasamos del plano edípico al genital, podemos intuir un mensaje diferente: el pene en erección en la bañera puede ser el equivalente de una masturbación culposa y su frase -mi madre no me deja- una proyección del Superyó.

En el plano anal, imaginemos una confusión suciedad-pene y la expresión -mi madre no me deja- equivaldría a -no me deja limpiarme que vendría a querer decir: me protege de la castración porque si la suciedad-pene desaparece, me quedo desposeído.

Si llegamos a la oralidad, la madre-bañera sería un objeto que lo absorbe todo haciéndolo desaparecer lo que crearía los miedos.

c) El proceso asociativo

Hasta el momento de pronunciar la palabra 'bañera', el sistema asociativo me parecía así: fútbol (meter goles), darme lecciones como un hombre mayor, cierto desprecio hacia la mujer (madre nerviosa). Con esta serie asociativa no puedo todavía construir ninguna hipótesis válida y como decía M. T. Ruiz, un sueño sin asociaciones, es un jardín sin flores.

El relato de un sueño descodificado en teorías no puede servirnos de nada si no hay asociaciones significativas por parte del paciente. En este caso, para mí, la asociación significativa es la bañera, porque para él viene a justificar los nervios de la madre. En ese momento es cuando voy a empezar a componer mis hipótesis: ante el miedo del primer encuentro con una persona que no conoce, se produce una formación reactiva como dice R. Diatkine: no te tengo miedo porque soy un hombre fuerte. Pero esta característica aparentemente edípica (él como padre con una hija pequeña) no indica que Ricardo esté en la etapa edípica. Según mi hipótesis, es la invitación a crear una neurosis de transferencia de características edípicas que oculta las verdaderas intencionalidades inconscientes (que hasta ese momento desconocemos).

Mi primera intervención sobre si sus padres pueden verlo jugando tan bien, intenta restablecer el sistema voyerista-exhibicionista que me propone, y no me extraña entonces que él asocie con el ver el partido. Creo que si no hubiera vuelto a intervenir y según mi experiencia, el relato sobre el fútbol se hubiera amplificado ocupando el espacio de la sesión con una defensa maniaca (él es mejor que el Real Madrid, podía haber hecho mejores goles, etc.). Mi pregunta ¿con quién? parece haberle molestado (yo niña no le reconozco como un hombre solo mirando la televisión) y por eso responde con cierta rabia condensada con el desprecio a lo femenino. Por esta razón, vuelvo a intervenir hablando de la madre. Parecería que le estoy desarticulando sus defensas maniacas, porque no solamente le impido desarrollarlas, sino que introduzco la diferencia de sexos (padre-madre). Aunque explícitamente no haya todavía hablado de mí, creo que la intervención lleva implícita mi persona, bajo forma de interrogación. Es como si le dijera: todavía no sé por dónde van tus procesos psíquicos y quiero averiguarlo.

Aunque más tarde desarrollaré el resto de asociaciones de Ricardo, quería pararme un momento en estas secuencias del encuentro entre dos psiquismos, el suyo y el mío. El hecho de hablarme como a una niña podría encantarme, sobre todo para una mujer de mi edad que se ve considerada como una niña pequeña, lo que tal vez desearía ser. En tiempos pasados, cuando me dejaba guiar por mis defensas debidas a mi inexperiencia analítica, hubiera entrado de lleno en sus defensas maniacas, interesándome por sus proezas futbolísticas e incluso brindándome a jugar un juego próximo al psicodrama altamente defensivo, juego que he descrito en mi libro sobre el psicodrama. Y es en ese momento donde no puede crearse la neurosis de transferencia. Más tarde comprendí, probablemente avanzando en mi propio análisis, que es más fácil jugar a ser pequeña que asumir la función psicoanalítica. Y esa función es siempre la de interpretar.

Esta cuestión merecería un amplio desarrollo: E Guignard habla en su libro de «lo infantil» en cada uno de nosotros y en la necesidad de continuar conservándolo en nuestra vida. Pero una cosa es la capacidad de identificación con lo infantil del niño en correlación con nuestro propio infantil, y otra cosa es abandonar la capacidad analítica para gozar de un juego de niños, con un psiquismo que sufre y donde nuestra esencial preocupación es llegar a comprender ese sufrimiento y ayudar a superarlo.

Ahora bien, todo depende también de cómo entendemos la interpretación. Sobre este tema habría mucho que hablar y en este momento solamente quería indicar que, en general, no me parece muy adecuado interpretar con preguntas, algo que contradice mi manera de intervenir con Ricardo.

Es cierto que cada psicoanalista tiene su manera de pensar la delicadeza con la que hay que abordar el psiquismo y en este caso no creo que dirigiéndome abruptamente a sus defensas maniacas hubiera sido adecuado, por la fragilidad narcisística que supuse y por el afecto depresivo que mostraba (cuando dice un no con tristeza). Las dos preguntas surgieron de mí espontáneamente, creo que para acompañarlo, pero también para indicarle que no seguiría su juego.

Prosiguiendo con su proceso asociativo, puedo comprender que después de haber introducido la diferencia de sexos, se produce la asociación de los nervios y sobre todo de la bañera.

Al escribir esta secuencia, yo también me pregunto por qué doy a la bañera tanta importancia y se me ocurre que es una respuesta psíquica, una especie de condensación en una palabra, de un sueño, donde las fantasías infantiles pueden realizarse a través de la palabra evocadora.

Si nosotros condensamos también las hipótesis antes formuladas, podríamos decir que mi presencia es temida por dos razones: una por ser extraña a él, otra por ser mujer, lo que produce unas defensas maniacas que, cuando ceden, dejan aparecer un deseo de estar en el vientre materno.

Estos tanteos interrogativos por mi parte, me permiten el acceso a su asociación y es entonces cuando puedo formular lo que yo llamaría una interpretación, poniendo en relación las prisas con un deseo de hacerse mayor.

En la lógica del discurso no hay nada que indique que las prisas y nervios de la madre y del padre, tengan nada que ver con un deseo suyo. Por eso lo considero interpretación, ya que la interpretación se aleja del discurso lógico para entrar en otra lógica y es la de los deseos. Su respuesta por la risa, me recuerda «Psicopatología de la vida cotidiana», una manera de escuchar, por una parte el placer de que yo considere su deseo de hacerse mayor, y por otra que las prisas de los padres tienen algo que ver con su mundo interno. Conflicto entre el placer y el displacer que se actualiza con «un pequeño» síntoma -la risa. La asociación con su cumpleaños es natural, cuantos más cumpleaños pasen, más mayor se hará. Pero, vemos sutilmente

organizarse de nuevo la defensa maniaca -será mayor pronto- y de nuevo mi intervención -¿sorpresas?, le molesta y habla de regalos dobles que yo entiendo como un inicio de una significación bisexual, cosa que me confirmará cuando evoca al niño que le gustan los juegos de niñas y más tardes, las niñas como niños, que yo también interpreto.

Desde mi punto de vista esta interpretación es la que organiza la neurosis de transferencia que se caracteriza por el inicio de un juego psíquico con las palabras, una puesta en escena de intencionalidades inconscientes, una libre asociación de los contenidos latentes.

Podemos constatar que a partir de este momento, las asociaciones se hacen muy fluidas: estamos en pleno proceso asociativo, donde la nueva neurosis adquiere la característica homosexual: los niños juegan a ser niñas, las niñas a niños. Lo que desemboca en otra serie asociativa sobre la diferencia de sexos, donde puede exhibir sus conocimientos lingüísticos (vagina) aunque no creo que anatómicos, exhibición que oculta su miedo a la castración como nos lo indica la sería asociativa siguiente: niñas, pelotas, pelotas pequeñas y sobre todo la expresión -ser más-, una expresión que reúne de nuevo el -ser más grande- como me mostró al principio de la sesión, con ser mas -más que los padres- ser más mayor -ser más importante, etc. Pero creo que la palabra- grande que yo retomo en la otra intervención, provoca la asociación con sus miedos: los grandes monstruos de sus pesadillas, monstruos que tienen características orales (le van a comer).

Desde ese momento, el seguimiento de nuestro proceso asociativo me parece fácil de comprender, yo asocio con él, intentando interpretar sus proyecciones (el que desearía comer es él) y es así cuando aparece el tema principal de su vivencia traumática, su reconstrucción bajo forma de romance familiar (en otra sesión me dirá que la fractura se la hizo porque su padre se cayó en la montaña y lo arrastró en su caída) y la elaboración de sus fantasías.

Arremetió a todo galope de Rocinante y embistió el primer molino... y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos...

-¡Válgame Dios! -dijo Sancho- ¿No le dije yo a vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento...?

-Calla, amigo Sancho... que las cosas de la guerra, más que otras están sujetas a continua mudanza; cuanto más, que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Frestón que me robó el aposento y los libros ha vuelto estos gigantes en molinos por quitarme la gloria de su vencimiento...

V. LA NEUROSIS PSICOANALÍTICA

Esta expresión creo que se presta menos a ciertas confusiones que pueden crearse al leer las descripciones de Freud sobre las neurosis de transferencia (histeria y

neurosis obsesiva) y la neurosis de transferencia propiamente dicha que se produce en la sesión psicoanalítica. Aunque el estudio y reflexión de las neurosis de transferencia pueda ser muy útil para comprender el proceso psicoanalítico, en este momento desearía proseguir con la complejidad de la neurosis de transferencia.

El encuentro entre dos psiquismos se me aparece siempre como una aventura imprevisible, a pesar de los conocimientos que el psicoanalista tenga sobre el funcionamiento mental.

Si partimos de la premisa de que nadie puede meterse en la mente del otro y saber lo que piensa y cómo piensa, la tarea de comprender, no lo que el otro piensa, sino lo que está pasando entre dos, espacio intermediario del que hablara Winnicott y «reino intermediario» según Freud, es tan compleja que ha derramado ya ríos de tinta y sigue instigando muchos trabajos psicoanalíticos. Y estas frases que pueden resultar de una gran sencillez, suelen ser el núcleo de muchas controversias.

Para los que piensan que el psicoanálisis es un desciframiento, una hermenéutica, por no decir una meta hermenéutica, una observación fenomenológica o incluso una observación naturista, los caminos de la investigación son relativamente fáciles: a partir de una serie de parámetros se puede detectar lo que corresponde o no a esos parámetros y tener así la certeza de que la investigación se basa en datos serios y que se pueden comparar.

Aunque muchos de los enigmas sobre la escucha psicoanalítica, la relación psicoanalítica y la situación psicoanalítica pueden esclarecerse en un estudio de la metapsicología, para muchos resulta arduo y prefieren utilizar conceptos aparentemente más fáciles y menos abstractos, pero no desprovistos también de complejidad.

En fin y puesto que esta es mi versión, intentaré escenificarla con algunas ideas de conceptos actuales, como lo infantil, la capacidad de ensoñación, la novela familiar, la neurosis analítica.

Cuando F. Guignard define lo infantil «como un extraño conglomerado histórico anhistórico, probeta de las fantasías originarias y de las experiencias sensorio-motoras memorizables bajo forma de huellas mnémicas, lo infantil puede ser considerado como el lugar psíquico de las emergencias pulsionales primeras e irrepresentables», habla del contacto entre dos infantiles: el del paciente y el del psicoanalista. El psicoanalista tiene, como cualquier otra persona, su neurosis del niño que fue, y trabaja con sus propias concepciones de lo que él entiende por neurosis infantil.

Pero trabajar en la sesión psicoanalítica con el niño que habita dentro de cada uno de nosotros implica poder despegarse de lo inmediato, poder desprenderse de la atracción que todo drama genera, poder alejarse de la escena primaria a la que se invita a todo el que escucha para hacerle participante de un deseo infantil, a la

seducción implícita de un relato cargado de tragedias y sobre todo no dejarse captar por esa angustia siempre viva y activa que es la angustia de castración.

Hay relatos que nos sumergen en las profundidades de una historia cargada de sexualidad infantil. Otros que por ser más pasivos y estar revestidos de silencios espesos, provocan toda la capacidad sádica del psiquismo. Hay relatos «pantalla», donde se ocultan intenciones variadas y urgentes, imperiosas que reclaman de inmediato la participación del que escucha.

Poder distanciarse de la inmediatez del relato y todos sus componentes captadores, parece indispensable para pensar con un grado de desdramatización que la ensoñación, como el modelo del sueño, nos procura.

Pero como la ensoñación se abre y se produce gracias a la libre asociación, es ésta en última instancia la que puede transformar el drama en dramatización, el contenido latente en comprensión psicoanalítica.

Sabemos que las primeras interpretaciones del analista organizan la neurosis de transferencia. No hay neurosis de transferencia sin interpretaciones que la desencadenen. Podríamos preguntarnos ¿por qué?

El mensaje implícito de esas primeras interpretaciones es pluridimensional. No se trata solamente de comprender los conflictos psíquicos y el sufrimiento que les acompaña, sino de volver a vivenciar en el aquí y ahora de la situación analítica el drama psíquico que se transforma en dramatización por los escenarios creados por la palabra, vivenciados como si fueran verdaderos y pensados como un juego.

La recuperación de la ilusión de ser otro, de tener otros padres y la construcción de la capacidad de ensoñación se asocian en esa pluridimensionalidad creada por las primeras interpretaciones.

Pluridimensionalidad porque esa recuperación se hace también a partir de las identificaciones que se van produciendo en el curso del proceso de la ensoñación gracias a la capacidad del analista para contactar con lo infantil del otro porque mantiene vivo su propio infantil.

Cada psicoanalista con su propia sexualidad infantil, su neurosis del niño que fue y sus conocimientos sobre la neurosis infantil, creará una neurosis de transferencia nueva e irrepetible con un paciente dado, según su manera particular de escuchar y entender los relatos, su participación o su abstención a participar en el drama y su capacidad de distanciamiento. En una palabra: su eterna ensoñación.

a) La ensoñación

La manera que tiene R. Diatkine de pensar el funcionamiento mental es muy original, porque da un sentido de continuidad en la discontinuidad y porque sus concepciones se apartan de la trayectoria lineal simplista en la que muchos de

nosotros nos vimos sumergidos al principio de nuestra práctica psicoanalítica, pensando que el Inconsciente se desvela a partir de las fantasías y que el pasado surge tal y como se vivenciaron las experiencias por el arte de la transferencia, como si el pasado fuera un eterno contenido sin cambios.

¡Nada más lejos de una capacidad de ensoñación! Ya que esta presupone una constante remodelación de esas experiencias bajo forma de cambios sucesivos que impiden la reproducción tal cual de la experiencia inicial. La vivencia inicial resulta, a la hora de relatarla o de recordararla, una utopía inalcanzable.

Para este autor, la eterna capacidad de ensoñación es equiparable a la posibilidad de conservar el niño en el adulto y la capacidad de elaboración que eso presupone.

Las perspectivas de reflexión que nos propone R. Diatkine son muy numerosas, pero aquí me limitaré a contemplar la relación que existe entre la noción de eterna capacidad de ensoñación y neurosis psicoanalítica. Nociones íntimamente ligadas al trabajo de elaboración, de resexualización, de desplazamiento y creación de la novela familiar, indispensables para comprender la neurosis analítica.

Sin embargo, todas estas premisas no garantizan la instauración de la neurosis de transferencia en la que intervienen también la posibilidad de dramatizar, que aquí se entiende como un prelude a la emergencia de los desplazamientos psíquicos necesarios al desprendimiento de las investiduras narcisistas y a la creación de la novela familiar, verdadero artífice de la capacidad de ensoñación.

Todos estos movimientos psíquicos pueden articularse entre ellos para organizar verdaderos procesos en la relación analítica donde las dramatizaciones psíquicas encuentran un espacio de realización por la palabra que facilita las modulaciones fantasmáticas propias de la sexualidad infantil, preparan el terreno de los desplazamientos operados gracias a las interpretaciones e instauran el proceso psicoanalítico.

Ahora bien, para que la neurosis de transferencia pueda surgir, es necesario que el psicoanalista tenga una suficiente capacidad de ensoñación, lo que en un primer tiempo significaría que el niño que habita en él pueda mantener un lugar psíquico para expresarse (¿podríamos llamarlo autoanálisis?).

Como dije anteriormente estas expresiones son aparentemente sencillas, pero para su realización parece necesario que el psicoanalista pueda dejar emerger su neurosis de contratransferencia y elaborarla.

Esta capacidad de permitir al psiquismo que se exprese sin trabas, pero con un rigor adecuado a la situación psicoanalítica, exige muchos procesos psíquicos. En esta reflexión me referiré solamente a la escucha de las dramatizaciones histéricas que se producen bajo el efecto de la neurosis de transferencia. Aceptarlas y escucharlas implica no juzgarlas como factores de locura, psicóticos u otras denominaciones, porque se asientan en el modelo del amor de transferencia.

En este momento de la reflexión podría ser muy útil poder diferenciar lo que entendemos por «locura» generada en una situación dada y estructura patológica, temas de tanta complejidad que presiento no se agotarán en muchos años. Pero lo que desearía transmitir es que, a veces, confundimos el «estado patológico» y deducimos con excesiva rapidez que esa «locura» inherente a la neurosis de transferencia corresponde a un estado psicótico. Y es porque esas deducciones obedecen a veces a reacciones contratransferenciales ¿neurosis de contratransferencia? Sin embargo, sin neurosis de con tratanferencia no puede generarse una neurosis de transferencia.

¿Cómo resolver que la neurosis psicoanalítica se asienta en un proceso cuya finalidad es la de su resolución?

Pero ya que se trata de pensar cómo el niño en el adulto puede ser un motor y a la vez un obstáculo de la cura (motor porque permite la emergencia de la actividad pulsional y obstáculo porque el psicoanalista que se comportara como un niño en general transgresivo no respetaría el encuadre ¡del que habría mucho que hablar!), tendríamos que precisar un poco lo que entendemos por sexualidad infantil y sobre todo por objeto.

El excelente estudio que J. Laplanche hace de «Los tres ensayos» nos confirma la importancia que para el psicoanálisis tiene la teoría de las pulsiones: el impulso, la finalidad, el objeto y las fuentes son analizados en toda su amplitud. En varias ocasiones el autor repite que el objeto no es objetivable ni perceptible, que en gran parte es un objeto fantasmático. No es, pues, una persona concreta como tenemos tendencia a pensar.

Trabajando minuciosamente los textos de Freud, el autor nos recuerda que la noción de apuntalamiento no significa que el sujeto se apoye sobre el objeto (el niño sobre la madre) «lo que describe Freud es un fenómeno de apoyo de la pulsión, es el hecho de que la sexualidad que nace se apoye sobre otro proceso a la vez similar y profundamente divergente: la pulsión sexual se apoya sobre una función nosexual... sobre una función corporal esencial para la vida». Ese apuntalamiento o apoyo de la pulsión sobre la función no es una abstracción, sino un proceso por el que el objeto de satisfacción no es lo que creemos: a menudo confundimos, según dice el autor, madre con objeto, incluso pecho, cuando puede ser la leche el objeto de satisfacción.

Esta interpretación de algunos pasajes de Freud se opone a nuestras tendencias a objetivizar, a transformar una noción en persona, al antropomorfismo; hechos que han dificultado la comprensión tanto de las nociones de pérdida como de ausencia.

Cuando Freud describe la separación entre la necesidad de repetir la satisfacción sexual y la necesidad nutricional, introduce la noción de autoerotismo. Según Laplanche, «el autoerotismo es un -momento- estrechamente vinculado al apuntalamiento» Definido por Freud como una ausencia de objeto, no significa que sea un tiempo primario, una ausencia primaria del objeto parcial, sino un estado a

partir del que podemos reencontrar el objeto, es decir, un tiempo secundario. Pero tal vez lo que más nos interese es la noción de que un objeto parcial se pierde en el momento en que se perfila el objeto total. A partir de estas reflexiones, J. Laplanche nos dice que todo este texto significa que «por una parte hay desde un principio un objeto y por otra que la sexualidad no tiene al principio un objeto real». «Si comprendemos que el objeto real, la leche, era un objeto de la función, ésta estaba como pre-ordenada en el mundo de la satisfacción. Lo que se ha perdido es ese objeto, pero el objeto vinculado a la contra corriente autoerótica, el pecho - transformado en pecho fantasmático- es un objeto sexual». Así, a partir de la famosa frase de Freud donde dice que encontrar al objeto sexual es reencontrarlo, el autor nos señala que el objeto que se busca no es el objeto perdido sino su sustituto por desplazamiento (el objeto perdido es el objeto del autoerotismo, es el objeto del hambre y el objeto que buscamos en la sexualidad es un objeto desplazado en relación con el primer objeto).

Por eso el objeto perdido no es el mismo que el que intentamos reencontrar «Aquí reside el engaño esencial de la búsqueda sexual».

Aunque en otros textos Freud da una importancia capital al mecanismo del desplazamiento, desearía en este momento subrayar la importante cuestión de la neurosis de transferencia y postular que ésta es el escenario de los desplazamientos psíquicos asociados a la búsqueda del objeto y sus múltiples reencuentros.

En la creación de los escenarios fantasmáticos que se reproducirán en la sesión psicoanalítica, interviene también la noción de finalidad. La finalidad sexual y la finalidad de la función alimenticia se parecen, pero son diferentes. La finalidad de la alimentación es la ingestión, pero según J. Laplanche aunque los psicoanalistas transformemos esta noción hablando de incorporación, estamos hablando de dos cosas distintas: «con la incorporación, la finalidad se ha vuelto escenario de una fantasía, escenario que presta a la función su lenguaje, su registro; pero que añade a la ingestión todas sus implicaciones», se refiere a las que se reúnen en el término de canibalismo. No se trata solamente de la incorporación oral, sino de otros orificios, a nivel de la piel o de los ojos. Por eso la finalidad de la pulsión sexual «sigue una línea analógica, metafórica y no solamente una cadena asociativa por contigüidad».

Para avanzar en la comprensión de la neurosis de transferencia que se teje a través de los procesos asociativos generados por las pulsiones y su búsqueda incesante de objetos de satisfacción, señalaré que la experiencia de satisfacción no recubre la noción de placer, nociones que también tendemos a confundir, ya que esa experiencia puede constituir también un displacer por la transformación del sadismo en masoquismo.

Por otra parte, conocemos la importancia del masoquismo en la economía psíquica: no solamente contribuye a la intrincación pulsional -de las pulsiones de vida y de muerte- sino que prepara la capacidad de espera, al desligamiento del objeto cuando las investiduras narcisistas lo han atrapado en sus redes simbióticas. En una

palabra, el masoquismo es la antesala de la constitución del olvido (dis tanciamiento, desinvestidura) mecanismo tan importante en la represión exitosa. Poder olvidar después de una elaboración, es el mejor destino hacia la sublimación.

b) Vivo sin vivir en mí

Creo que habría muchas maneras de escenificar la neurosis analítica y su indispensable compañero, la interpretación.

En el último Congreso de Lenguas francesas, titulado La cura de palabra se dijeron muchas cosas sobre el valor de la palabra, su utilización en la cura y las vertientes metapsicológicas en las que se apoya, tantas que un resumen me parece imposible, por lo que, de nuevo, me restringiré a dar mi versión personal.

La palabra emitida es una realidad y todo lo que esconde, un mundo intrapsíquico complejo. Pero ya que hacemos teorías con las palabras, tenemos que estar atentos a esas dos posiciones de las que hablé al principio: investigar y desvelar aspectos desconocidos y resistencias a buscar vías novedosas del saber.

Como la transferencia, la palabra, puede ser un motor y un obstáculo al conocimiento. Y es porque hablar representa un espacio intermediario entre la vida y la muerte indispensable para poder mantener el psiquismo en actividad, «el estado despierto del psiquismo» como lo llama J. Ludin.

M Fain decía siempre que la palabra mata la cosa y si tuviera espacio para rastrear en la obra de Freud sus concepciones sobre la palabra, seguramente transmitiría mucho mejor lo que deseo desarrollar: y es que la palabra puede ser a la vez escenario y guión de esas dramatizaciones psíquicas que se producen en el encuentro entre dos psiquismos.

Como todos sabemos, las dos vertientes pulsionales, pulsión de vida y pulsión de muerte, han generado muchas controversias. El «Paso»de la primera a la segunda tópica supuso una ampliación de la noción de Inconsciente. Hasta entonces, el Inconsciente aparecía como un Inconsciente dinámico, el del impulso hacia delante, el que podríamos llamar vital. Pero Freud nos da otra versión: el Inconsciente puede también ir hacia atrás, en lugar de adelante o incluso paralizar, mantener en suspensión los procesos psíquicos; lo contrario al inconsciente dinámico, el inconsciente de la renegación, de la compulsión de repetición, de la búsqueda del Nirvana, de la muerte.

Vivo sin vivir en mí, representaría esa dualidad de la existencia, donde se vive y se muere: «que muero porque no muero» de Santa Teresa.

Este muero porque no muero ilustra para mí el escenario de la neurosis analítica.

La conciencia del paciente le informa que la realidad que está viviendo no puede confundirse con su pasado, sin embargo la puesta en escena por la palabra le permite

un trueque, un juego como si le dijera: vamos a jugar como si (como si fuera igual mi pasado y mi presente, mi pasado está aquí presente, en este momento, con este/a desconocido/a).

Y en ese instante se produce la confusión, acompañada de una serie de trastornos psíquicos: pérdida de la realidad, regresión, puesta en marcha de toda la actividad pulsional (de vida y de muerte), lucha para realizar los deseos escondidos, lucha para paralizarlos, conflictos, dilemas, contradicciones, ambivalencias: una especie de enloquecimiento. El como si, ya lo anunciaba: ser o no ser, porque jugar con esta dualidad exige un esfuerzo mental considerable.

La cuestión no está en el enloquecer, sino en cómo puede resolverse, cómo puede uno recuperarse. Pero diríase que el psiquismo en pleno apuesta por ese convencimiento: ¿enloquecer 45 minutos y después irse como si nada hubiera pasado?: una partida de póker arriesgada, sí, pero que vale la pena.

Y detrás, una persona que comprende y acompaña el juego; que arriesga también, pero que sabe, por haberlo experimentado, que ese «enloquecimiento» es necesario para que las representaciones inconscientes se pongan en juego y se despisten, buscando caminos menos resistenciales, menos compulsivos que permitirán abrir el juego y mostrar sus artificios.

Pero, a veces, a menudo obedeciendo a sus fobias desconocidas, el psicoanalista deja de jugar y entonces proyecta en el paciente la culpa de haberse dejado arrastrar por tan arriesgada aventura: ¡el psiquismo de este paciente está trastornado, al borde de una descompensación!

1 Y en lugar de decirse que esa posibilidad es el resultado de un compromiso compartido, lo que anteriormente llamé locura teórica empieza a producirse: toda la nosología psiquiátrica resbala por la mente del analista para convencerle que ese juego compartido está transformándose en tragedia. (¡Hay que actuar rápidamente, buscar una salida teórica! ¡Que vengan teorías nuevas para desculpabilizarme, y sobre todo para que no me pongan en cuestión, por si acaso hubiera sido yo el que ha creado este revuelo!).

El inconsciente del analista se desvela de mil maneras insidiosas, todas ellas con esa característica tan resistencial que consiste en nunca ponerse en cuestión y, a menudo, es el encuadre el que «carga» con la culpa.

Bajo ese estado defensivo, los actings en y del encuadre, pueden ser numerosos, cada uno acompañado de justificaciones teóricas convincentes: que si al paciente le conviene más ciertas alteraciones del ritmo, que si algunas variaciones del encuadre son más adecuadas a la patología de la que sufre, que si el mantenimiento del encuadre puede ser una rigidez. En fin, que las «reglas del juego» se alteran, pero siempre unilateralmente.

Me sería imposible aquí desarrollar todo lo que el encuadre representa como

estructurante y necesario para que «los dos psiquismos» puedan desarrollar un proceso.

Sabemos que no puede haber proceso sin encuadre y en la práctica cotidiana podemos constatar que ante cualquier variación del encuadre, se produce una respuesta del paciente. Lo que parece increíble es que el psicoanalista reniegue que la respuesta haya tenido que ver con la alteración del encuadre y teorice como si el psiquismo del paciente se trastornara de repente de una manera incomprensible.

Otra cosa es que esa alteración del encuadre se produzca por acontecimientos que no podemos controlar y que la alteración del proceso pueda teorizarse poniendo en relación esos dos parámetros (la alteración producida por el analista y la reacción del paciente).

Es cierto que no podemos ser perfectos, que no existen pacientes «adecuados» ni siquiera pacientes fáciles; ni tampoco que existen psicoanalistas que no hagan ningún acting. La cuestión para mí es la de poder poner siempre en relación la interpretación con los efectos producidos, las variaciones del encuadre con nuestras resistencias, las decepciones del proceso con nuestras idealizaciones y sobre todo el hecho de que podamos reflexionar sobre nuestros límites. En una palabra: trabajar nuestra contratransferencia.

Pero trabajar la contratransferencia no se restringe para mí en darse cuenta de nuestra implicación en la neurosis de transferencia que se crea, sino en elaborar asociando, dudando, haciendo hipótesis, cuestionándose, haciendo un psicoanálisis paralelo, no de nosotros mismos solamente, sino de ese espacio creado entre dos.

El estudio del trabajo de contratransferencia merecería todo un libro por lo que se refiere a las indicaciones de psicoanálisis, a nuestras teorías sobre la patología, el cambio psíquico, las transformaciones, las características narcisistas de nuestro trabajo, los componentes grupales e institucionales. En fin, una serie de reflexiones que probablemente animarán nuestras controversias y nos proporcionarán más ideas sobre nuestra tan querida y a veces odiada práctica psicoanalítica.

Y es porque creo que todavía no hemos podido conceptualizar todo lo que pasa en una sesión de psicoanálisis por lo que volver a la llamada clínica me parece imprescindible.

BIBLIOGRAFÍA

- AJUZIA;uE1uu, J., Manuel de psychiatrie de l'enfant, París, Masson et Cie, 1970.
- ATA, S., «Corps réel. Corps imaginaire», París, Dunod, 1984.
- ANRir.u, D., Le groupe et l'inconscient. L'imaginaire groupal, París, Dunod, 1981.
- BARXX:O, A., «Océan mer», París, Gallimard, 1998.
- BRAUNSWIG, D. Y FAIN, M., «La noche, el día», Buenos Aires, Amorrortu, 1975.
- BOKANOWSKY, T., Conferencia en la SEPEA, 1999.
- CHASSEXGUE'T-SMIRGEL, J., L'idéal du moi. Essai psychanalytique sur la maladie d'idéalité, París, Tchou, 1975.
- CID SANZ, M., «Las máscaras de la seducción», Revista de la Asociación Psicoanalítica de Madrid, núm. 39 2003
- «El arte del contrapunto», Revista de la Asociación Psicoanalítica de Madrid, núm. 43 (Extra), 2004.
- COSNIER, J., Clés pour lapsychologie, París, PUF, 1981.
- COSNIER, j. 'y BuosARD, Á., La communication non verbale, Lausanne, Delachaux et Niestlé, 1984.
- DIATKINE, G., De l'Observation de l'enfant á la thérapeutique, París, ESF, 1977.
- DIARKINE., R., «Fantasme et réalité en thérapeutique dramatique», in Evolution. Psychiatriqu, vol. IV, 1954.
- «La notion d~ régression», in Evolution psychiatrique, vol. 111, 1957, págs. 405-427.
- «Réflexions sur la genése de la relation d'objet psychotique chez le jeune enfant», Revue Francaise de Psychanalyse, vol. XXIII, 1959, páginas 177-304.
- L'enfant pré-psychotique», Psychiatrie de L'enfant, vol. XII, 1969, páginas 413-466.
- y SIMON, J., Elpsicoanalysis precoz, México, Siglo XXI, S. A., 1975.
- De l'observation de l'enfant ck la thérapeutique, París, ESF, 1977.

DIATKINE, R., L'enfant dans l'adulte ou l'éternelle capacité de rêverie, Neuchâtel, Delachaux et Niestlé, 1994.

y STEIN, C., «Les psychoses de l'enfance», Evolutionpsychiatrique, 1958, págs. 277-322.

FMI', M., Le désir de l'interpréte, París, Aubier Montaigne, 1982.

«Prélude á la vie fantasmatique», Colloque de la Société Psychanalytique de París, in Rey. Franc. de Psychan, 1971, tomo 35, núms. 2-3, 1970.

GUIGNARD, E, Au vifde l'infantile, Lausanne, Delachaux et Niestlé, 1996.

FRAUD, S., Obras completas, CD-ROM. IN CONTEXT S.R.L Cap. Fed. Argentina.

Estudios sobre la histeria, Obras completas, Buenos Aires, Amorrortu, 1895.

La interpretación de los sueños, Obras completas, Buenos Aires, Amorrortu, 1900.

Psicopatología de la vida cotidiana, Obras completas, Buenos Aires, Amorrortu, 1901.

Tres ensayos de la teoría sexual, Obras completas, Buenos Aires, Amorrortu, 1905.

Sobre las teorías sexuales infantiles, Obras completas, Buenos Aires, Amorrortu, 1908.

Cinco conferencias sobre psicoanálisis, Obras completas, Buenos Aires, Amorrortu, 1910.

Tótem y Tabú, Obras completas, Buenos Aires, Amorrortu, 1913.

Recordar, repetir, reelaborar, Obras completas, Buenos Aires, Amorrortu, 1914.

Lo inconsciente, Obras completas, Buenos Aires, Amorrortu, 1915.

Complemento meta psicológico a la teoría de los sueños, Obras completas, Buenos Aires, Amorrortu, 1917.

El Yo y el Ello, Obras completas, Buenos Aires, Amorrortu, 1923.

Inhibición, síntoma y angustia, Obras completas, Buenos Aires, Amorrortu, 1925.

- Nuevas conferencias, Obras completas, Buenos Aires, Amorrortu, 1932.

- Construcciones en psicoanálisis, Obras completas, Buenos Aires, Amorrortu, 1937.

Esquema de psicoanálisis, Obras completas, Buenos Aires, Amorrortu, 1939.

LEBOVICI, S., «L'expérience du psychanalyste chez l'enfant et chez l'adulte devant le modèle de la névrose infantile et de la névrose de transfert», 39^{ème}. Congrès des Psychanalystes de Langue Française, Paris, PUF, 1979.

y KESTEMBERG, E., «Bilan de dix ans de pratique psychodramatique chez l'enfant et l'adolescent», en Psychiatrie de l'enfant 1, 1, Paris, PUF, 1958.

LEBOVICI, S., «Considérations sur la relation d'objet psychotique», Revue française de Psychanalyse, vol. XXII, 1959, págs. 177-304.

«La Relation objectale chez l'enfant», en Psychiatrie de l'enfant, Paris, PUF, 1960.

LEBOVICI, S., en collaboration avec R. Diatkine, «La dynamique du groupe», Psychiatrie de l'enfant, 5, num. 1, 1962.

Vivre avec un psychotique, Paris, Thèse, 1974.

«L'expérience du psychanalyste chez l'enfant et chez l'adulte devant le modèle de la névrose infantile et de la névrose de transfert», Rapport du 39^e Congrès des Psychanalystes de Langue française, Paris, PUF, 1979.

Le nourrisson, la mère et le psychanalyste, Paris, Le Centurion, 1983.

y DIATICINE, R. y ARFQUILLOUX, J. C, «A propos de la psychothérapie familiale», Psychiatrie de l'enfant, X, XII, 1969, págs. 447-536.

LEBOVICI, S. y KESTEMBERG, É., Le devenir de la psychose de l'enfant, Paris, PUF, 1978.

MAHLER, M., On Human Symbiosis and the Vicissitudes of Individuation, J. Am. Psychoanal Assoc., 15, 1967, págs. 740-763.

«Psychose infantile», en Symbiose humaine et individuation, Paris, Payot, 1973.

NEYRAUD, M., Les raisons de l'irrationnel, Paris, PUF, 1997.

RACAMIER, P. C., Le psychanalyste sans divan, Paris, Payot, 1973.

ROBERT, M., Roman des origines et origines du roman, Paris, Grasset, 1972.

SCHAEFFER, J., «Le rubis a horreur du rouge. Relation et contre investissements hystériques», Revue Française de Psychanalyse, 1986, págs. 923-944.

ROSENBERG, B., Masochisme mortifère et masochisme gardien de la vie, Monographies de la Revue Française de Psychanalyse, Paris, PUF, 1991.

S-WIDLÓCHER, Seminario sobre el trauma en la APF, 2004.

«La course des cafards» avec Manuela Utrilla Robles, Le conformisme parmi nous, Penser-réver, Ed. de l'Olivier, Paris, 2006.

WIDLÓCHER, D., «Freud et le problème du changement», Paris, PUF, 1970.

WINNICOTT, D. W., «Juego y realidad». Barcelona. Gadisa, 1975.

«De la pédiatrie á la psychanalyse», trad. francesa 1969, Paris, Payot, 1969.

Processus de maturation chez l'enfant, trad. francesa 1974, Paris, Payot, 1965.

- Jeu et réalité, Paris, Gallimard, 1975, 212 págs.

BIBLIOGRAFÍA DE LA AUTORA REFERENTE A ESTE LIBRO

UTRILLA ROBLES, M., «Quélques réflexions á propos d'une expérience de thérapie familiale». (En colaboración con H. Mosiman). Acta Psychiatrica, Bélgica, 75, 1975, págs. 280-293.

«Réflexions sur les Hópitaux de Jour, Eole», Revue du Service Médico-Pédagogique. Département de l'Instruction Publique, núm. 15, 1976, págs. 714.

«La classe d'Appui Psychopédagogique d'u Mendement», Revue du Service Médico-Pédagogique, Département de l'Instruction Publique de Genève, núm. 16, 1977, págs. 5-13.

«L'Unita di Giorno tole di Ginevra», en col. con B. Nerfin y A. Steiger, Revista Aggiornamenti di Psicoterapia e Psicologia Clínica, Anno 7, núms. 2-3, 1978, págs. 61-65.

UIRut.LA ROBLES, m., «Réflexions sur les groupes thérapeutiques et la thérapie de groupe dans un centre de jour pour enfants», Editions Médecine et Hygiène, Ginebra, núm. V, XXXVII, 1979, págs. 1502-1505.

- «Réflexions sur la Relation». Revue de Thérapie PSychomotrice, La Relation Thérapeutique en Psychomotricité. Neme Colloque International de Bruxelles, núm. 47, 1979, págs. 45-49.

- «L'IllusionThérapeutique». Réflexions á propos de sept ans expérience dans un Centre de Jour pour enfants Psychotiques. These presentee a la faculte de medicine de l'universite de geneve pour obtenir le grade de docteur en medicine, Éditions Médecine et Hygiène, Ginebra, 1982.

- «Problèmes posés par l'activité de Consultation», Revue Orientation et Formation Professionnelle, núm. 6, Zürich, 1982, págs. 344-349.

- «Les moments mutatifs dans la cure», Institut de Psychanalyse de Lyon, XVIII Colloque de Fin d'Année, _ juin 1982, 1982.

- «Psicodrama y Psicósomática», 'Revista de Psicoterapia y Psicósomática, núm. 7, Madrid, 1983.
 - ¿Son los padres culpables?, Madrid, Ediciones Narcea, 1985.
 - «Algunos aspectos del rol organizador de las fantasías de escena primaria», Revista de Psicoanálisis de Madrid nº 3, mayo de 1986.
 - «Esencia y límites de la Psicoterapia Infantil», Cuadernos de Psiquiatría y Psicoterapia Infantil, Revista de la Sociedad Española de Psiquiatría y Psicoterapia del Niño y del Adolescente nº 1, 1986.
 - «Reflexiones teórico-clínicas sobre psicoterapias breves», en col. con B. Solana), Revista de Psicoterapia y Psicósomática nº 13, 1986.
 - «L'épine du silence», Congrès des Psychanalystes de Langue Francaise des Pays romans. Communications, 1987.
 - (1987) «Integración y desintegración del esquema corporal: repercusiones clínicas y terapéuticas», 1 Jornadas Internacionales de Psiquiatría Geriátrica, Monografía, Cid Sanz M. y col., Hospital Central de la Cruz Roja, Servicio de Psiquiatría, Madrid, 1989.
 - «Algunos aspectos del Psicoanálisis Infantil», Revista de Psicoanálisis de Madrid, núm. 7, mayo de 1988.
 - «Interacciones terapéuticas», in Fronteras psicoanalíticas (avec S. Lebovici y J. Cosnier), Madrid, Technipublicaciones S. A., 1989.
 - Las teorías sobre la angustia, en «Introducción la Teoría Psicoanalítica», de L. Grinberg, comp. Edit. Tecnipublicaciones, Madrid, 1989.
 - Integración y desintegración del esquema corporal, Repercusiones clinicas y terapéuticas. 1 Jornadas Internacionales de Psiquiatría Geriátrica. Hospital Central de la Cruz Roja, comp. Dra. Milagros Cid Sanz, 1989.
 - Fantasía y Realidad, en 1 Anuario Ibérico de Psicoanálisis, Madrid, 1989.
 - «Freud investigador (del médico al psicoanalista)», Revista de Psicoanálisis de Madrid, Número extraordinario, mayo-noviembre de 1989.
 - «De l'ordre symbolique á l'après-coup du congrés», Revue Francaise de Psychanalyse, tomo LIII, núm. 6, 1989.
- UnuInR0131.FS,M., Psicoanálisis y Psicosis, en «La contención» de R. Fernández, comp. Edit. Asociación Española de Neuropsiquiatría, Madrid, 1990.

- Las fantasías originarias y su elaboración, en «El Inconsciente», de E. Fernández, J. C. Rodríguez y V Torres. Edit. Asociación Athenaión, Gijón, 1990.
- Fundamentos Psicopedagógicos, Metodológicos, Intervenciones y Recursos, Publicación del Congreso Internacional de Educación Infantil, Cuarta parte. Edita: Consejería de Educación, Dirección General de Educación. Comunidad de Madrid, 1990.
- «Relación madre-bebé», Revista Guía del niño, Madrid, Número monográfico 2 titulado: «La complejidad de los sentimientos», 1990.
- «Enuma Elis ou l'origine des fantasmés», Revue Francaise de Psychanalyse, tomo LV, núm. 5, 1991.
- El Psicodrama Psicoanalítico de Un Niño Asmático, Edit. Biblioteca Nueva, Madrid, 1991.
- El pensamiento mágico, en II Anuario Ibérico de Psicoanálisis. Del trabajo Psicoanalítico a la función analizante, Lisboa, noviembre de 1991.
- Separaciones y divorcios. Aspectos psicológicos, en jornadas sobre Salud Mental y Ley. Asociación Castellano-Manchega de Neuropsiquiatría y Salud Mental. Malos tratos a menores y malos tratos a mujeres y separaciones y divorcios. Coordinadora: Paloma San Roman Villalon, AEN, Madrid, 1993.
- «La infancia y la vejez. Correlaciones psicoanalíticas», Revista de la A.P.M. núm. 20, 1994.
- «Las identificaciones en el niño», Cuadernos de Psiquiatría y Psicoterapia Infantil, núms. 17/18. (Revista de la Sociedad Española de Psiquiatría y Psicoterapia del Niño y del Adolescente), 1994.
- La ilusión terapéutica, en jornadas de Salud Mental Infanto Juvenil. La Salud Mental en la red de atención a la infancia. Hospital 12 de octubre, Madrid, 1994.
- «La realidad psíquica en la identificación histérica», Revista de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica de Madrid, núm. 22, octubre de 1995.
- «Confusión y elaboración: Reflexiones psicoanalíticas sobre El misterio del solitario de J. Gaarder», Revista de la APM, núm. 24, 1996.
- «Les modèles psychanalytiques», Revue Francaise de Psyhanalyse, Tome LX. Spécial Congrès. También aparecido en el Bulletin de la Societé Psychanalytique de París, núm. 39., febrero de 1996.
- Aportes del psicoanálisis a la medicina, en Psicoanálisis y Sociedad. Divulgación cultural del Psicoanálisis. Bajo la dirección de L. Fernando Crespo. Edit.

Promolibro, Valencia, 1996.

- «La ilusión contenida de la identidad psicoanalítica», Revista de Psicoanálisis. Extra 1997. V Simposio de la A.P.M.-La identidad Psicoanalítica Madrid 23-24 noviembre 1996, 1997.

- «El respeto y la dignidad en la ética psicoanalítica», Revista de Psicoanálisis, APM, núm. 26, 1997.

UTRILLA ROBLES, M., La realidad psíquica en la identificación histérica, en Contribuciones al pensamiento psicoanalítico. En conmemoración de los veinticinco primeros números de la Revista de la APM, Biblioteca Nueva, Madrid, 1997.

«Son posibles las terapias en las Instituciones?»: Estudio Situacional, Ed. Biblioteca Nueva., Madrid, 1998.

«Le diable Rabisso», Revue Le fait de l'analyse: Le démon de l'interprétation, núm. 4. Edi. Autrement, París, 1998.

«Daño oculto o abandono de la percepción?: relaciones entre histeria y psicósomática». Revista de psicoterapia y psicósomática, núm. 42. Instituto de Estudios Psicósomáticos y Psicoterapia Médica, Madrid, 1999.

«El cielo protector: reflexiones sobre el encuadre psicoanalítico», Revista de Psicoanálisis de la APM, núm. 31, 1999.

«Fondements théoriques de la violence dans les petits groupes: la politisation comme source de violence», Revue psychanalyse en Europe, Bulletin 53. Automne, 1999.

«Calavela ou des névroses inconvenantes», Revue Le fait de l'analyse: Les pensées inconvenantes, núm. 9. Ed. Autrement, París, 2000.

«Les âges de l'homme», La revue Psychanalyse et enfance du Centre Alfred Binet, núm. 30 noviembre de 2001, Les enjeux autour de l'œuvre de René Diatkine, 2001.

«Rêves», Revue Libres Cahiers pour la Psychanalyse, núm. 3. Singulière mélancolie, Ed. In Press., París, 2001.

«Je n'aime que toi» Revue penser/réver. Le fait de l'analyse, L'enfant dans l'homme núm. 1, Ed. Mercure de France, 2002.

Die unzerstörbare Bindung. • neurose und Hysterie, eb Hysterie, Wiener Psychoanalytische Vereinigung, 2003.

- «El niño en el adulto: ¿Neurosis de transferencias?», Revista de Psicoanálisis de la APM, núm. 39, La sexualidad infantil en el adulto, 2003.
- «Le coeur de l'inconscient et l'amour suffisant», Collection de la SEPEA, Psychanalyse de l'enfant et croissance psychique, In Press, París, 2003.
- «Nostalgique névrose: le feu dans l'âme», Revue Française de Psychanalyse núm. 4. 2003, pág. 1209-123.
- Traiter l'enfant en institution. Le point de vue d'une psychanalyste, Delachaux et Niestlé, Lonay, Suisse, 2003.
- «El Paso», Revista de Psicoanálisis de la APM, De la primera a la segunda tópica, núm. 41, 2004.
- «A la recherche du trauma perdu», Collection de la SEPEA: Traumatisme et contre-transfert, In Press, París, 2004.
- «El trauma invisible», Revista de Psicoanálisis de la APM, El traumatismo, núm. 44, 2005.
- «Du rêve au deuil: le processus», Collection de la SEPEA: Le processus psychanalytique chez l'enfant et l'adolescent, In Press, París, 2006.
- «La course des cafards» avec H. Trivouss-Widlócher, Le conformisme parmi nous, Penser-rêver, Ed. de l'Olivier, París, 2006.
- UIRut.LAROBLES, M., Le terapie nelle istituzioni Bono possibili? Giovanni Foriti Editore, Roma, 2006.
- «El mundo fantasmático de la adopción», La adopción, Un tema de nuestro tiempo, Col APM. Biblioteca Nueva, Madrid, 2006.
 - «Le destin des ombres». Le rêve et la séance. Monographies et débats de psychanalyse, PUF, París, 2007.
 - «L'impossible rêve», Les enjeux de la Psychanalyse aujourd'hui, Col Psychanalyse et civilisation, LHarmattan, París, 2008.
 - «Procesos institucionales», Revista de psicoterapia y Psicosomática, Año XXIX, núm. 71, 2009.
 - Psicoanálisis y «malestar» del hombre en el mundo actual, comps. con María Hernandez, Col APM, Biblioteca Nueva, Madrid, 2009.

COLECCIÓN PSICOANÁLISIS
BIBLIOTECA NUEVA/APM

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

Libro anual del Psicoanálisis(1). Selección de los mejores artículos de la Revue Francaise de Psychanalyse, por Varios Autores.

Libro anual del Psicoanálisis (2). Selección de los mejores artículos de la Revue Francaise de Psychanalyse, por Varios Autores.

Libro anual del Psicoanálisis (3). Selección de los mejores artículos de la Revue Francaise de Psychanalyse.

Libro anual del Psicoanálisis (4). Selección de los mejores artículos de la Revue Francaise de Psychanalyse.

Libro anual del Psicoanálisis (5). Selección de los mejores artículos de la Revue Francaise de Psychanalyse.

El rechazo de lo femenino. La Esfinge y su alma en pena, por Jacqueline Schaeffer.

La culpa. Consideraciones sobre el remordimiento, la venganza y la responsabilidad, por Roberto Speziale-Bagliaca.

Acerca de los niños y los que ya no lo son, por Paula Heimann. Edición de Margret Tonnesmann.

Volver a los textos de Freud. Dando voz a documentos mudos, por Ilse Grubrich-Simitis.

El vértigo entre angustia y placer, por Danielle Quinodoz.

Los sueños que vuelven una página. Sueños de integración de contenido paradójico regresivo, por Jean-Michel Quinodoz.

La vida operatoria. Estudios psicoanalíticos, por Claude Smadja.

La adopción. Un tema de nuestro tiempo, por Milagros Cid y Silvia Pérez Galdós (Coords.).

El cuerpo como espejo del mundo. Una mirada psicoanalítica sobre nuestra sociedad, por Janine Chasseguet-Smirgel.

¿Porqué no pasa el pasado? La desmemoria melancólica, Milagros Oregui.

Psicoanálisis y «malestar» del hombre en el mundo actual, por María Hernández y Manuela Utrilla (Eds.).

Los modelos psicoanalíticos de la psicósomática, por Claude Smadja.

Tejiendo ensoñaciones. Encuentros psicoanalíticos con padres y niños, por Manuela Utrilla Robles.

Índice

INTRODUCCIÓN, Milagros Cid Sanz	8
CAPITULO 1	11
b) Presentación	14
1) Problemas de identidad psicoanalítica	18
3) Problemas de resistencias contratransferenciales	19
4) Confusiones profesionales	23
II. Encuentros: El trabajo de los psicoanalistas con los padres	23
III. Vínculos: relación y psicoanálisis	26
IV. Entramados receptivos: Trabajar las situaciones	28
CAPÍTULO II	37
II. Construcciones teóricas: Los tres ejes de la reflexión	39
III. Noche oscura: Las constelaciones melancólicas	42
2. ¿Duelos imposibles?: El trabajo de melancolía en la consulta	46
a) Los desbordamientos afectivos y las resistencias a distanciarse-despegarse	48
b) Los juegos sadomasoquistas	50
c) Los descubrimientos en forma de reencuentros	50
3. El ser humano: Cuestiones de amor y de odio	53
b) No hablemos de amor	64
CAPÍTULO III	76
a) Acercamientos delicados: Juan	78
b) Lecciones de psicoanálisis: Rosa	81
II. Paraísos perdidos: El niño en el hombre	89
II I. Indicaciones	97
CAPÍTULO IV	97
1. Mundos de incompreensión: El niño en el adulto ¿neurosis de transferencia?	98
b) La escucha psicoanalítica	100
c) Cuerpo y psique	102
d) El juego	105
e) La capacidad de ensoñación	106

f) La novela familiar	108
g) La neurosis psicoanalítica	110
II. Él trauma invisible	110
a) De la experiencia a la teoría	113
b) En busca del tesoro	116
c) El Arca perdida	119
d) Más allá	122
III. Enigmas interminables: ¿Interpretación o construcción?	124
a) Los surcos	126
b) El regreso de las conexiones afectivas	127
IV. Molinos de viento: la neurosis de transferencia en psicoanálisis de niños	130
b) En busca de sentido	132
c) El proceso asociativo	135
V. Neurosis analítica y contratransferencia	138
a) La ensoñación	140
b) Vivo sin vivir en mí	144
Buit.tcx:anFín	146